This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

[redacted]

G868.8 M531T LAC

THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

This Book is Due on the Latest Date Stamped

LITHO

JUL 26 1974 JUL 1 [illegible]

LACAP 63 LA. $7.50

TIJERETAZOS Y PLUMADAS

JUAN LEON MERA

MIEMBRO CORRESPONDIENTE QUE FUÉ DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Tijeretazos y plumadas

ARTÍCULOS HUMORÍSTICOS

Precedidos de una CARTA-PRÓLOGO

DE

DON JOSÉ DE ALCALÁ GALIANO

Conde de Torrijos.

MADRID

EST. TIP. DE RICARDO FÉ

Calle del Olmo, núm. 4

1903

ES PROPIEDAD

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

CARTA-PRÓLOGO

Sr. D. J. Trajano Mera.

Un refrán de los más afirmativos, á pesar de apoyarse como sobre cuatro ruedas sobre cuatro adverbios de negación, asegura que no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague. Reconociendo yo la infalible verdad en lo relativo al plazo, pues todos se cumplen, abrigo mis dudas respecto á lo de las deudas, pues conozco muchas de dinero, de gratitud y de honor que nunca se pagan, y no digamos nada de las deudas públicas de muchos Estados, que son papel mojado cotizable en la gran Bolsa de la trampa adelante.

A pesar de mis dudas, el refrán hoy para mí

y por mí ha de cumplirse en toda su integridad, puesto que expira el plazo y llega el día en que el cartero pone en mis manos los pliegos impresos de un libro humorístico titulado TIJERETAZOS Y PLUMADAS, del gran escritor ecuatoriano D. Juan León Mera, y en que usted, su hijo, digno heredero de su nombre y su talento literario, viene á recordarme la deuda que, en momento de debilidad, contraje con usted, de escribir el prólogo; plantándome, como quien dice, á la puerta del libro para señalar sus méritos é invitar á los lectores á saborear sus picantes, ingeniosas y divertidísimas páginas.

Contra un refrán, cuando se empeña en encumbrarse al rango de axioma, nada puede la voluntad y yo someto la mía al kantiano imperativo categórico de la palabra empeñada, no sólo por ser usted quien me la recuerda, sino por la calidad del libro que sirve de motivo y recordatorio.

¡Un prólogo! ¿Pero usted sabe lo que pide? ¿Un prólogo á un poeta casi apolillado y atrofiado por las prosas profesionales que le embargan?

No, piadoso amigo; concédame una rebaja, un *paulo minora*, una simple carta-prólogo, á que podemos llamar episto-prólogo, ó, si usted

quiere, pisto-prólogo, pues pisto han de ser unos simples renglones, ó renglones simples, íntimos, confidenciales, sin tendencias críticas, estéticas, eruditas, docentes y tantas otras cosas como requiere un prólogo, si ha de ser digno vestíbulo del libro, voz que señale sus antecedentes y consecuentes literarios, su significación en el mundo en que nació y vive, su sentido *esotérico*, como dicen los sabios, que del exotérico ya se encargan los lectores, más ó menos tontos, de interpretarle á gusto del consumidor.

Si la crítica fuese una ciencia matemática y la belleza se pesase y midiese por gramos ó milímetros; si hubiera un *Estetómetro* para apreciar los grados del calórico literario de un libro, la tarea crítica sería facilísima. Mas no disponiendo de tan precioso instrumento me atendré á la mera impresión personal que el libro me produce. Y aun así tropiezo con otra dificultad: la impresión, el juicio individual para juzgar libros y personas tiene un grave peligro; el de que esa impresión sea parcial, apasionada, errónea; el que veamos las cosas del color del cristal con que las miramos y llamemos azul á lo encarnado y verde á lo amarillo. Y si no, vea usted lo que son los juicios personales. Aristóteles, con ser... un Aristóteles y escribir cua-

trocientos tomos, fué juzgado por Sócrates, Cicerón y Plutarco, como un ignorante, ambicioso y lleno de vanidad. A Plinio y á Séneca les aburría Virgilio por su falta de inventiva. Horacio no podía soportar á Plauto. No recuerdo qué Cardenal llamaba á los Ensayos de Montaigne el Breviario de los Holgazanes. Para Cicerón, Sócrates no era más que un usurero. Platón, el Sol de la Filosofía, el Santo Padre del Idealismo, para Clemente de Alejandría era el Moisés de Atenas, para Cicerón el dios de los filósofos, para Ateneo un envidioso, para Teoponipo un embustero, para Suidas un avaro, para Aulo Gelio un ladrón, para Porfirio un libertino y para Aristófanes un impío. ¡Vaya usted á juzgar hombres y libros con imparcialidad y por impresión personal!

Pero dejemos Atenas y vámonos al Ecuador que es de lo que ahora se trata.

Así como los griegos creían que el aire de aquella sabia ciudad hacía filósofos, sospecho yo que el aire ecuatorial, el sol torrificador de aquella zona torrificada, y la humedad, creadores de aquella vegetación gigantesca, de aquellos frutos paradisiacos, de aquellas aves, *flores de pluma* ó *ramilletes con alas,* que decía Calderón, de aquellas mariposas ó insectos, chispas

de iris vivas, han de dar á la imaginación, también tórrida, del escritor y el poeta, fecundidad de manigua, tonos, colores y calores, esencias, en fin, de vegetación forestal.

Cuando el escenario en que un escritor nace, vive y se agita se llama los Andes, el Chimborazo y el Amazonas, hasta la prosaica geografía se torna literatura y las inspiraciones han de tomar algo del carácter grandioso, poemático, de la naturaleza. Los escritores y vates de aquellas regiones brotan casi por generación espontánea, se producen con ecuatorial abundancia, y si bien hay muchos de ellos, por allá como por acá, que en sus inconscientes lirismos de ruiseñor ó sinsonte son capaces, como decía Ben Jonson, de poner en verso unas tijeras y un peine, los grandes, los verdaderos maestros tienen extraordinaria fantasía y originalidad.

Afirmación tal no he de probarla aquí citando nombres y obras que harían de esta carta una antología, sobre todo hoy en que, dejando á un lado la impedimenta de la erudición, trato de hablar á la ligera de uno solo de los libros, de uno solo de los autores, de una sola de las Repúblicas, de una sola de las Américas, y va de soledades, que ni las de Góngora.

Y cuidado que es atrevimiento meterse á ha-

blar de autor que apenas se conoce. ¿Cómo juzgar con acierto á escritor tan fecundo y vario como el que me ocupa, quien entre sus numerosas obras, que le han dado gloria patria, cuenta escritos de tan rica y lozana inspiración como *Cumandá*, especie de novela-poema que acaso Chateaubriand trocara por su *Atala* y sus *Natchez*?

Porque, sin hacer juego de palabras y *calembour* de gacetilla, bien puedo asegurar que la literatura de Mera no es mera literatura, sino una filosofía política y social sutilísima y rebozada con todas las galas del ingenio y la gracia del estilo. Dicen que para muestra basta un botón y el que usted me ha enviado es de oro, botón de mandarín literario.

TIJERETAZOS Y PLUMADAS. Pláceme el título por aquello de que yo también he vivido dando mis tijeretazos y plumadas sobre las flaquezas humanas. La tijera y la pluma: ¡qué pequeñitas, pero qué poderosas armas! Como que con ellas se dan las grandes batallas de la Idea que son las más decisivas del humano destino.

La spada è un arma stanca, decía el mordacísimo Giusti. Cansada, en efecto, está la espada de dar tajos y mandobles y romper molleras inocentes sin lograr imponerse á la conciencia

humana como fuente de derecho. Embotada está en el campo de batalla, ante el poder de las infernales pólvoras y melinitas; reducida se vé á mera lanceta en los duelos con padrinos de frac, almuerzo preparado y actas, casi notariales, con que hoy se ventilan los más de ellos. La tijera, bien manejada, vale más, hace más mella, corta por lo sano unas veces y por lo gangrenado otras. Cuatro tijeretazos cortando abusos, textos constitucionales, títulos del Código, hacen más radical revolución que el chafarote de cuatro dictadores neronianos.

¡Pues y la pluma! Espada del espíritu, ella ha cambiado la vida humana, enterrando el pasado y abriendo la puerta del porvenir. La pluma es un cetro: reina y gobierna.

Y si la pluma la maneja escritor de tanta substancia como el que motiva el manejar yo ahora la mía; y si con ella hace continuo alarde de humorista y por el humorismo disimula sus pesimismos y mal humor de filósofo, figúrese usted la simpatía que despertará en quien, como yo, es humorista por esencia y presencia, ya que no por potencia intelectual. Bien haya el escritor que en vez de hacernos sacar el pañuelo para llorar nos alegra, nos impone la sonrisa, nos presenta un ameno estereoscopio de la

vida y nos tiñe de rosa la negrura de la realidad. Ya que, como dijo Aristóteles, el universo es una mala tragedia, qué diantre, pongamos su letra en música con acompañamiento de castañuelas y cascabeles, bombos y platillos, zambombas y rabeles, y hasta cencerros y demás instrumentos del alboroto y la locura para aturdirnos. Vivir en broma es toda una filosofía. *Rire est le propre de l'homme* dijo el gran reidor ó *risificador* Rabelais.

Risa y muy sana y sonora rebosa en el libro que unas veces á tijeretazos y otras á plumadas, escribió el autor cuyas obras hoy compila y publica usted, dando ingreso y renombre en el Parnaso español al que tanto honra el nuevo Parnaso que sobre el Chimborazo colocaron las Musas ecuatorianas.

Sí, risa, y muy franca, que hasta se eleva á la sonoridad de carcajada, me producen las *Aventuras de una pulga* examinada al *micrófono-tijeras;* pulga, como muchos personajes, nacida del polvo, pasando de la lana de un perro al lecho de una maritornes y de allí encumbrándose al pecho de un militar, no muy valiente, pero sí enamorado de una dama, á cuyo blanco cuerpo pasa la buena pulga, enterándose de algo íntimo que liga á la tal señora con el mi-

litar, sin permiso del casero, ó sea el marido.

Finísima sátira son los *Prodigios del Doctor Moscorrofio*, haciendo, entre otros, el de extraer á un enfermo los sesos para curarlos y limpiarlos, metiéndole, después, por error, los sesos de un borrico. Los descendientes de aquel hombre *burrificado* obtienen á pesar de su hereditario y asnal encéfalo, grados y títulos, gozan fama de doctos, desempeñan altos destinos y son lumbreras del Parlamento. En cuanto al pobre burro, se muere de pena al ver que los sesos humanos no le sirven de nada. A una mujer arisca y fiera la pone un corazón de oveja y sus descendientes se distinguen en el ejército y llegan á supremas jerarquías y mandos militares. A un joven plebeyo le infunde en la sangre añil disuelto en alcohol para que tenga sangre azul y pueda casarse con ilustre dama, enorgulleciéndose después los descendientes de tener su origen en tan nobilísimo y azulado tronco. Picaresca é ingeniosa burla del valor, el talento y la nobleza... cuando son de pega, se entiende, pues jamás tan discreto autor se hubiera burlado de esas tres aristocracias del espíritu, verdaderos agentes de la gloria humana.

En *Una botella de Champagne* rebosa, como la espuma de este vino, el espumoso y picante

ingenio y la vis cómica al pintarnos á Chanita, viuda de Verdete, su hija Venturita y su hijo Nicasito, sublime terceto del gran reino de los cursis, y al describirnos aquel famoso banquete, verdadero Simpósio, no de Platón, sino de platos trinchados por Tiberio (alias) *Torbellino*, quien de tontería en tontería y de torpeza en torpeza concluye por tener que salir escapado, salvándose así la inocente Venturita de caer en las conyugales manos de tan ridículo personaje.

Ya no se casan. Tragedia archi-cómica la de Arturo y Fernandina! Ruptura de relaciones, boda desbaratada, no por celos, ni por desdenes, ni por dudas, ni por rival oculto, ni por temor á la suegra, la clásica suegra Can Cerbero, ni por defecto antes ignorado, ni por desenfrenado lujo, ni por presunción, ni porque se pinte, ni... ¿Pues por qué? ¡Por la política! ¡Por la maldita política que todo lo envenena! la perra política que divide razas, naciones, provincias, ciudades y familias. No: Fernandina ha aparecido, ¡oh sorpresa! dominada por la pasión política. Se iban á casar, á ser felices, á conllevarse y compartir la vida, á... pero ella es política: todo se lo lleva la trampa. Ya no se casan.

No hay artículo. ¡Con qué entusiasmo y

buena disposición va á escribirle! Pero... tas, tas: la cocinera que viene á pedir dinero para la compra. Tas, tas: el cochero que viene á pedir la orden. Tas, tas: el sastre que viene á probar la levita. ¡Ya se fueron! Va á escribir, va á... Tas, tas: Pancho que viene á dar un sablazo.—Toma diez duros.—¡Adiós!—Ahora sí que va de veras. Ahora... Pero abren la puerta sin llamar. ¿Quién es? Un ángel con su cabeza iluminada de sonrisas. ¡Es el hijo! Ya no hay artículo; las ideas vuelan y el padre se abisma en el abrazo paterno. Ya no hay cuento para que otros se diviertan; el escritor saborea su mejor escrito: su hijo. Y ese ángel, ese hijo acaso era usted amigo mío; usted, hoy ángel patudo y barbudo con las alas cortadas, que ahora responde á aquel artículo, por usted interrumpido, publicando este libro en honra de aquel padre. Ya no hay artículo, dijo el padre. Haya libro, dice el hijo. La deuda de amor está pagada.

La reina del Mundo. ¿Quien es esa reina? se pregunta el escritor. ¿Es la opinión? No; dice el interrogante pesimista. La reina del mundo es la Mentira. Esta señora es la Alejandra, la Cesárea, la Napoleona, que gobierna, impera y conquista la redondez de la tierra. Y el pun-

zante humorista aguza el ingenio, chasquea la fusta, acentúa el elocuente apóstrofe y afila las ironías de su filosofía política, para denunciar á esa audaz y descarada Mentira que rige la gran farsa social. El alegato contra esa entrometida y usurpadora reina, está hecho de mano maestra y yo aplaudo la chispeante diatriba; pero... ahora viene mi pero, mi impugnación al ataque, mi defensa de la ultrajada reina, de la que me declaro partidario, á riesgo de que usted se escandalice y hasta crea mentira la amistad que le profeso.

Sí; la Mentira es reina del mundo y debe ser reina del mundo, pese al insigne y severo ecuatoriano. ¡La Mentira! Si ella fuese destronada, abolida y desterrada, la vida sería un infierno, la sociedad una *Cittá Dolente*. Si dijéramos la verdad de cuanto pensamos, sentimos, creemos y hacemos, no nos podríamos aguantar los unos á los otros.

—¡Qué tonto es usted, D. Ermegunciol—¡Qué fea es usted, Rosita!— ¡Es usted un canalla, don Severo!—¡Su vino de usted es detestable!—¡Soy el amante de su mujer de usted, Sr. Borrego!

Dígame usted lo que sería la vida y el trato social con sinceridad de tal calibre; sinceridad que sería obligatoria si la Verdad amarga, la

Verdad insolente usurpare el cetro de la encantadora Mentira.

Que la Mentira, miente: ¡claro está! ¡Que usa disfraces, antifaces y artificios: ¡bah! pues por eso está tan guapa, tan elegante, tan seductora. La Verdad, aunque tuviese lepras y jorobas se mostraría en el traje con que la sacaron del pozo; desnuda, *in puris naturalibus*. ¡Bonito traje para desbancar á su emperifollada rival!

¡Ah! no: engañémonos, adulémonos. ¡Viva la careta risueña que nos esconde la cara adusta y arrugada! Viva la Mentira, madre de la Ilusión, de la Esperanza, de la Poesía, que es una ficción, y del Arte, que es una apariencia. La Verdad es la prosa analítica, es el escalpelo que diseca para mostrar un esqueleto y probar que somos fantasmas, que la vida es sueño y que lo único cierto es la muerte, el polvo, la nada. El Egoísmo, el Odio, la Desvergüenza, la Procacidad, la Grosería, toda una legión de demonios invadirían el mundo el día en que la Verdad absoluta y absolutista nos impusiere llevar el corazón en la mano, y nos obligase á que el labio fuese órgano fiel del pensamiento y dejase ver todos los sapos y culebras que se anidan en ese basurero llamado el alma humana. Después de todo, ¿qué es un in-

solente, un desvergonzado, si no un ser cínico y mal educado, que dice lo que le viene á las mientes sin el freno de esa cultura, educación y miramientos sociales que nos impone el código de la Mentira?

Vivan, vivan las fórmulas dulcísimas de la Mentira. Que me llamen mi querido amigo, aunque no me quieran; que me digan que son mi afectísimo y seguro servidor, aunque no me sirvan; que besen mi mano, aunque deseen mordérmela. La cortesía, que nos diferencia de los salvajes y hace la vida una divertida comedia, es la hija predilecta de la Mentira. Vivan las pelucas que encubren calvas, los coloretes que fingen rosados cutis, los dientes que imitan perlas, los algodones que sustituyen carnes.

¡Qué hermosa, qué joven, qué elegante y fascinadora está Serafina! Un serafín terrenal, el non plus del chic y la moda. Me siento de ella enamorado: ¡Ah! ¡va á ser mía! Despójase de sus galas... ¡horror!, ¿qué queda entre mis manos? Una jamona flaca, huesuda, arrugada, pálida. ¡Maldita Verdad, que me la presenta tal cual es! Horrible metamorfosis que reduce á polvo mi ilusión de enamorado y á espectro aquella linda muñeca, aquel maniquí que la Mentira y la Moda, su hermana, vistieron de

galas para seducirme. Helena se me ha transformado en la dueña Quintañona por culpa de... ¿de quién? De la implacable y estúpida Verdad.

El mundo es un titirimundi, un gignol, una deslumbradora fantasmagoría y el desfantasmagorizador que la desfantasmagorizare, maldito desfantasmagorizador será.

¡Que aquel cielo del soneto de Argensola no es cielo ni azul! ¿Qué importa si lo parece? Aparece bordado de estrellas y nubes, bañado en luz: basta y sobra. Ya sé que el espacio es negro, que el vacío es la nada aterradora. ¡Bendita la Mentira que ha cogido su brocha de escenógrafo y le ha pintado de azul y oro para fingirnos una techumbre de dioses á estos pobres diablos prisioneros en esta bola de barro, montados en esta bicicleta-mundo que nos conduce á la muerte!

Claro está que el autor de TIJERETAZOS Y PLUMADAS no se enfada tanto como parece contra esa retozona Mentira que probablemente le dió los mejores ratos de su vida y le inspiró los mejores libros, las más hermosas páginas novelescas y poéticas de su rica fantasía.

Pero basta y preparemos el punto final á este escrito de charlatán, más que de crítico, y ya prolongado en demasía.

Yo bien quisiera haber hecho un estudio detenido, erudito y de seria crítica, no sólo de este libro, si no de la obra toda de tan esclarecido autor. Pero, fiel al modesto propósito expuesto al principio, limítome á declarar ante el público que los TIJERETAZOS Y PLUMADAS del escritor Mera constituyen un libro castizo, gracioso, amenísimo y divertido; que por su vivo lenguaje, por su rico vocabulario y su correcta sintaxis, demuestra que el autor ha bebido en las mejores fuentes y se ha nutrido de la savia clásica castellana.

El ingenio, el chiste, la ironía finísima, la gracia delicada, la sátira sin hiel juvenalesca, sin las sombrías iras de Carlyle, rebosando humorismo de buen tono, filosofía discreta, erudición copiosa, hacen el libro multicolor, multiolor y multi-sabor, y sobre todo multi-entretenido. El autor no empuña las disciplinas; sabe, como decía Erasmo, *admonere non mordere*. El látigo de seda punza sin levantar ampollas, sin hacer *vulnus inmedicabile*. Sátira-risa, no clava las uñas; hace cosquillas, hace reir con la risa de Rabelais, Quevedo, Fray Gerundio y Larra, sin poner de mal humor ni dejar pensativos y cabizbajos á los lectores. Hay sus trozos amargos; pero, como el Pale Ale, pasan con la es-

puma del epigrama, refrescan y entonan el espíritu.

Glicera, la ramilletera de Atenas, daba á sus ramos más variedad que el pintor Pausias, y usted, al coleccionar los escritos del que fué el eximio escritor D. Juan León Mera, ha ofrecido un precioso, variado y perfumado ramillete literario que ha de deleitar á los lectores. Doce tomos suyos, según veo, han sido publicados por prensas españolas y han dado carta de naturaleza en España é ingreso en el gremio de los buenos escritores castellanos al autor á quien hoy pago este humilde tributo. Los elogios que de él he leído en otros de sus escritos, hechos por mi queridísimo tío y gran maestro en críticas, el sapientísimo é inmortal D. Juan Valera, y por los insignes Alarcón y Pereda, limitan mi tarea á poner mi visto bueno á sus juicios sobre el escritor ecuatoriano, de cuyo nombre es usted heredero.

Poco soy yo para apadrinar á lo crítico obra como la que sigue á estos renglones que le sirven de ingreso. El libro se basta y se sobra, y logrará *volitare per ora* y por sus propias alas. Hónrome yo en servir, gracias á usted, de portero de tal libro, y aseguro desde mi chirivitil que en vez de poner el conocido letrero «Nadie

pase sin permiso del portero», pondré este otro: «El portero invita á todos los españoles á pasar sin su permiso, seguro de que se lo agradecerán cuando penetren en sus páginas.» Y cuando, como aquellos monjes de la Edad Media, cuyo ideal era vivir *in angello cun libello*, en un rinconcito con un librito, se sienten sus lectores á saborearle, habrán de consumir el petróleo de sus lámparas antes que ellos le suelten de la mano.

Porque ese libro, al propio tiempo que uno de gratísima lectura, es un vínculo literario que une nuestra vieja España con sus hijos queridos de América, de aquella virgen del mundo América inocente que cantó Quintana; de aquella América que ha perdido su virginidad paradisiaca y á quien yo invito á que pierda la inocencia que aún le queda, pues hoy día los pueblos inocentes son sacrificados por los Herodes-Pueblos, que los degüellan y se los comen como niños crudos; es decir, que se los tragan en nombre del principio de expansión, anexión y asimilación, tres personas distintas y un solo diablo verdadero: el Imperialismo.

Formen ustedes los americanos latinos, no sólo fraternal alianza, sino el *trust* literario (hoy que tan de moda está la palabreja), para expor-

tar su rica literatura á esta vieja Europa. Hoy que la literatura mundial, la *Weltliteratur*, de que hablan los germanos, es un hecho; hoy que los pueblos, al cambiar sus productos, intercambian su saber, sus ideas, su cultura y sus letras, libros como el que motiva estos ya abusivos renglones, tendrá en los mercados de la inteligencia segura demanda y merecida fama.

Que la del padre sea continuada y aumentada por el hijo, lo desea y lo espera su afectísimo,

JOSÉ DE ALCALÁ GALIANO

Marsella.—Diciembre, 1902

ARTÍCULOS HUMORÍSTICOS [1]

AVENTURAS DE UNA PULGA

CONTADAS POR ELLA MISMA

—

Antes que me lo digas, lector amado, ya sé que ha sido bastante extraño para tí el abandono en que por dilatado tiempo ha yacido mi péñola junto al tintero cubierto de ignominiosa borra. Detén la acusación que me aparejas y, por el contrario, alista una corona para las sienes de tu viejo amigo Pepe Tijeras. Ella me será más grata, puedo jurarlo mil veces, que el privi-

(1) Estos artículos fueron publicados en *La Revista Ecuatoriana*, *El Fénix*, *El Amigo de las familias* y otros periódicos del Ecuador, casi todos con el seudónimo de Pepe Tijeras, que es el que más empleó el autor en los últimos años de su vida. En su juventud firmaba algunas veces Jenaro Muelán.

legio exclusivo por noventa y nueve años, once meses y veintinueve días, que voy á solicitar del Congreso, y que estoy seguro de obtener.

¡Qué cosa la que vas á saber! ¡qué descubrimiento tan maravilloso el mío! ¡qué luz la que con él voy á derramar en el mundo científico, y qué impulso recibirá el progreso universal, gracias al éxito casi increíble de mi asiduo trabajo de dos mil días con sus noches!

No, sino, dime si será bicoca el haber traído el *micrófono* al último grado de perfección. Esta es mi obra y aquí está mi gloria. Da acá esa corona, y venga el privilegio, y prepáreme estatuas la posteridad, y ábranse mis arcas á recibir tesoros, y pásmense los sabios del mundo y, en fin, muéranse de envidia las cuatro quintas partes de ellos; y si tal sucede, ¿á mí qué se me da? Mi gloria es mi gloria.

En qué consiste esa como diablura por mí descubierta no obstante que no soy ni siquiera espiritista, no te lo diré, lector curioso. Sabráslo y lo sabrá todo el mundo, cuando dé á luz gordos tomos divididos en cuarenta tratados, amén de un apéndice y... qué sé yo qué más. Por ahora conténtate con saber los resultados de mis numerosos y sabios experimentos.

Apliqué, pues, el *micrófono-tijeras* (¿por qué no ha de ir mi apellido tras ese nombre?) á varios insectos, y casi todos mis ensayos me dieron re-

sultados satisfactorios. Muy raros son los insectos del todo mudos: tienen voz y hasta lenguaje las moscas y los mosquitos, las arañas y las hormigas, los piojos y las pulgas. Yo tenía por gentil embustero á Villaviciosa; pero he cambiado de juicio, y hoy tengo para mí que el autor de *La Mosquea*, como buen poeta tuvo algunas puntas de mago, ó conoció el *micrófono* perfeccionado.

Entre paréntesis: admírate de mi honradez y sinceridad cuando expreso esta sospecha que pudiera amenguar el mérito de mi descubrimiento. ¡Ojalá muchos novísimos inventores me imitaran!... Quizás el honor del siglo XIX se amenguara su tantico; pero en cambio otros no serían... tan *siglos-medios;* quiero decir que no serían del todo despojados de la gloria que les pertenece.

Después de esta digresión, adelante.

Es natural que estés curioso de saber qué lengua hablan los insectos; voy á decírtelo: usan la lengua de la gente con quien viven. Entre nosotros las pulgas de los indios, por ejemplo, se expresan en *quichua,* las de los *cholos* y *chagras* en *quiçhua* españolizado, las de la gente civilizada en español *quichuizado*, excepto unas pocas que se han atrevido á meterse entre el pellejo y la camisa de los académicos correspondientes; si bien es verdad que estas castizas pulgas, si llegasen á hablar en el seno de la Real Academia de Madrid, quién sabe si fuesen entendidas; esto digo,

ya se entiende, del idioma hablado; pues si las susodichas pulgas escribiesen, otra cosa sería: bien pudieran ser académicas y ocupar las sillas, no digo de los señores Castelar y Zorrilla, que no sería gracia, sino las de los mismísimos señores conde de Cheste y duque de Rivas.

Un día tomé un par de pulgas, gorda y animada la una, flaca y amilanada la otra; esto es, aquélla en plena *vita bona*, como empleado fiscal de conciencia nada timorata, y ésta al principio de su vida pública, como si dijéramos partidaria de la regeneración moderna. Hallélas entre los pelos de una bayeta, la una frente á la otra, en actitud de conversar; tuve curiosidad de saber lo que se decían, y por si el susto de la prisión no fuese tal que les impidiese anudar el diálogo bajo la acción del *micrófono-tijeras*, á ella las sometí. No me engañé. Temblaban al principio y guardaban silencio; mas no tardaron en animarse y volver á su conferencia, si bien la flaca empezó muy turbada:

—¡Hermana, de esta sí que no escapamos con el alma dentro!

—¡Bah!, le contestó su interlocutora, ¡cómo se conoce que eres bisoña y sin experiencia en las cosas de esta vida!

—Pero ¿no ves que estamos presas y que muy luego seremos despachurradas por las uñas del bárbaro que nos ha atrapado?

—Verdad es, pero cálmate. Yo me he visto

otras veces en iguales y aun peores aprietos, y, no obstante, hoy me tienes aquí llena de vida.

—¡Ay, hermanita! Eso no quiere decir que ahora no nos sacarán las tripas de un estrujón.

—Pudiera ser; mas no veo qué provecho pueda traernos un temor anticipado. Calla pues, pon el alma en su lugar y escúchame como si no tuvieses la muerte ante los ojos. Yo había comenzado con tanto gusto á referirte la historia de mi vida, y tú á escucharme con tal atención, que esto fué causa para que no sintiésemos la aproximación del par de dedos que nos tomó y puso donde nos vemos en este momento. Al hecho pecho, y comienzo de nuevo mi relación:

Nací entre el polvo de un pavimento, circunstancia que no ha sido obstáculo para que fortuna hiciese de mí todo un personaje: tú sabes, querida, que soy pulga ilustre; á lo menos es cierto que tanto he dicho en pro de mí misma, que por ilustre me tengo, é ilustre me llaman cuantos semejantes míos á falta de juicio propio al mío se atienen. En mis niñeces no tuve este color de chocolate con que ahora ves teñido mi cutis; fuí blanca y rubia como un irlandés y bonita como un amor.

Viví un día entre la lana de un perro. No me sentí nacida para tan pedestre y ruín condición, y me trasladé al lecho de una criada, en el que las rollizas carnes de ésta me provocaban. Allí encontré numerosas compañeras, aunque de di-

versas nacionalidades. Como fuí la más inteligente y audaz de todas, no tardé en hacerme su caudillo; las organicé, las arengué, las entusiasmé con hablarlas de los derechos legítimos del *pueblo-pulgo* sobre el tesoro de la sangre humana, y trájelas á una conspiración formidable; era preciso subir de los pies de la moza á la parte donde la piel fuese menos dura y la sangre más dulce; le tomamos, pues, el pecho por asalto. Mas cuando nos considerábamos dueñas del campo y empezábamos á sacar el vientre de mal año, ¡oh cruel inconstancia de la fortuna! asoman entre nosotras cinco dedos ágiles y terribles que acaban con las dos terceras partes, si no más, de mi valiente y poderoso ejército. Aquí crujían huesos rotos, allá saltaban cuerpos divididos por mitades, acullá rodaban intestinos palpitantes. Todo era horror, así en las dos prominencias del pecho á que habíamos trepado, como en el hondo valle por ellas formado y en los desfiladeros de las costillas. Yo me ví agarrada como por unas tenazas y luego arrojada á un mar de un líquido denso y pesado: era la boca de la criada. Su lengua, cual monstruo formidable, me revolcaba de aquí para allá en el empeño de ponerme entre los dientes que debían triturarme. ¡Imagina, si puedes, cuáles serían mis conflictos! Felizmente esa deshuesada enemiga no anduvo tan hábil en perseguirme como, á fuer de instrumento de criada, suele serlo para otras

cosas tocantes al servicio de su señora, especialmente fuera de casa; perdió el tino, descuidó el resguardar un portillo de las encías, y por él me escurrí fuera de la dental muralla; abrióse en seguida la boca en prolongado criadesco bostezo, de lo más oportuno para mí, y salvé el parapeto del robusto labio inferior. Detúveme un momento en la punta de la barba, y respiré; mas ¡cuál fué mi horror cuando reparé que habían descendido hasta ella unos cuantos cadáveres destrozados de compañeras mías... Dí un salto violento y fuí á caer lejos, no sólo de la asesina criada, sino de su lecho.

Así tan desdichado fué el remate de mi primera campaña. Era preciso emprender otra, so pena de que me muriese de hambre. Resolvíme, previo juramento de huir de toda criada.

Con casualidad ó sin ella (á lo segundo me atengo) hallé en el cuarto de la mentada moza, después de mi portentosa salvación, á un jefe de ejército, alto, robusto, hermoso, que conversaba en voz baja con ella. Soy caritativa, y ni en reserva te digo que trataban asunto delicado tocante al mucho cariño que el jefe tenía á la señora de la casa. De un salto me puse sobre el botín charolado del valiente coronel. Al tocar los bordes del pantalón, me paré un momento indecisa entre si tomaría el camino interior ó si treparía por la superficie. Me decidí por el primero que

ofrecía algunas ventajas y era el menos peligroso. Á poco subía paso al trote ceteando entre la *tibia* y *el peroné*. En medio de este trayecto dí con una nigua que bajaba.—¿Qué haces, prima? le dije; me parece que obras mal en descender.—Te engañas, me contestó; los pies á donde me encamino son más provechosos que las alturas á donde vas. Reflexioné, conocí que la nigua podía tener razón, y le dije: ¡Adelante! En verdad, ¡cuántos medran admirablemente con clavarse á los pies de los personajes! Gran diligencia y trabajo me costó trasladarme al muslo; logrélo al cabo por una brecha abierta en el calzoncillo. Chupé un poquito de sangre para recobrar las fuerzas perdidas, y proseguí mi camino. Subí á las cumbres de las caderas, descendí á la región de un vacío y luego, tomando la diagonal por el desfiladero de una costilla falsa, entré en la meseta abdominal. ¡Qué satisfacción la de llegar á este resultado á fuerza de movimientos estratégicos! Pero no fué menor mi contento cuando, al recorrer el territorio que había conquistado, entre la caverna umbilical y un pliegue de la camisa, por donde ajusta la pretina, dí con un honrado y venerable piojo, blanco, gordo y lucio, que llevaba en ese retiro vida filosófica. Me trató con suma urbanidad, y en la conversación que tuvimos, descubrí que poco antes que yo también había conquistado el cuerpo de la criada y establecido

su dominio en él; pero más afortunado no sufrió persecución, ni se vió á punto de morir trágicamente mascado por infames muelas, ni tuvo que saltar al pavimento, sino que en un momento de cuchicheo entre el militar y la susodicha, hizo fácilmente ciertas evoluciones y se trasladó al punto donde le hallé acomodado. Invitéle á que subiésemos juntos, si era posible, hasta la cabeza del bravo coronel; mas no lo tuvo á bien: era amigo del término medio, y así como la nigua gustaba de las regiones pedestres, y á mí me han tentado siempre las alturas, él se atenía al ombligo. Merendamos como buenos amigos, sin curarnos de los estremecimientos que nuestros trompetines causaban en la piel abdominal del vetérano. Después él se entregó á sabrosa siesta y yo proseguí mi ascensión. No te diré las penalidades y peligros á que me ví expuesta en las vueltas y revueltas que tuve que dar hasta ganar la cumbre del pecho izquierdo. Aquí me acomodé, y si hubiese tenido un ejército á mis órdenes, le hubiera alojado estratégica y artísticamente, pues entiendo muy bien de castrametación pulguina. Cené cumplidamente y me dormí de lo lindo: ¡tenía tal cansancio! Pero á poco me recordé asustada: sentí un movimiento tan fuerte, que creí que se desbarataba mi lecho. El corazón del jefe como que intentaba romper las costillas para fugarse. Por lo que después pude oir á tan bravo militar, había percibido

á lo lejos los tiros de fusil más cercanos que jamás oyó en su vida... No me pasaba todavía la impresión que me causara el terremoto pectoral, cuando sentí que se difundía un hielo horrible por toda aquella región. ¡Se muere mi jefe! dije en mis adentros; y como las personas de mi raza no gustan de habitar con difuntos, me apresuré á evadirme por donde me había introducido; el susto me dió alas, volé, y en un santiamén me puse en el borde del recamado cuello de la levita. Entonces sentí que mi jefe respiraba y, por ende, que todavía guardaba el alma entre cuero y carne. Por algunas frases que alcancé á oirle, comprendí que había recibido órdenes apremiantes de partir á sofocar una revolución. ¡Peor que peor para mí! pensé al punto, y no sabía qué hacer de mi persona. Si la víspera de la camorra se me puso tan frío ese pecho, ¡qué será el día! Sin embargo, me quedaba la esperanza de que sus ideas, que son de lo más sano y firme en política, le harían evitar un choque, que fraternizaría generosamente con los rebeldes, y contribuiría con ellos á salvar y regenerar la patria. Además, tenía mi buen coronel que despedirse de una amiguita, y como calé de qué manera debía hacerlo, al punto tracé mi plan de cambiar de territorio. Fuese, pues, á verla, hallóla sin más compañía que sus lágrimas y sollozos, y por ahí, tras una puerta, la criada pulguicida de marras, que todo lo atisbaba, y que

servía á su ama con espiar cuidadosa si asomaba quien, con legítimo derecho, podía impedir la tierna despedida. Cierto que fué tierna y dramática. La sensible y casta dama reclinó la cabeza románticamente en el hombro del militar; y esto me quise: puesto el moño en contacto con el bordado cuello, fuéme fácil agarrarme de una hebra del cabello, y, *maromeando* con destreza, en pocos segundos estuve en la cima del promontorio de pelo. Mira, amiguita, para subir es cosa muy útil saber *maromear*; no te descuides de aprenderlo, y para esto frecuenta la sociedad de gente encopetada. Pero debo añadir en puridad que en esas alturas no me fué muy bien, y para nutrirme de alimento menos amargo y de más fácil digestión que el que se consigue en la coronilla y sus vecindades, hube de bajar con gran trabajo hasta el doblez de la oreja. Además, hallé un piojo avecindado desde una semana antes en la parte más eminente—piojo de color muy diverso del que tenía el filósofo solitario de la región abdominal, esto es, color mulato subido; el cual insectillo me refirió que en esos lugares había peligro de perder la vida.—De cuando en cuando, me dijo, baja una hilera de unas como vigas que lo arrastra todo de una manera violenta y terrible, dividiendo el cabello en muchas y menudísimas porciones.

¡Y era verdad! Poco tiempo había transcurrido desde que el compinche piojo me hablara del pe-

ligro, cuando vimos descender sobre nosotros la diabólica máquina sin que nos fuese dable evitarla; cogiónos á entrambos entre sus tupidos dientes y, quieras que no quieras y por más que nos agarrábamos de cuantas hebras se nos atravesaban al paso, nos arrastró desde nuestra encumbrada mansión hasta hacernos caer en un blanco paño tendido en las faldas de la malcristiana señora. ¡Aquí fué Troya! exclamé en tan apretado y angustioso trance (la pulga sabía la Iliada de memoria); pero me acordé al punto que yo era insigne en el arte de saltar, y como á pesar de la voltereta caí de pies y me sentía sana y buena, hice un gran esfuerzo, y describiendo un segmento de círculo en el aire, fuí á parar al encaje que adornaba el alabastrino pecho de la dama. ¡Oh dichosa habilidad de saltar! ¡Oh benditos saltos! ¡Oh saltos salvadores! En esta vida, quien no es maestro en ellos ó tiene escrúpulo de darlos cuando conviene, lleva mucho riesgo de *fregarse*... (Esta pulga del diablo usa á veces unos términos... en fin, todavía no es académica). Oculta entre el encaje presencié temblando y derramando lágrimas como unas cuentas, el triste fin de mi amigo el piojo: lerdo y pesado, no bien dió cuatro pasos en el lienzo, cuando fué capturado por los dedos de la dama, puesto sobre un costado del instrumento que nos hizo bajar, y vuelto pedazos bajo la uña del pulgar. ¡Y qué alharacas las de la linda

verduga al pillar y despachurrar al pobrecito, como si hubiese sido el único piojo digno de muerte por haberse atrevido á subir á tanta altura! ¡Cosas del mundo! ¡Cosas de las mujeres!

A mí el salto oportunísimo, no sólo me salvó de la muerte, sino que me puso en muy ventajosa situación. Así á lo menos lo juzgué á primera vista. ¡Qué pecho aquel! Si estaba diciéndome con su blancura, tersidad y suavidad sedosa, pícame aquí, muérdeme allá, cómeme donde quieras, regálate! ¡Qué iba á escoger yo donde todo era excelente! Atravesé el primer agujerito que junto á mí hallé en el encaje y apliqué mi trompetín á la graciosa y divina prominencia izquierda. Pero ¡cáspita! hallé tal resistencia... Esa epidermis era una cáscara que no la tenían ni la criada ni el militar. Trabaja y más trabaja sin que la señora se diese por entendida, como si el pellejo no fuera suyo, después de hundir mi punzante vocal instrumento hasta la raíz, pude extraer un poquito de un jugo amargo, en vez de sangre. ¿Qué se había untado esa diabla en forma de ángel, ó qué sangre era la suya? ¡Qué engaño el mío! ¡Mira en lo que vino á parar el haberme fiado de tan provocativa belleza! Por un tris no juré entonces dar preferencia á la sangre de las criadas de piel cobriza, pero sana, sobre la de esas damas tan blancas y bonitas que abundan en la sociedad aristocrática. Me sentí envenenada.

¡Qué dolor de vientre! ¡Qué calambres! ¡Qué angustias! La muerte, pero una muerte atroz, iba á acabarme. Sin duda fuí atacada de un síncope, pues sin saber cómo hallé que mi pobre bulto había rodado del pecho, por la cavidad central, hasta la boca del estómago. En este punto volví en mí, pero para continuar muriéndome. Apenas tenía alientos para moverme, y sólo me sacudían de cuando en cuando estremecimientos nerviosos, precursores de la muerte. Era un hecho: ¡iba á terminar mi vida! Lo sentía de veras, á causa de mi juventud y de que se cortaría la urdimbre de tantos magníficos proyectos como guardaba en mi cabeza, para provecho propio y, sobre todo, de mis hermanas las pulgas; pues has de saber que soy el insecto más filantrópico que chupa sangre y da saltos sobre la tierra.

Pero sin duda hay alguna deidad protectora de las pulgas y vino en mi auxilio. La señora tomó en brazos á su lindo y robusto hijo de medio año de edad, y en un trasporte de cariño, le ajustó á su pecho. Aproveché la coyuntura, reuní todas mis fuerzas, me asomé á una abertura de la cotilla y ¡zas! dí un salto y me puse en el cuello del niño. A muy poca costa perforé el delicado cutis y me harté de sangre. Halléla muy semejante á la del coronel, sabe Dios por qué; mas en todo caso era sangre fresca, dulce, saludable y me salvó la vida: ¡resucité! El chiquitín se quejó y lloró,

pues á diferencia del de su mamá, el cutis lastimado por mi trompetín era suyo propio. Ella inquirió la causa del llanto y (diablo de mujer!) me descubrió á tiempo que me retiraba, saboreándome, á echar la siesta y digerir el exquisito alimento que acababa de tomar; pero cuando me aplastó con la rosada punta del índice, quedó un resquicio entre la yema y la uña, larga y de forma de lanceta, según lo exigía *La Mode de París*, y por él me escabullí sin la menor avería.

—¡Pulga infame! exclamó la señora en su despecho. ¿Has oído jamás calificativo más injusto? ¡Llamarme infame ella que me envenenó y casi me mata! Continuó la persecución con inaudito espíritu de venganza, y á fe que me ví apurada: anduve á saltos, ya por el pecho de la madre, ya por el del hijo; por los brazos, por la cabeza, hasta que al fin, sin que la dama lo advirtiese, caí en la concavidad de una oreja del angelito. Aquí fué el llorar, el chillar y desesperarse del infeliz; yo no podía estarme quieta y mis movimientos le atormentaban, obligándole á otros en que su pobre cuerpecito parecía desbaratarse. ¡Y qué angustias las de la madre! Oí que también soltaba el llanto, y llegó su ternura y cuidado para con el chico á tal punto que la obligaron á obrar un milagro: no quiso que la nodriza le diese el pecho, y le dió el propio suyo, con manifiesta infracción de las leyes de la cultura moderna. Atraído por el llanto del

niño se presentó el papá, que le amaba como á su hijo.—¡Esto ya no es piquete de pulga! exclamó la madre: ¡esto es cólico, y mi hijo se muere!—Sin duda: ¡esto es cólico! repitió el marido. Voy tras un médico.—Tomó el sombrero y se le encasquetó á la diabla, atrapó el bastón y salió disparado como un cohete. Aquí comenzó á alarmarse mi conciencia, pues por mi causa iba á peligrar la vida de esa criatura. No tardó en venir el facultativo; era éste uno de aquellos cuyo talento necesita todo el favor de la Facultad para que puedan graduarse. Examinó al enfermo desde el occipucio hasta los calcañares, le palpó el vientre, le aplicó el oído al pecho, le dió en él unos cuantos golpecitos con los dedos de santiguarse, pulsóle el brazo derecho, pasó al izquierdo, aturrulló á la madre á preguntas, soltó palabras en latín y hasta en griego, y al fin dijo en tono magistral:—Cólico ¡oh! cólico y de los más serios. Ustedes no se engañaban. La ciencia tiene demostrado que, cuando una pulga ó cualquier otro insecto ovíparo ó que punza con trompetín, pica en el cuello á un niño, el estómago, el ciego ó el *colon transverso*, padecen por simpatía, y sobreviene el cólico—*colquis* en griego y *colicus* en latín.—Desde que usted, señora mía, me dijo que había encontrado una pulga clavada en el *externo-cleido-mastoideo*, calé lo que padecía el chicuelo: tiene, pues, excitada la nerviosidad de la *siliaca del colon descen-*

dente. Caso gravísimo; pero si la pulga *(pulex)* ha puesto en peligro la existencia de esta criatura, *suum cuique ingenium*, yo conjuraré el mal, y no tenga usted cuidado.

¡Vamos! Todo eso era muy raro; pero así debió de ser: la ciencia lo decía por boca del señor doctor. Sin embargo, yo juzgaba que la salud del vientre del niño dependía de que abandonase su oreja. Mas ¿cómo hacerlo? Para salirme de mi escondite era necesario tomar serias precauciones, pues podían atraparme á la puerta del agujero. Tardé no poco en llenar mi caritativo anhelo de aliviar al enfermito, y entre tanto el remordimiento de conciencia me comía viva. En el ínterin, allá van líquidos por ambas puertas, y por la superficie fricciones, cataplasmas, unturas, sinapismos... ¡Y el cólico en sus trece!—¡Por Dios, doctor, salve usted á mi hijito! decía el pobre papá lleno de angustia; mire usted que es mi único heredero, mi esperanza, mi sangre, mi alma, mi corazón, mi otro yo. Juzga, amiga mía, qué cruel sería el dolor de la mamá, la cual, con mejor derecho indudablemente, exclamaba: —*¡Mi* hijito se muere! *¡mi* hijito! *¡mi* hijito!—Ya no pude resistir á tan angustioso espectáculo, y al cabo me asomé cautelosa á la parte externa de la ternilla desde donde podía dar un salto sin peligro de la vida. El niño sintió alivio y dejó de patalear y chillar, aunque se quedó sollozando. Volviéronle

á un lado para repetîr la iniquidad del clíster y esta fué la ocasión de fugarme; no salté, porque no convenía, sino que me escurrí bonitamente y me oculté bajo la papalina del enfermo. Tuve hambre, y como todas las manos debían proseguir ocupadas en combatir los últimos restos del cólico, me dediqué, sin temor de un percance desagradable, á satisfacer mi necesidad tras el blando cartílago cuya parte interior acababa de servirme de refugio. La criatura dió un gruñido en tiple sostenido como de flautín, moviendo la cabeza de un lado á otro.—Son los últimos retortijones, dijo el doctor; en casos como éste siempre queda algún desarreglo en el *jugo gástrico*. Pero no tengan ustedes cuidado. ¡El chico se nos ha escapado de buenas! Si no le hemos medicinado con energía, quién sabe... ¡hum! quién sabe. Y diciendo esto tomó el bastón y se largó con pasos mesurados, cual convenía á su ciencia y al triunfo que acababa de alcanzar.

—¡Qué gran médico es este doctor! exclamó el papá del hijo de su mujer. El niño, cansado de llorar y libre al fin del *cólico-auricular-abdominal-pulgutneo*, se quedó profundamente dormido.—Es preciso, añadió el papá; que remuneremos el trabajo del doctor.

—Preciso, contestó la mamá; aunque, como es tan buen amigo nuestro, no ha de querer aceptarnos nada.

—Verás que acepta.

—Verás que no acepta.

—En este caso le haremos un obsequio.

—Eso sí que sí. Pero ¿qué le regálamos?

—En esto pienso.

—Ya se me ocurre...

—¿Qué piensas que debemos enviar al doctorcito?

—Pan y durasnos de Ambato y unas seis botellas de buena cerveza.

—¡Excelente! Manos á la obra.

Apenas terminado este diálogo, se presentó una visita: don Pepe Tijeras, amigo de los padres del enfermo, al saber su trabajo, corría á verlos y ofrecerles sus servicios. La compasión ó la curiosidad le movieron á acercarse al niño y á tocarle la frente; yo, que me hallaba descontenta bajo la papalina, me metí por la bocamanga del curioso, y en ella me trasladé á su casa. Quise probarle la sangre y hallé que el brazo era bastante tieso. Subíme al pecho, no sin hacerle comezón por todo el camino;—¡el diantre de hombre es tan nervioso!—pues deseaba dar con un par de bocados pasaderos; le clavé el aguijón, chupé, y me pareció el jugo nn si es no es picante. A poco sentí que andaba alrededor una cosa blanda y caliente. Era un pedacillo de bayeta lanuda: ¡era una trampa! No lo sospeché, metíme en ella, donde te hallé; trabamos amistad, pusímonos á conversar

distraídas, lo cual nos perdió. Un minuto después estuvimos entre los dedos de don Pepe y tragamos que no vivíamos un segundo más. Pero yo no sé qué quiere de nosotras el bueno del hombre: en vez de destriparnos nos ha puesto en este aparato y nos observa con una atención que no le consiente moverse ni pestañear. ¡Haga de nosotras lo que le plazca! No me han acobardado jamás los mayores trabajos, ni temo la muerte. En prueba de ello, ¿á qué no has oído en toda mi relación un ¡ay de mí! ni has visto una lágrima en mis ojos?

* * *

Aquí la ilustrada é interesante pulga terminó su curiosísima relación, y yo, en vez de castigar sus delitos y de vengarme del mal rato que me diera con el agudo piquete, la indulté al punto, junto con su compañera. En todos sus asaltos, ataques y fechorías, me dije: ¿qué falta ha cometido este bicho? Ninguna: es libre, y no ha hecho otra cosa que usar de sus derechos, como lo hacen tantos hijos de Adán. Castigarla por esto habría sido quebrantar uno de los más santos y respetables principios democráticos modernos y renegar de las ideas de progreso y civilización... Pero, ¡qué es esto, caramba! Sin saber cómo ni cuándo, ambas pulgas se han apoderado de mi cutis en el

mismísimo pecho, y acaban de darme un par de piquetes furibundos. ¡Vamos con las bribonas! Estoy creyendo, á pesar de mis principios, que mi generosidad fué una gentil tontería. Si las hubiese aplastado y despachurrado, ¿no es claro que no hubieran vuelto á mortificarme, ni quitádome la tranquilidad, ni obligádome á perder mi tiempo en rascarme, en defenderme de su agresión y en perseguirlas?

LOS PRODIGIOS DEL DOCTOR MOSCORROFIO

Al Sr. Director de *La Raza Latina.*

En un número de su justamente acreditado periódico leí, no ha mucho, el curioso artículo *El Médico de la Muerte.*

El estupendo prodigio obrado por el sabio Doctor D. Tomás Cevallos, francamente sea dicho, no me causó ningún asombro, como tampoco sorprendió á los amigos que me oyeron la lectura.

Eso de abrir tanta boca al saber que el célebre médico peruano pegó y cosió al tronco una cabeza cortada, y luego infundió vida en aquel cuerpo de tan extraña manera remendado, bueno será para los que no sepan quien fué el *Dr. Moscorrofio* ni tengan noticia de los milagros que, por sus manos, obraba la ciencia médica.

Yo no ví ninguno ni conocí á aquel rey del es-

calpelo y las drogas, á aquel semidiós que por un tris no fué adorado por la antigua sociedad quiteña.

¡Que le hubiera conocido yo infeliz, si tuve la desgracia de nacer algunos lustros después que él había fallecido!

Y desgracia tamaña fué también para Moscorrofio: si hubiese estado en el mundo siquiera unos dos años después que yo vine á la vida, á fe de quien soy que no se quedaba sin dos docenas de sonetos, siete y media odas y cinco y dos cuartos de romances, que no son granillo de anís. Pues ha de saber usted, señor mío, que yo poetizo á la moderna desde el vientre de mi madre, y mi primer vagido, cuando entre pañales y fajas me aprisionaban, fué un ditirambo elegíaco que encantó á la comadre y á todos los circunstantes.

Pero como conozco viejos muy formales y fidedignos, que cuando nombran al asombroso médico se descubren con veneración, á su testimonio me atengo con entera seguridad de conciencia. Ellos me han referido cosas que, ya lo he dicho, si se las compara con la del *Médico de la Muerte,* queda como una niñería: un chico rompió un juguete autómata, le pegó luego con goma ó con oblea, dióle cuerda, siguió moviéndose, y acabada la historia. Este es el Dr. Cevallos, esta su obra.

No así el Dr. Moscorrofio. Atienda usted...

Pero me olvidaba de advertir una circunstan-

cia de sumo interés: además de la tradición recogida de venerables labios, los efectos de la ciencia de este *non plus* de los facultativos los he visto, los estoy viendo, los ven todos mis compatriotas.

Ahora sí, vamos al caso.

Susurrábase ya que la ciencia del Dr. Moscorrofio se había elevado hasta un descubrimiento casi sobrenatural, ó, en otros términos, que lo sobrenatural había descendido hasta la ciencia, gracias á las cogitaciones y desvelos del Doctor. Pero éste, modesto como sabio y tan sabio cuanto modesto, se guardaba el secreto en el *sancta sanctorum* de su privilegiada cabeza. Muy mal hecho, pues al fin y al cabo vivía cuando este siglo, en que nada se calla, era ya mocetón y charlatancillo.

Sin embargo, el sabio no había contado con el poder de una muchacha bonita; poder de los poderes, que mil veces ha puesto las peras á cuatro hasta á los dioses, que no sólo á los sabios, en achaques del corazón, idénticos á todos los demás mortales.

He aquí lo que pasó:

La belleza y gracia de la chica le cayeron al Doctor en medio del corazón como una lengua de fuego en alcohol. Claro se está que se le inflamó la entraña como un Cotopaxi. Mas como á las veces Naturaleza pone en sus criaturas más lindas defectos que ni un amor por extremo ciego deja de advertir, tuvo el imperdonable capricho de

dotar á la consabida chica con las orejas de la peor figura imaginable: era cada una ni más ni menos que un caracol bocabajo, con el agudo vértice dos dedos superior al nivel de las cejas.

¡Qué tormento para nuestro Esculapio! Y como era entendido asimismo en letras antiguas, y no se le podía echar punto en cosas mitológicas, ver á su amada, acordarse de Midas y ponerse mohino, todo era á un tiempo.

El remedio de la tamaña desgracia estaba en sus manos. Sin embargo, el amor le hacía temer un mal resultado en el ensayo de su descubrimiento practicado en las aborrecidas orejas de su idolatrada bella.

Pero, ¿qué hacer? ¡Diantre! eso de tener presente á Midas siempre que contempla á Venus; eso de que caiga precisamente una gota de acíbar en la almibarada copa de la ilusión, cuando más piensa embriagarse con ella, no es para tolerado por el Dr. Moscorrofio.

¡Malditas orejas!

Al cabo hubo de resolverse, no sin que muchos días pasase triste, inquieto y pálido. ¡El caso era tan grave!

La joven partió al campo. Díjose que había enfermado, y partió en seguida el Doctor.

Cuando éste volvió estaba radiante de contento.

Muy poco después regresó su ídolo. Pero, ¡qué

sorpresa para cuantos lo conocían! Había cambiado completamente de orejas: ya las tenía bellísimas.

Sea que lo refiriese la agraciada muchacha, sea que el exceso de la alegría sacase algo al Doctor de la prisión de la modestia, volando se divulgó la pasmosa noticia de que el mejoramiento de las orejas era debido á un cambio que de ellas hizo el portentoso Moscorrofio.

La obra era perfecta; sólo una amiga de la joven notó que en el alabastro de su cara disonaba algún tanto lo moreno de los nuevos miembros. Justo era el reparo: la criada que había consentido en la desigual permuta era bastante quemada por el sol ecuatorial. A ella también le sentaron mal los caracoles blancos.

Se me dirá que esta es una solemne simpleza comparada con la operación del Dr. Cevallos.

Paciencia. ¡Si no estoy más que en las primeras líneas del prólogo! Oiga usted:

El Dr. Moscorrofio cobró ánimo, y llegó de grado en grado á lo sublime, á lo milagroso de su invento. Remendar manos y pies, brazos y piernas, sacar una ó más costillas y sustituirlas con otras, todo eso era bicoca y no llamaba la atención.

Cierta vez una morena no estaba satisfecha con los ojos azules y chicos que Dios le diera; pues bien, ¿qué hace mi Dr. Moscorrofio? Se los cambia con los negros y lindos ojos de un *llama*, el

más ojón de los cuadrúpedos americanos. Esto sí ya no fué pelo de cochino.

Una beata tenía la lengua asaz dañada; el Doctor Moscorrofio se la arranca de raíz, y en su lugar le pone la lengua de un perro. Y como era muy bueno hasta con los animales, no quiso que el pobre dogo se perjudicase, y antes que injertarle la lengua de la beata prefirió dejarle mudo.

Dentista famosísimo, habría obscurecido la estrella de más de un cambiamuelas de los Estados Unidos, pues quitaba y ponía mandíbulas enteras. Un caballero tenía la herramienta dental en lamentable ruina. ¡Qué parecía esa desdichada boca! La de un volcán que encierra trozos de rocas negras y carcomidas. El Dr. Moscorrofio estudia la configuración de ella, medita un poco, ve que la única dentadura que puede convenirla es la de un puerco, y que aun armonizaría con el conjunto de la cara, y tas tas, en dos minutos se la pone. No he conocido al caballero; pero la operación fué tan maestra, que la Naturaleza misma túvola por buena, y las porcunas mandíbulas fueron transmitidas á hijos, nietos y biznietos del afortunado que primero las hubo. Pregúntenmelo á mí que conozco más de dos docenas de ellos, que hoy comen y beben como todo buen hijo de su padre.

Pero también esto es nonada. Atención á lo bueno.

Es el 20 de Enero de 1814. Llueve que es una gloria. Es un día de los más quiteños de este año en pañales, renacido como el Fénix, aunque no de sus cenizas sino de sus charcas y sus lodos.

Un caudaloso río de curiosos y curiosas, que desafía al río que barre las calles de la ciudad, va desapareciendo, como en un sumidero, en la entrada del Hospital de San Juan de Dios. Atáscase la gente entre la gente en patios y corredores de la espaciosa casa. Se han puesto mesas en hileras y sobre las mesas sillas que son ocupadas por la aristocracia. Los muchachos se trepan por los pilares. Los que no están en esas alturas sudan y se ahogan, como sucede siempre en el mundo. Los de baja estatura se ponen de puntillas y extienden los cuellos. Todos quisieran aumentar la luz de sus ojos para ver mejor, y se los limpian con el revés de la mano.

No faltan muchos hombres de ciencia, ni aun sacerdotes y empleados atraídos por la curiosidad.

El Dr. Moscorrofio va á operar á un enfermo; va á obrar un prodigio, y no es cosa para malograda por ojos humanos.

Un pobre hombre yace tendido en su lecho. Va para siete años que padece un constante dolor de cabeza que le ha convertido la vida en un infierno.

La opinión de los médicos está disconforme, y no hay á qué atenerse. Quizás tiene razón una ve-

nerable abuelita que, metiéndose como cualquier hija de Dios en la contienda de los facultativos, asegura que el dolor de cabeza de ese prójimo no es ninguna encefalitis, sino resultado evidente de los mil y más pensamientos pecaminosos que en ella habían germinado, crecido, madurado, y los más convertídose en hechos dignos de Judas.

Sea lo que fuere, sigamos.

El Dr. Moscorrofio había ofrecido dejar sano y bueno al enfermo. Preséntase en el hospital seguido de media docena de practicantes. Con ellos viene un borrico que aún no ha cumplido tres abriles. El infeliz no sabe lo que le aguarda.

Al paso del gran médico no hay quien conserve el sombrero en la cabeza ni quien no se incline.

Hay primero murmullo general de voces; después silencio profundo.

El paciente ha sido sacado á un corredor donde hay abundancia de luz y colocado en una poltrona.

Los practicantes obedecen con la rapidez del relámpago las órdenes del Maestro. Éste hace no sé qué maniobra y aplica un frasquito á las narices del enfermo, que al punto queda sin sentido.

Un antiguo empleado del Santo Oficio de Lima, que por casualidad se halla presente, siente cierta comezón que le sube de los pies á la cabeza, y va á dar unas voces; pero sea que se acordase que

ya no era tiempo de quemar brujos, ó por cualquier otro motivo, apresa la lengua entre los dientes y las voces se convierten en uno como suspiro que se le escapa á retazos de lo hondo del celoso corazón.

Entretanto el Dr. Moscorrofio y dos de sus discípulos habían comenzado simultáneamente dos operaciones iguales: el primero aserraba la cabeza del hombre, los otros la del borrico.

La desdicha mayor era para esta infeliz criatura, á la cual no se puso cuidado de narcotizar, y padecía dolores terribles.

Ambas operaciones se terminaron á un mismo tiempo; pero el Doctor previno á sus practicantes que no se apresuraran á extraer los sesos del asno.

Moscorrofio tenía ya en sus manos los del hombre, aunque no enteros, pues en la mayor parte estaban podridos y desbaratados. Púsolos sobre una mesa y los examinó con un magnífico lente. En seguida trasladó el examen á lo interior del cráneo y á la media naranja que le servía de tapa, y primero con una cuchara, después con unas pinzas, luego con unos paños, limpió perfectamente uno y otro.

—Ahora sí, dijo, á ver esos sesos.

Y los del pobre cuadrúpedo fueron trasladados á la obscura cavidad que habían dejado los del hombre.

Hubo un momento de gran susto, pues bien

por precipitación, bien por el temblor nervioso que le causaba tan estupenda operación, el practicante que extrajo la cerebral médula por poco no la deja caer y hacerse tortilla en el pavimento. Hasta el Doctor palideció.

Al fin colocada aquella masa en su nueva posada, cubrióla Moscorrofio con la cabelluda tapa, luego cosió los contornos con torsales de seda, untóles con no sé qué científico menjurge, ató encima una vènda, hizo conducir al enfermo á su lecho, le aplicó otro frasquito á las narices, y con esto volvió en sí.

—¿Cómo te sientes? le preguntó el Doctor.

—Muy bien, contestó. Sólo me queda en torno de la cabeza un dolorcillo como si me la hubiese apretado con una cuerda algo delgada. Pero no es cosa. ¡Gracias, señor Doctor! ¡Mil gracias!

Durante operación tan pasmosa nadie se movió ni respiró; el asombro fué profundo y general. Una vez terminada, el asombro se manifestó en un torrente de frases lisonjeras para el sabio médico; torrente que vertido por más de dos mil bocas, no cabía en el recinto del Hospital, y se desbordaba hasta por sobre los tejados. Hubo miles de palmoteos y vivas, pero ni uno solo ¡bravo! porque no se usaba todavía esta exclamación por nuestra tierra de gente tan mansa y algo atrasada por entonces. Los ¡bravos! y los ¡hurras! pertenecen al progreso moderno.

El ex-inquisidor, eso sí, se desahogó en un círculo de amigos observando que, además de ser el hecho completamente extraño á las facultades de un cristiano, el Dr. Moscorrofio no había invocado ni una sola vez á Dios ni á la Virgen, ni aun á San Lucas, con ser el patrono de los médicos. No había que darle vuelta al reparo: era la purísima verdad. Mas el bueno del tal ex-empleado inquisitorial no calaba que el sol de la civilización moderna había madrugado á derramar sus luces en el alma del rey de los Galenos, del genio de la ciencia.

Un largo año en Quito, y aun fuera de Quito, no se habló de otra cosa que del cambio de sesos obrado por el Dr. Moscorrofio.

—Pero ¡cómo quedaría aquella cabeza! se me dirá.

No puedo aseverar cosa alguna á este respecto; con todo, inclínome á creer que no quedaría mal, porque he conocido más de cuatro nietos del hombre de los sesos regenerados, que han obtenido grados y títulos, gozado reputación de doctos, y sentádose en nuestros Congresos y desempeñado otros altos destinos.

¿No he dicho que, aunque no he conocido al Doctor Moscorrofio ni presenciado sus portentos, he visto y estoy viendo los efectos de su ciencia?

En cuanto al borrico, sea porque el Doctor no puso gran cuidado en la parte que le tocó de la

operación, sea de pena de verse con sesos humanos que de nada le servían, no tardó en morirse.

Poco más de un año después hizo el Doctor otra ostentación de su poder, otra cuasi-diablura.

Un marido desafortunado se quejaba de que su esposa, bella como un lucero, tenía el corazón nada arreglado para la vida conyugal: corazón arisco, selvático, casi fiero.

—Creo, le dijo el Dr. Moscorrofio, que pudiéramos remediar tamaño mal. ¿Consentiría usted en que sometiera yo á su cara mitad á la virtud de mi ciencia?

¡Vaya si no lo había de consentir! De mil amores.

Quedó resuelto que Moscorrofio haría una de las suyas y señaló día y hora.

La operación no se verificó á toda luz, como la de los sesos. Testigos de ella fueron tan sólo además del operante, el marido y un aprendiz de médico. Pero éste, que tenía algo más de lengua de lo que habría sido menester, lo reveló todo al día siguiente.

—¿Qué corazón quiere usted que le pongamos? preguntó Moscorrofio al marido.

Como sucede siempre en los grandes males que exasperan y ahogan, el pobre hombre, mártir de años atrás, se fué al último extremo opuesto, y contestó sin vacilar:—El corazón de una oveja.

—A la obra, añadió el Doctor é hizo el cambio

con una destreza que..... ¡si la hubiera visto el inquisidor!

Desde el día que se siguió la mujer fué tan otra, que apenas se la podía conocer: ¡qué paciencia para todo! ¡qué mansedumbre! ¡qué dulzura!

—Usted la ha convertido en un ángel, le decían al Doctor, y éste se compadecía de los tontos que tan mal calificaban el cambio.

—La señora Fulana, decía otro, es hoy un cordero: ¡qué tal variar de genio! y el doctor abría tamaños ojos, en los que brillaba el contento de haber sido penetrada su obra.

Largo tiempo se disputó entre los sabios de Quito, y aun se consultó á los de otras partes, acerca de cuál era el corazón más á propósito para la mujer casada; quién aprobaba el gusto del marido de la operada, quién se decidía por la esposa animada, fogosa é inquieta, quién buscaba un término medio y á él se acomodaba. Si yo fuese sabio y hubiera vivido en esos tiempos, creo que habría dado cuatro papirotes al que se avino con el amor de un corazón ovejuno.

Lo único que se sacó en limpio, andando el tiempo, fué una brillante prueba en favor de la teoría de que los hijos heredan principalmente las cualidades morales de la madre. Los de la dichosísima señora que cayó en manos del Dr. Moscorrofio, han tenido todos qué buenos corazones, idénticos al de la madre; sin que esto haya sido

obstáculo para que se distingan en el ejército y obtengan merecidos ascensos.

Largo por demás fuera el referir siquiera la centésima parte de los prodigios de nuestro gran médico. Con los referidos basta para probar que el Doctor D. Tomás Cevallos no era ni para descalzar al Dr. Moscorrofio.

Con todo, no se me ha de quedar en el tintero una cosa: he visto en algunos periódicos la noticia de la invención, no ya de la trasfusión de la sangre, sino de la leche. Esto es antiquísimo: el Doctor Moscorrofio lo hacía todos los días. Mas había observado que la leche tenía sus inconvenientes, porque podía convertirse en queso y obstruir las venas, y en su defecto empleaba el suero con éxito admirable.

Ya que de sangre hablamos, vaya por último (y de aquí sí que no paso), otra maravilla. Un joven enamorado como un diantre de una jovencita, hallaba para su matrimonio el grave inconveniente de la falta de no pocos quilates en su aristocracia.

—La sangre, decía el padre de la bella, la sangre..... ¡Qué diablura, un poco azul la de Fulanito, y no había más que hacer sino entregarle mi hija, pues es, por lo demás, muchacho de muy buenas prendas.

Acudió el pretendiente al Dr. Moscorrofio (¡para qué no acudían todos á él!) y de la noche

á la mañana asomó con una sangre azul que competía con la de su novia. ¿Sabe usted lo que hizo el Judas del Doctor? Le introdujo en las venas una competente porción de añil disuelto en alcohol.

Al tercer día esas sangres color de cielo se unían al pie del altar, y todavía viven entre nosotros algunas familias que se enorgullecen con harta justicia «de hallar su origen en tan noble tronco».

EL ALMA DEL DOCTOR MOSCORROFIO

Haz bien y no te importe saber á quién, dice un refrán, y en él se encierra gran filosofía, como puede comprenderlo cualquiera, si no es un zote. Por el dicho refrán vemos, no sólo que estamos obligados á servir á todos nuestros prójimos, sino que al hacer el beneficio no debemos esperar ninguna recompensa y ni aun dejarnos halagar por la idea del agradecimiento. Cuando se despierta esa esperanza en el corazón ó prende esta idea en la mente, se anula el mérito de la buena acción. Hacerla y olvidarla, he ahí lo que conviene; ese olvido generoso de parte nuestra es el recuerdo de Dios, quien á su vez olvida lo que nosotros interesadamente recordamos.

¿Es hacer un beneficio honrar la memoria de los muertos? ¡Quién lo duda! Y es tanto más me-

ritorio, cuanto de los difuntos nada podemos esperar.

Bien, pues; yo honré la memoria del Dr. Moscorrofio con recordar sus prodigiosas curaciones, para que el mundo las admirase. Nada tenía que esperar de él, puesto que no había de volver al mundo para cambiarme los sesos, como al consabido enfermo del hospital de San Juan de Dios, con lo cual me habría recompensado muy bien; porque, claro se está, con mi cabeza regenerada de ese modo me hubiera visto en aptitud de hacer gran figura entre los ecuatorianos, sobre todo en el periodismo. Pero ni aun cuando hubiese estado vivo el famoso Doctor habría oído palabra de mis labios que le recordase y encomiase el artículo salvador de su nombre que iba perdiéndose en la obscuridad.

Hacía mucho tiempo que lo escribí y lo había olvidado por completo; pero el mismo Moscorrofio por mi péñola favorecido, me lo trajo á la memoria de un modo asaz curioso—tan curioso, más bien, que he resuelto hacer conocer al público lo ocurrido.

Una noche, cansado de escribir un extenso artículo sobre ciertas cosas de mi tierra, que con decir que eran de ella ya se puede juzgar lo que serían, crucé los brazos sobre el pupitre, apoyé la frente en ellos y me dormí como un chiquillo después del chacoteo y de la cena. Quiero decir

que me dormí... pues... ¡como un chiquillo! ¿Cómo he de ponderar más lo profundo de mi sueño?

Al punto comenzaron á revolotear en torno de mi cabeza mil objetos fantásticos relativos á lo que acababa de escribir: cosas de política, de guerra, de gobierno y no sé que más; todo confuso, todo embrollado, todo imcomprensible, como debía ser: como esas cosas. Los sueños son parecidos á los negocios de este mundo sujetos á cambios y transformaciones violentas é inexplicables, y las imágenes del mío desaparecieron de súbito envueltas por una nube caliginosa. Por algunos minutos no ví otra cosa que la nube que se arremolinaba y condensaba lentamente; mas he aquí que de entre ella va asomando una cabeza, luego el pecho y los brazos, después el vientre y los muslos, y las canillas, y los pies de un ser humano; es un hombre, es un viejo venerable que me ve con unos ojos que me van metiendo en temor y deseos de esconderme.

—No te asustes, me dice el aparecido: soy el Dr. Moscorrofio.

—¡Jesús me valga!

—Vamos, te repito que no te asustes; ¿acaso vengo á hacerte mal ninguno?

—Pero, Sr. Doctor, ¿no lleva años de haberse muerto? ¿Cómo usted por aquí?...

—Cierto, y llevo los mismos años de algo mucho peor que haberme muerto.

—¿Qué quiere usted decirme?

—Que estoy en el infierno.

—¡Misericordia! ¡un condenado!

—Cálmate, cálmate; mira que con tus aspavientos vas á malograr el objeto de mi visita.

—Pero...

—Pero créeme que si he venido del infierno no es para llevarte á él...

—¿Si no para qué?

—Para mostrarte que soy tu agradecido, y nada más.

—¡Aaah! es quizás por haber hablado de usted con admiración y encomio en uno de mis escritos.

—Por eso precisamente. Te debo, pues, el favor de que ande hoy mi nombre en letra de molde, y de que se recuerden los beneficios que hice á la humanidad.

—Ha podido usted excusar esta visita de agradecimiento; mi escrito fué desinteresado; y francamente, la manifestación de su gratitud no compensa el sustazo que usted me ha dado. Todavía no tengo el corazón en su puesto.

—Perdón por lo del susto. En cuanto á lo demás era deber mío agradecerte. Tu obra fué de mucho mérito á mis ojos, y no soy de los que reciben un servicio y se quedan muy frescos.

—Si algún mérito tiene mi obra, consiste sólo en haber hecho yo una cosa muy rara en nuestra tierra, donde hay tan poca voluntad para recono-

cer y confesar las buenas obras ajenas, como parece que lo ha penetrado usted, y sí, por el contrario, hay mucha para negarlas ó echarlas noramala. Pero sea de esto lo que quiera, usted hasta después de muerto es el hombre de los prodigios: yo sabía que nadie forzaba las puertas de la eternidad para volver á este mundo, y, con todo, aquí me le tengo á usted presente.

—En verdad, razón tienes de sorprenderte: mi venida de los infiernos no es cosa que te la puedes explicar fácilmente.

—¿Podrá explicármela usted?

—¿Por qué no?

—Pues al caso. Pero que el favor sea completo.

—¿Qué más quieres? Mira que la gratitud me obliga á ser complaciente contigo: habla y pide.

—Quiero el permiso de revelar al mundo lo que usted me cuente. Soy de mi siglo y no puedo callar nada.

—¡Hum! mi amo y señor Satanás puede llevarlo á mal; pero venga lo que viniere sobre mí, haz cuanto te dé la gana: si te place, dí hasta lo que no te he dicho.

—Eso no, eso no: á mí no me gusta mentir.

—Pues atiende. La mujer más querida de Satanás cayó enferma...

—¡Cómo! ¿también los diablos se casan?

—Sí, señor, se casan civilmente, y cuando les viene en voluntad, se divorcian. Te decía, pues,

que la diabla cayó enferma: sobrevínole un parto muy difícil, como yo no lè había visto en el mundo ni entre las mujeres más aristócratas, y hétela á la señora mía en terribles aprietos, y al marido inquieto y acongojado. Las diligencias de las más célebres parteras fueron vanas, el centeno, inútil... Al cabo Satanás se acordó de mí.—Ven, prodigioso Moscorrofio, me dijo, salva á mi mujer, y cuenta con un premio. Acudí volando. ¡Patarata! Zas, zas, la operación cesárea, cuatro diablillos fuera, y la madre se queda como si tal cosa. Mi señor tuvo la amabilidad de abrazarme y darme un beso que me quemó la mejilla.—Pide el premio que quieras, me dijo, y con tal que no sea el de descondenarte, lo tendrás al punto.—Señor le contesté sin vacilar, quiero la venia de vuestra augusta majestad para hacer una visitita á mi favorecedor don Pepe Tijeras.—Concedida. Pero cuenta con que pases más de media hora en tu charla con el tal Tijeras.—Imagina, mi Pepe, como me apresuraría á salir del infierno siquiera treinta minutos.

—Bien, mi doctor; pero lo que usted me ha referido es tan extraño, que ha dispertado vivamente mi curiosidad. ¡Conque en el infierno hay matrimonios!

—Lo mismo que en el mundo hay infierno en muchos matrimonios.

—¡Conque las diablas procrean!

—Lo mismo que las mujeres, si ya no es que se desempeñan mucho mejor: como te he dicho, cuatro de una ventregada... Y esto es comunísimo, de todos los días.

—¡Cáspita, qué fecundidad!

—Ella te explicará la abundancia de demonios. Calcula, hijo, esta manera de aumentarse los enemigos del género humano desde antes de Adán, y con la circunstancia de que ninguno se muere, pues si entre ellos hay enfermedades, son para su tormento, no para que se mueran. Y esa abundancia te explicará á su vez el estado actual del mundo. El reino infernal está repleto de vasallos de Satanás, y todos los días se aumenta su emigración á la tierra más que la de alemañes é italianos á los Estados Unidos.

—Doctor Moscorrofio, usted me va dando gran luz para juzgar y comprender mil y más cosas de los hombres y los pueblos modernos.

—En efecto. Pero sigue escuchándome y no me interrumpas, pues sólo diez minutos me quedan.

Y sacó y miró el Doctor un soberbio cronómetro.

—En el infierno, continuó, no obstante los millares de millones de diablos y la complicación del gobierno y de la administración, todo se hace con tal orden que admira. La educación está bien organizada, la enseñanza artística, industrial y científica no deja nada que desear. Hay cátedras para

todos los ramos, y premios para todos los adelantos. Apenas nace un diablillo, se le examina el cráneo por el sistema de Gall y se le dedica á aquello en que más puede sobresalir: éste para la abogacía, aquél para la medicina, el otro para la filosofía, el de más allá para la política; no faltan aptitudes para la teología...

—Alto ahí señor mío: esto no puede ser; á menos que lo que usted dice debamos entender en sentido falso y propio para dañar la verdadera teología, la verdadera filosofía, la verdadera política, etc.

—¡Bah! ¿Podías dudarlo? ¡Qué buenos son los diablos para hacer las cosas de manera favorable á los hombres! Si lo que les conviene y anhelan es perderlos, ¿cómo han de obrar arrimados á la verdad? Si así lo hiciesen, dejarían de ser diablos. Eres, pues, un inocente que no comprendes á las derechas lo que te voy diciendo. Todo es falso, todo no tiene por fundamento sino la mentira, y por fin el aumentar el número de los réprobos; para esto ponen la monta en hacer que los hombres crean que la mentira es la verdad, y lo dañoso, saludable, y la perdición, salvación y gloria. En lo de la teología, es preciso que me explique algo más, pues como te propones publicar mis revelaciones, corres peligro de que, á pesar de tu no desmentida ortodoxia y firme conservatismo, algún reverendo te magulle á cordonazos ó te

corte las orejas por hereje y radical. Conque, una aclaración, y basta y sobra: si los diablos no estudiasen teología á su modo, ¿cómo podrían explicarse las mil disidencias que han desgarrado la unidad del cristianismo, ni las disputas que en todo tiempo se han sostenido entre la verdad y el error, la afirmación y la duda? Punto á este punto, y sigo.

En inventar modas, en fomentar el lujo, en el arte de azuzar las familias contra las familias y los pueblos contra los pueblos, para que por quítame allá esta paja echen á rodar la armonía y la paz, se emplean los diablillos mozos, vivarachos é inquietos: ¡cómo se divierten los pillos en ridiculizar las cabezas femeninas con moños y las caras con menjurjes! ¡Cómo juegan con hombres y mujeres vistiéndolos de mil maneras estrambóticas! ¡Con qué destreza crean vanidades monstruosas para levantar injustas rivalidades! ¡Con qué infame sabiduría tejen intrigas, enardecen los ánimos y arman lenguas y manos para las luchas domésticas y populares! Al incremento de la embriaguez, la impureza del instinto disfrazado de amor, la gula bautizada con el nombre decente de gastronomía y todos los demás vicios radicados, por decirlo así, en el hombre-materia, se dedican los demonios gordiflones, caricolorados y de ángulo facial cerrado como el de un mulo. El avaro, el codicioso, el de las entrañas roídas por la envidia,

tienen por maestros diablos secos, largos, encorvados, y de faz cetrina y ojos hundidos y temerosos. Los diablos de más talento y más actividad, sagaces y husmeadores de lo presente y lo porvenir, se dan ardientemente á la política, y los que al talento y sagacidad añaden la calma y la circunspección, cultivan la filosofía y otras ciencias, y llenan el mundo de teorías que ni ellos mismos comprenden y de sistemas absurdos, que hacen pasar como maravillas del ingenio humano. Todos esos agentes del czar del averno, una vez terminados sus cursos en multitud de colegios y universidades parecidas á las de los hombres, y obtenidos los diplomas necesarios, salen por pelotones (y esto es de todos los días) y se desparraman por el mundo, y... el mundo progresa que es un portento. Si fueran visibles á tus ojos, ¡cómo te pasmarías de su infatigable diligencia, de su nunca amortiguado celo, de su destreza y sabiduría, cada uno en su ramo! Hállaseles en todas partes: en talleres y oficinas, en laboratorios y almacenes, en el tocador de las damas, metidos en los frascos y cajitas de perfumes y cosméticos; en el gabinete del literato, especialmente en el del novelador y el del poeta, dictándoles ora sentimentalismo empalagoso, ora nauseabundo realismo; en el del filósofo, enseñándole materialismo ó ateísmo; en el del teólogo, tentándole á sacar de las Escrituras y las leyes de la Iglesia deducciones contrarias

á la misma teología. Dáse con ellos en los ministerios; hablan al oído de presidentes y de reyes; aquí encienden la ambición, allá fortalecen el despotismo, acullá desencadenan la anarquía; en unas partes son monárquicos, en otras demócratas; ya se muestran liberales, ya conservadores. No faltan en los tribunales de justicia, para que las leyes sean bien comprendidas y ejecutadas; es frecuente verlos trasladándose á ellos caballeros en las cervices de procuradores y escribanos. Abundan en los laboratorios de química y en las grandes fábricas de armas, confeccionando materias explosivas y fundiendo cañones, conque los pueblos puedan regenerarse y llegar á la cúspide de la dicha y la gloria. Ellos presiden las sociedades secretas, de las que son fundadores, y aguzan el *puñal de la salud* y preparan el *veneno de la salvación*. Ellos son dueños de la mayor parte de las imprentas del mundo, y dan á luz con profusión asombrosa diarios, folletos y libros. Ellos son con harta frecuencia los directores de las elecciones populares, y frecuentemente, por lo mismo, los dueños de las mayorías en Concejos y Legislaturas; de ahí la oposición tenaz á que se haga á los hijos del campo, sobre todo á los indios, el grave daño de sacarlos de la ignorancia y salvajismo, y á los jornaleros el no menos terrible mal de arrancarlos de las manos de los infames que especulan con sus fatigas y su sangre. Ellos, en

fin, saben cumplir su deber, superando en esta virtud á más de la mitad del género humano, y son patriotas como no hay cuatro en el haz de la tierra, pues tan vivo interés tienen en el adelantamiento y gloria de su reino. El ex-arcángel, que no contento con los dominios que le conquistó su soberbia, ha hecho de la tierra su colonia, está satisfecho de sus agentes en ella.

Moscorrofio miró de nuevo su reloj y exclamó:

—¡Caramba! cómo vuela el tiempo. Ya no tengo sino un breve minuto, y para no malograrlo voy á referirte en dos palabras una cosa que puede interesarte, por ser de actualidad.

—Échala pronto que soy todo orejas.

—Has de saber que la política del Ecuador preocupa mucho á mi augusto amo: ya le parece que tarda demasiado la total conquista de esta República, y no está satisfecho del éxito de los montoneros de la costa, dice que el Congreso mismo, no obstante el fruto que sacó de él, hizo cosas que no le han agradado, y ahora pone sus esperanzas en las próximas elecciones populares; y para que trabajen en ellas organiza y disciplina un numeroso cuerpo de los diablos más duchos en intrigas, sobornos, fraudes, tontos celos, pueriles quisquillas y cuanto más se necesita para un espléndido triunfo.....

—Señor, son las once y más; el chocolate se enfría en la mesa.

Era la voz de mi paje. Dí un salto al despertarme y me puse de pies. La hora ó sea el último minuto del Dr. Moscorrofio había sido marcado por la voluntad del *cholo* que vino á llamarme, ó más bien por la olorosa jícara que humeaba en la mesa.

Durante la cena repasé mentalmente todo cuanto había visto y oído en tan peregrino sueño, para no olvidarlo, y luego recé un *Pater noster* por el alma del famoso médico, pues no creo que esté en el infierno: eso de verlo condenado fué sólo pesadilla, y ¡quién peca como una vieja creyendo en tales fantasmas! Tú, lector mío, tampoco creas en nada de lo que acabas de ver; mira que todo es sueño y nada más. El mundo con su política, ciencias y artes, costumbres y cultura, etcétera, etc., va muy bien, muy bien ¡admirablemente!

UNA BOTELLA DE CHAMPAGNE

Y... es un pueblo importante; y vaya si no lo ha de ser cuando cuenta entre sus vecinos persona de tanta valía y respeto como doña Chanita Paredes, viuda de don Nicasio Verdete.

Acércase la señora mía á la edad de Santa Isabel; pero no padece las amarguras de la bienaventurada madre del Bautista, pues el Cielo le ha dado un par de hijos que son su encanto. (Aquí tomo el todo por la parte, por ser permitido y usado, pues el encanto es sólo Venturita). A pesar de hallarse la fe de bautismo en el libro parroquial correspondiente al año 28, y á pesar de la viudez y de unos cuantos trabajillos de esos que no matan, pero que envejecen y hacen derramar lágrimas, doña Chanita conserva muy buenos restos de hermosura: ojos grandes, limpios y vivarachos, boca llena de gracia y amable sonrisa (cuando no deja ver los dientes desportillados y ama-

rillos), tez con pocas arrugas y sin pecas, y un meneo al andar que es cosa rica. Pero sobre todo su bondad... ¡Qué bondad la de doña Chanita! A todos trata con cariño, á nadie ofende, sirve á todo el mundo. ¡Ah! si el tesoro del corazón estuviese acompañado del de la cabeza! Pero... en fin, naturaleza se descuida á veces en materia de estas armonías, y la viuda de Verdete es... muy sencilla... muy sencilla y... no digo más.

Hagamos por ahora como que no vemos á Nicasito, que ya ha ejercido cinco veces los derechos de ciudadano en las mesas electorales y vengamos á su hermana Venturita. ¡Linda muchacha, por vida de cuatro! Y con esta exclamación de entusiasmo sincero queda hecho su retrato: ¿qué he de agregar después de llamarla linda, y de jurar que lo es? Si quieres más datos, lector, pídelos á los vecinos viejos del pueblo, y todos á una te dirán:—Es el perfecto retrato de doña Chanita ahora cuarenta años. En lo del caletre, yo no sé sino... Pero te lo digo como mis pecados al confesor: ¡cuidado con el sigilo! Yo no sé sino que Venturita tiene sobre la mamá sólo una pizca de superioridad: así, así, vivarachita, cosa de no aburrir á quien conversa veinte minutos con ella. En lo bondadosa, eso sí, tas á tas con la viejecita.

Ahora venga el primogénito... ¡Ah cáscaras! me veo en una trinca de Judas: si digo lo que es, peco; si digo lo contrario, ídem; si no digo nada,

¿cómo le conocen mis lectores? En este caso apurado me decido por lo primero: vale más pecar con provecho. Nicasito es, pues, un mozo con más cabeza que cuello, con más espaldas que brazos, con más panza que piernas; con nariz roma como la de un gato, ojos de puerco, y una boca que, tendida la mano bien abierta sobre ella, las yemas del pulgar y del índice apenas llegan á las extremidades. En cuanto á lo intelectual ó lo moral, no parece más tonto, porque hay algunos bípedos que junto á él parecen borricos; y no es bueno, porque sus instintos le arrastran á ser malo; y no es malo, porque la pereza le impide hacer maldades, y además, ni para esto tiene talento.

Ya conoce el lector la familia que dejó en el mundo, (si mundo puede llamarse el pueblo de P...) el finado don Nicasio Verdete. La dejó, eso sí, con regulares bienes de fortuna, entre ellos la casa del pueblo. Edificio de teja en forma de número 7, con un lado á la calle, la puerta de ésta frente á frente á la cocina, cuartos de gusto reñido con la simetría y unas ventanas cuadradas y chicas, entre las cuales hay dos que parece se han subido á secretear con las tejas del alero, una aislada como ojo de Cíclope y que da luz á un saloncito, y dos en cuyas solientes rejas pudiera gol-

pearse la crisma un lilipudo. Puertas y ventanas llevan marcos pintados de verde y amarillo, y al centro de cada compartimento una rosa encendida del tamaño de la cabeza de Nicasito. Amén del patio que es grande como una plaza, hay corral, pesebrera, gallinero, y tras éste un extenso alfalfar. Mire usted si la casa de los Verdetes no será el palacio de P... Y si á las buenas prendas de doña Chanita y su hija se agrega el recuerdo de lo que fué don Nicasio, hombre honradote y bueno, gordo y colorado, de pantalones y chaquetón de pana azul, cuatro veces juez civil, otras tantas presidente de las Juntas electorales, y cuya diestra ajustaron amigablemente dos veces el general Flores y una Rocafuerte, y en cuyo generoso alazán cabalgó tres ocasiones el general Urbina; si estos faustos sucesos se agregan, repito, á lo que valen la viuda y la hija se comprenderá fácilmente la razón que hay para que todo el mundo quiera y respete así la memoria del difunto como á Venturita y doña Chanita; y esto á pesar de Nicasito... ¡Ay! cuán cierto es que no hay apostolado sin Judas! Pero, me dirás lector, los apóstoles fueron doce y entre ellos uno solo malo, en tanto que en la familia Verdete en tres personas hay un Nicasio. Cierto, amigo observador; pero en más de mil ochocientos años, ¿no es muy natural que el mundo haya progresado y multiplicádose los Iscariotes? Si bien es verdad que no cabe hacer parangón com-

pleto entre el apóstol perverso y el nada simpático heredero de Verdete: en los Evangelios no consta que el murmurador de la Magdalena y héroe de Getzemaní, hubiese sido feo y un tonto de capirote.

En el corral hay muchas gallinas y un guapo gallo, y entre esta larga y lucida familia de pico y pluma un desdichado eunuco, solterón forzado, menos malo que otros solterones, ó más bien nada malo, puesto que siquiera sea involuntariamente no hace daño ninguno... Algo desdeñoso ó corrido, siempre triste, con las luengas plumas caídas, la bandera de la cola por tierra, pálido y con los ojos semidormidos que envidiaría una dama romántica, anda el pobrete á esconder su misantropía ora por los rincones del corral, ora por la pesebrera, ora entre las matas de alfalfa. Si yo estuviera de humor para comparaciones politiqueras, diría que el cuasi-gallo tiene la catadura de jefe de partido derrotado en elecciones, y que las gallinas cacareadoras que le picotean y desprecian son los sufragantes victoriosos.

Pero el capón está gordo, y no sabe que se le ha condenado á muerte cual si le hubiesen tomado con las armas en la mano en una trifulca demagógica, de las usadas por el patriotismo americano. No hay remedio, ¡al asador ó á la olla con él!... El cuchillo que ha de degollarle y el agua hirviente que ha de desplumarle están listos, y la

mama Gaspara, india vieja que lleva en la casa el título de cocinera con harto agravio de la verdad, corre ya tras él... El perseguido, con el pico y las alas abiertas, jadeante, renqueando, sale al alfalfar y busca amparo en la enmarañada espesura, torna al corral, se mete por entre las patas de los caballos, penetra en la cocina, pasa por entre ollas y cazuelas, no sin hacer cuatro de alguna de ellas; y al fin cae en manos de la vieja. ¡Qué susto! ¡qué angustias las del infeliz! ¡qué gritos! ¡aaay! ¡aaay! ¡aaay! La bárbara victimaria le ha pisado entre el buche y el pescuezo, tírale con la siniestra la cabeza, y con la diestra armada del cuchillo de bronco filo, ras ras ras ras, en cuatro pasadas se la corta. Aletea el capón, se estremece; se estira y... dentro de algunas horas será bocado exquisito.

Es el caso que

«Esta noche es Noche-buena»;

y bonísima ha de ser, valga la verdad, hasta para el susodicho pajarote descabalado en vida para que sea cabal su *sabrosura* después de muerto; pues al fin ya está libre del menosprecio de las gallinas, de la hostilidad de los gallos y de tantas otras penalidades de la vida; y al fin también no es pelo de rana eso de recibir elogios que nada sirven á un muerto, como se estila entre racionales, pero que al cabo son elogios.

Sí, lector mío, ya lo sabes, y lo sabrías aunque

no te lo advirtiera el calendario, que esta noche es la del gran misterio del pesebre de Belén; pero ni el calendario lo dice ni tú adivinas una cosa: que doña Chanita ha convidado á unos pocos amigos y amigas á cenar en su casa después de la misa de gallo. No pienses que será comilitona, nada de eso: el capón bien guisado, papas *con chaqueta*, ají frito con cebollas verdes, y tal cual otro adminículo sólido y líquido, y nada más. Ha de cenarse después de la misa, como queda dicho, porque el principal convidado es el señor cura y, claro está, tiene que gorgorearla; y si no concurriese el señor cura, á fe que el capón no sería capón, ni las papas, papas, ni el ají, ají, ni el contento de doña Chanita y su hija pasaría de un insípido prólogo de la fiesta, ó más bien epílogo de la Noche-buena.

El cura de la parroquia de P... es un excelente sacerdote, virtuoso y consagrado á su ministerio; y aunque de edición anterior á la reforma, de pasta de pergamino, letra un tanto borrosa y tal cual errata, defectillos de los cuales, por cierto, no es del todo responsable, porque así le editaron, es de sana doctrina, fácil comprensión y otras prendas que le hacen muy estimable. Ha sido largos años párroco de P..., y él casó á don Nicasio con doña Chanita, y él bautizó á sus doce hijos, hizo los *laudates* de los diez, enterró al padre, y es seguro que ha de dar la bendición nupcial á

Venturita y á Nicasito; y quizás quizás eche también el polvo del olvido sobre doña Chanita. El señor cura tiene todavía vida para dar y prestar á todos sus feligreses, y buen humor para quitar más de cuatro pesadumbres en una hora, y fuerzas para dar todos los días á pie su paseo á la redonda del pueblo.

No es mi intento describir la Noche-buena de P... Sepa el lector que es como todas las Noche-buenas mil veces narradas en España y América: Noche-buena chapetona, como las del tiempo del rey, con sus tamboriles y pitos, sus *galtos* y *huirochuros* de carrizo, encanto de los desarrapados y bulliciosos granujas, su escabeche y buñuelos, y borracheras, y cantos desaforados, y guitarras desacordes, y cachetinas, y blasfemias, y etc., etc. Dejo, pues, todas estas cosas en el tintero y, aunque no soy convidado, sin tas tas á la puerta ni otra previa notificación, me cuelo como un *Diable boiteux* aunque sea por las ventanas á la morada de doña Chanita.

Ya he dicho que en esta casa hay un saloncito; ahora añado que desde el principio de la novena del Niño Jesus hay en el saloncito un altar con la bendita efigie del recién nacido Salvador, la Virgen y San José, ambos humildemente postra-

dos á uno y otro lado de su divino hijo, calados hasta las cejas sendos sombreros de Jipijapa con fiador de cintas verdes. Junto á San José el toro ó buey, pues la historia no lo determina; junto á María la mula que se come la paja del lecho del Niño; en el alar del pesebre unas cuantas camisitas bordadas, pañales de bayetilla, y fajas, tendidas como para secarlas al sol; á la derecha los Reyes Magos á caballo, descendiendo como quien dice por nuestra bajada de *Angas,* á la izquierda un grupo de pastores, vestidos con más lujo que los Reyes; y en las gradas inferiores del altar, ramos de flores de oropel, palmatorias de latón, pebeteros de cañutos de carrizo, juguetes de toda clase y tamaño, y retratos de Pío IX y de Garibaldi, y un Napoleón de yeso más panzudo que Sancho, y un Víctor Manuel con unos mostachos como vigas, y espejos en que se ve uno caricaturado, y etc., etc. Como puede presumirse, doña Chanita y Venturita entienden tanto de estética como yo de la lengua que habló Adán.

Las estearinas de á diez por libra, colocadas en hileras en las gradas del altar, arden todas y con su luz alegran el aposento. En la mitad del espacio sobrante de éste se ha colocado una mesa de metro por lado; sobre la mesa brilla un mantel como el ampo de la nieve; al centro hay un gran vaso con rosas y azucenas y á los lados de éste dos candeleros con estearinas algo más gruesas

que las del altar. ¡Toma! y se dirá que no hay lujo y que no ha penetrado la cultura en nuestras aldeas! Miren que doña Chanita es todo una persona, y su hija, ¡ni se diga! En torno de la mesa hay ocho sillas de madera pintada de rojo con anilina, y todas con asiento de cuero crudo. La que tiene de añadidura un cojinete de percalina, es la destinada al señor cura.

Pero ya vienen los convidados que han de honrar la mesa de doña Chanita: don Bartolo y don Antolín, el compadre don Mariano y su esposa la comadre doña Manuela...

Se me olvidaba decir que los anfitriones femeninos están *de tono*. La viuda lleva su mejor brial de zaraza y una *macana* finísima de Cotacache, dos guapas trenzas, y bajo de ellas una cinta carmesí que sube y junta sus cabos en gracioso lazo en la mitad de la cabeza. Venturita tiene traje de muselina blanca con vuelos y encajes, y cruzado por la nuca un pañuelo de seda azul, cuyas esquinas agarra entre pecho y pecho un bonito prendedor de eso que los joyeros ambulantes dicen que es oro; el tocado es semejante al de la mamá, con la añadidura de un par de fusias clavadas bajo el cintillo y que le caen junto á la oreja. ¡Vamos! no hay duda que la moza está para tentar á más de cuatro mozos; y esto sin embargo de que ni por la ausencia del hiperbólico moño ni por la falta absoluta del promontorio *puf* se ha

puesto á la altura de la civilización moderna. En fin, disimulemos: es aldeana.

Remediado el olvido, vamos adelante.

—¿Y el señor cura? pregunta Venturita á don Bartolo después de los saludos de estilo.

—No tarda en estar aquí, contesta el vecino: y añade con malicia: Si supieras la compañía con que viene *taita* curita...

—Vendrá con Nicasito.

—¿Con Nicasito no más? Y con... ¿á que no adivinas con quién otro?

—Yo qué sé.

—Pues sabe que viene con Tiberio.

—¿De veras? ¡Ay no sé! dice Venturita entre sorprendida y contenta.

—¿De veras? añade la mamá con más disgusto que sorpresa; ¿con ese joven que el otro día no más se llamaba Tiburcio?

—Chanzas de don Bartolo. ¡Ay no sé!

—No, Venturita...

—Pero, interrumpe la viuda, si don Tiburcio no tiene amistad con nosotras.

—Así será; pero es amigo de Nicasito.

—Si no le hemos convidado.

—Le habrá convidado su amigo.

—¡Ay, señor! lo ha de haber hecho: ¡si mi hijo es un poco inocente! ¿Qué te parece, Venturita? convidar al Torbellino sin decirnos ni una palabra.

—Cuidado, mamita, con que salga usted con

decir *Torbellino* delante de don Tiberio: ese es mal nombre que le han puesto por burla; y ya que viene á nuestra casa es preciso tratarle bien.

—Y yo creo, agrega don Bartolo, que trae ánimo de divertirse.

—¿De veras?

—De veritas, hija Ventura: ¡vaya! pues no le he visto que pidió al señor cura que le aguardara, mientras él entraba á la tienda de licores de la comadre Marica; y ya verán ustedes lo que trae.

—¡Ay no sé! don Bartolo; chanzas de usted.

—Y dale con que son chanzas: aguarda y verás.

A Venturita le bailaban las pascuas en toda el alma, según lo revelaban los ojos negros que echaban chispazos y la boca llena de sonrisa encantadora. En doña Chanita luchaban la bondad y el enfado, y se mordía los labios y rascaba la mollera.

Mientras vienen el cura, Nicasito y Tiberio, diremos brevemente al lector quién es este personaje.

Tiene la frente erguida, aunque estrecha y velluda como la de un mico; los ojos, de traza de botones de azabache en ojales viejos, se mueven como los de un novillo acosado, y parecen decir á todo el mundo: ¡te devoramos! Los labios semejan un bofe partido, y son hervidero de palabras; debajo de las orejas, enhiestas más de lo tolerable, cuelgan las patillas como alas abiertas

de gallinazo; la nariz, que por lo afilada goza los honores de chafarote, es cuesta por un lado y despeñadero por otro; del tronco enjuto y huesudo descienden dos varejones, que son los brazos, enfundados en las amplias mangas de un redingote color de mono; las piernas son en lo delgado y torcido tocayas de los brazos; pero como las lleva perfectamente forradas en los estrechos pantalones, lucen más su peregrina figura; en los pies hizo naturaleza una trocatinta lamentable: ¡la maestra se echó cuatros! los fabricó para un Goliat y se los pegó á los tobillos de un hombrecito de vara y media de alzada; mas, eso sí, las patazas calzan botín de hule con botonadura de gruesas chaquiras á los costados. En los primeros tiempos de la transformación del chagra en *dandy*, esos malaventurados pisones se quejaron amargamente contra la prisión en que se los encajara,—prisión, fuera de la humilde alpargata, desusada por completo por nuestra gente que anda camino de Bodegas con su látigo de á braza á la mano y su «¡Arre, mula *gedionda!*» en la boca.

El moderno Tiberio es hijo de don Chombo Perraza, quien se empeñó en sacarle de su humilde condición y, como es pudiente, pues cuenta con extensos terrenos de pan llevar, muchas vacas y una famosa mulada para el porteo de fardos de Babahoyo á la capital, le envió á ésta para que le doctorasen en leyes. El mocito, aunque á decir

verdad no inventó la pólvora, era reputado por bastante experto.—El chagrito *promete*, solían decir algunos de sus condiscípulos; pero uno de los catedráticos contestó más de una vez:—Sí, promete que dentro de poco será un pillastre de los peores. ¡Dios nos libre de un aldeano *Chaupiculto!* y Dios libre, sobre todo, á su pobre aldea! Esta gente es la plaga más odiosa de los pueblos cortos é incipientes. Allí, hágase abogado ó quédese *tinterillo*, gradúese de médico ó no pase de empírico, si no tiene talento, si no hace seriamente sus estudios, si no precave su alma y su corazón contra las malas ideas y los vicios de la corte, todo lo cual sucede muy rara vez; después de haber vivido algunos años lejos de sus padres y derrochando los bienes de la familia en completa libertad, llega á ser la corruptora de las costumbres de su pueblo, la mete-cizaña, la saqueadora, la mata-sanos.

¡Cáspita! ¡qué duro cascó el señor catedrático á esa gentuza metida á grande! Yo digo que no deben de faltar excepciones, y que entre la gentualla puede haber quien se eleve á gentezota. ¿Las muestras para probarlo?... Que las presenten otros; yo quiero seguir entendiéndome con mi ex-Tiburcio. Aunque jamás aprendió jota de lo que le convenía saber para conquistar gallardamente los grados, sí penetró que podía llegar á ser hombre de pro y ocupar altos puestos en la Repú-

blica. ¿Y por qué no? ¿No basta ser ciudadano *en ejercicio* para tener opción á elegir y ser elegido? Felizmente para él y para todos los Tiburcios ecuatorianos y no ecuatorianos, en el sistema democrático no se necesita selección, sino elección, y bien puede el gato ser elegido presidente de los ratones.

Ex-Tiburcio le he llamado. Pues, señor, este nombre de pila que le puso el *capa negra* de su aldea, sin tomarle consentimiento, y el patronímico Perraza, le parecieron abominables y opuestos á sus aspiraciones sociales y políticas. ¡Abajo, pues, entrambos de un solo porrazo, y vengan un nombre histórico y un apelativo aristocrático! *Tiberio Peralba*. ¡Magnífico! Cuando ocurrió este cambio, que le pareció muy necesario, ya tenía su círculo de amigos. El chico no era escaso de pesetas, y las pesetas atraen las varillas de San Cipriano, aunque aquéllas huelan á sudadero como las de Tiburcio. Esos amigos le iniciaron en la vida de las serenatas y las *parrandas*, y luego con ellos asistía con más asiduidad á los cafés, tabernas y garitos, que á las aulas; en esos centros del adelantamiento del siglo encontró maestros que le dieron sabias lecciones de política *á la dernière*, de ideas avanzadas hasta rayar en el más encumbrado radicalismo, de hacer conquistas amorosas á lo Tiberio ó á lo don Juan Tenorio, de vaciar botellas, etc. Llegó á

tanto su ilustración, que hasta redactó artículos de periódicos. ¿Lo dudas, lector? Yo te pudiera enseñar más de cuatro que te has engullido buenamente, y te señalaría los *respetables* órganos de la prensa que se han honrado con ellos.

Trabajo costó á los padres de Tiburcio el avenirse con el, para ellos, muy extraño nombre del forzador de Lucrecia; así es que, con sumo desagrado del hijo le *tiburciaban* á menudo. Pero no quedó en esto: Tiberio, por su natural arrebatado, que con la vida que llevaba entre los tunos de la capital, pasó á insolente y agresivo, fué bautizado por sus propios compinches con el apodo de *El Torbellino*. ¡Soberbio apodo! Para esto de echar *yapa* al nombre los quiteños son tan duchos, que á veces el de pila y el patronímico caen en olvido, y triunfa el sobrepuesto, y con él se va el prójimo á la eternidad, donde acaso sigue todavía.

Pero ya vienen... Ya se oyen en el zaguán el ruido de los tacones y la voz de guitarra destemplada de Tiberio. Venturita humedece con saliva las puntas de los dedos índice y cordial y se atusa el pelo de la frente, arregla en seguida las faldas de muselina y se acomoda muy tiesa en su silleta; don Bartolo tira al suelo el cabo de su *papelillo* y le pisa para apagarlo; don Antolín le imita y baja la pierna que tenía montada sobre la otra; don

Mariano se rasca la cabeza y murmura acercando la boca á la oreja de su mujer:—Hija, si yo olía lo que va á suceder, ni á palos me venía. —¡Calle, don Mariano! contesta ella: ahora verá lo que hace el Torbellino! Doña Chanita salta de su asiento, se asoma á la puerta y grita:—¡Mamá Gaspara, ya es hora!

Llegaron. El cura y Tiberio vienen delante, y detrás Nicasito. El cura quiere presentar al nuevo amigo; pero éste no le da tiempo, y hétele ya, sombrero en mano y arqueado el cuerpo, ante doña Chanita que ha vuelto á su silleta, y cuya diestra ajusta y sacude al compás de las frases, dichas con la rapidez del agua de un molino:—Mi sea Chanita, á los pies de usted, beso la mano de usted, para servir á usted.—Vuélvese con la presteza de un toro agarrochado en la anca, hacia Venturita; la genuflexión es más exagerada; ha echado atrás la mano de que cuelga el sombrero asido por la falda; el tono de la voz es más melífluo:—Seorita, tantísimo gusto de ver á usted, beso á usted los pies, servidor de usted; sí, seorita, que usted me ocupe, que me ocupe, que me ocupe.—Y los sacudones de la mano son tan amablemente recios, que la joven abre ya la boca para echar un ¡ay! ó quizás una palabrota al atento y cariñoso Tiberio. Pero éste no le da tiempo, pues se vuelve á los demás concurrentes con la presteza que ya sabemos, para continuar el saludo:—

Mi sea Manuela, servidor de usted; seor don Mariano, servidor de usted; seor don Antolín, servidor de usted; seor don Bartolo, servidor de usted. Y todavía da vueltas en busca de otras personas á quienes saludar; mas no hallándolas, hace la venia al altar, á la mesa y las silletas, y luego continúa:

—¡Vaya! ¡vaya! mi sea Chanita, seoritas, caballeros, ¡qué reunión tan amable! Esto es espléndido. Seor párroco, gracias mil; mi predilecto amigo Nicasito, gracias, gracias por haberme traído.

El cura no quedó contento del motivo de las gracias del Torbellino, y se apresuró á decir:—Yo fuí convidado por la bondadosa doña Chanita, y se lo agradezco; en cuanto á usted, don Tiberio, agradezca sólo á Nicasito.

Entre tanto todos se soplaban las manos y se las frotaban por ver de arreglar los huesos que el estrujón y sacudida amabilísimos dejaron en mal estado.

—¡Qué animal! decía don Bartolo á media voz.

—De veras que es un bruto, añadía don Antolín, pues mire que me ha descoyuntado el dedo chiquito.

—Y á mí toditita la mano.

—Y á mí también.

—¡Pedazo del...

Tiberio no oye estas quejas, porque, tolondrón

como de costumbre, se había acercado á la mesa y golpeádose contra ella al asentar unas botellas.

—Seora, dice á doña Chanita, usted perdone; pero no me pareció justo ni decente que un Peralba viniese á su acatamiento con las manos vacías: este es agasajo de amigo: anisete, champagne, cerveza.

—¿Por qué se pensiona usted, don Tiberito?

—¡Vaya! si ésta es una miseria. Poquito de champagne, poquito de...

—Con licencia, niño, le interrumpe la vieja cocinera que en ese momento asoma con una gran cazuela humeante y olorosa, contra la cual da un codazo el movedizo del estudiante, poniéndola en peligro de malograrse. Enfurrúñase un poco el mozo, pues se le pringó la manga; pero eso de ser llamado *niño* le sonó como una sinfonía y lo desarmó.

La cazuela contiene el reverendo capón tendido de barriga y embadurnado de salsa colorada y provocativa. En su torno y arrimados de pechos al borde de la cazuela, hacen la guardia al ex-gallo seis *cuyes* tostados á fuego lento y que destilan grasa; cada *cuy* trae entre los dientes un ají rubicundo como una candela; en los resquicios de cuadrúpedo á cuadrúpedo, hay rebanadas de huevo duro; y todo el conjunto arroja un olorcillo capaz de poner en rebelión las tripas de un santo.

La viuda de Verdete asienta la cazuela en la

mesa y manda á Gaspara:—Las papas, volando.

—¡Espléndido! ¡espléndido! dice Tiberio.

—¡Cómo se luce la sea Chanita! exclamaron todos los demás.

—¡Qué lucimiento va á ser esta frioleral contesta ella. Ustedes dispensarán la confianza..

Vienen las papas, reventada la cáscara y echando vaho, puestas en pirámide, y en otro plato el ají molido revuelto con ramillas de cebolla y cilantro picado.

—¡Espléndido! Esta Noche-buena es mejor que todas las Noche-buenas de la capital.

—Señor Tiberito, se anima á decir tímidamente Venturita, después de un gracioso remilgo y de morderse suavemente el labio inferior; señor Tiberito, usted perdone: va sin duda á echar de menos los buñuelos que se comen en Quito en estas noches.

—Seorita, no diga usted eso: ¿dónde puede haber mejores buñuelos que usted, mi sea Chanita, y esas papas, y esa ave y todo tan bien guisado? ¡Espléndido!

—¡Ay no sé! ¡qué finezas las de usted, don Tiberito!

—No son finezas, sino justicias: usted merece más, preciosa seorita.

—Señor cura, dice la viuda, comadre Manuquita, compadre, todos, acérquense á la mesa, antes que se enfríe la cena.—Pero, continúa á

media voz, uno, dos, tres... Son nueve y no hay sino ocho sillas. Se rasca la oreja, queda un instante pensativa, y allá para su coleto murmura: ¡Si estaban cabales! y viene sin haberlo pensado! ¡Cosas del inocente de mi hijo! Traérmele al Torbellino.

Los convidados no reparan en dicha desigualdad de números, y van tomando su lugar en torno de la mesa; pero tan estrechos como si estuviesen en el *Convite del Castellano Viejo* descrito por Larra.

El Torbellino se quedó sin asiento. ¡Qué apuros para la buena de doña Chanita! Se resuelve al fin á quedarse en pie; mas lo observa Nicasito y le cede su silleta. ¡Admirable toque de urbanidad del mozo! quizás el primero de su vida. Con todo, él no se quedará de poste. Se acuerda que las gradas del altar están hechas de cajones, y saca uno; pero con tan poco tino lo practica, que tiembla toda la armazón, desquíciase, y se vienen al suelo floreros y palmatorias, juguetes que se rompen, y todo con gran estrépito, y por un tris no hay un incendio. El altar queda á obscuras y es un montón de ruinas.

—¡Bruto! grita Venturita, ya hiciste una diablura.

—¡Hijo, qué has hecho! añade doña Chanita: acabaste con todo. ¡Ah, Nicasio! ¡ah, Nicasio!

Este... como si tal cosa.

Al fin, pasada la conmoción, disipado el susto y calmados los ánimos, y dejada para mañana la reparación del altar, vuelve todo al orden; mas no sin que los comensales hayan empeorado de situación, porque Nicasio se ha empeñado en encajar su asiento entre don Bartolo y don Antolín, y se ha acomodado en él dando el hombro á la mesa, el pecho al un vecino y la espalda al otro.

Tiberio, que se halla apretado entre el cura y doña Chanita, hace un esfuerzo como un ratón que se alza de una estrecha rendija, se pone en pie y dice:—Mi sea Chanita, seor párroco, caballeros, antes de darle al diente démosle al gaznate: quiero decir que, ante todo, me van á admitir ustedes un vaso de cerveza. Y, diciendo y haciendo, saca una gran navaja, abre el tirabuzón que lleva en el cabo, y comienza á maniobrar no sin bastante trabajo. Zafó con bendición de Dios, y ya está la amarga bebida en los vasos, mitad líquido y mitad espuma. Toma otra botella. ¡Diantre! este corcho sí que está metido como pecado mortal en el alma de un hombre de mundo. Tira, tira y más tira. Salió; pero á costa del señor cura, el Torbellino, en el último halón, me le da un codazo en las narices, tan recio que le hace ver las llamas del Purgatorio y le arranca lágrimas.

—Perdón seor párroco, dice el mozo; ha sido caso fortuito; ¡perdón!

—Está usted perdonado, contesta el buen clé-

rigo, palpándose la parte maltratada para cerciorarse de que no había desaparecido, y enjugándose los ojos con el revés de la mano.—No es éste, añade, el primer porrazo que me han dado mis feligreses, y siempre los he perdonado.

El estudiante sigue de pies, levanta su vaso una tercia encima de la cabeza, prepara la garganta con tres tosidas sonoras, y exclama:—¡Atención! Seores, cabalieros, seorita Venturita, venerablè párroco: tengo la honra, y la dicha y la complacencia de brindar con todos; y brindo porque brindo por la libertad divina y la santísima democracia, que nacieron en la cúspide del Gólgota, y por esta deidad llamada Venturita Verdete, por quien tengo ardencia en las entrañas; y brindo por el progreso del siglo, y porque la prensa, esta palanca de la civilización, no tenga trabas inquisitoriales en la patria de los Espejos y los Mejías; y porque la respetable matrona doña Chanita Paredes, viuda del ilustre don Nicasio Verdete, que en paz descanse, viva muchos años y tenga siempre felices Noche-buenas; y porque el pensamiento y la conciencia de todo el mundo sean libres, y cada año se aumenten los capones y las papas de doña Chanita, como mi amor lo desea; y porque no haya más oscurantismo y se acaben los curas y los frailes; y brindo por el señor cura que viva mil años, y porque esta Venus llamada, como he dicho, Venturita Verdete

sea... sea... pues, sea la gloria de este pueblo de P..., y, en fin, brindo por doña Manuelita, don Mariano, don Antolín, don Bartolo, y especialísimamente por mi singular y querido amigo, el inteligente y gallardo joven Nicasio Verdete. ¡Salud, seores! ¡viva la libertad! ¡viva Venturita! —He dicho. ¡Espléndido!

El elocuente orador espera una salva de aplausos, y se queda patitieso y mohino al ver que nadie le echa un bravo, ni un palmoteo, ni un par de puñetazos entusiastas en la mesa que hagan saltar platos y botellas. Con todo, algo repuesto de la sorpresa que le causa tan incivil comportamiento, hace chocar su vaso con los demás en señal de fraternidad, y lo apura en cuatro sorbos, doblando violentamente la cabeza atrás y luciendo una hiperbólica manzana que sube y baja al compás de los tragos. Los demás comensales apenas han probado la cerveza, excepto el señor cura que se ha echado á pechos la mitad del vaso, observando que también á Jesucristo le hicieron beber hiel y vinagre, probablemente, á su juicio, la cerveza judía de ese tiempo, que por arte de birlibirloque ha venido á servir de modelo en las cervecerías de Pichincha.

—Pero ¿por qué no beben? pregunta Tiberio.

—Porque á mí me hace daño.

—Porque me ha de *chumar*.

—Porque... señor, no tengo costumbre.

—Porque...

—La cerveza, néctar de los diosés, añade el Torbellino, á nadie hace daño y á todos hace bien; pero, ya se ve, el progreso moderno no es todavía conocido de ustedes. Cuando se beba mucha cerveza en este pueblo, digan ustedes que han dado un paso en el campo del progreso y llámense civilizados á boca llena.

—Quién va á tomar esa chicha con verbena, murmura doña Manuela.

—¡Brevaje de todos los Judas! dice don Bartolo.

—Ciertamente, observa el cura entre tanto, los dolores y las amarguras ilustran; otro codazo en las narices y un segundo vaso de cerveza, y mañana me tienen ustedes Salomón hecho y derecho.

—¡Vaya! exclama Tiberio, á nadie exijo que beba lo que no le gusta; pero ya es tiempo que honremos el capón. Si me permite mi sea Chanita, yo me encargo de despedazarlo.

Pónese á la obra. Ras por aquí, ras por allá: las piernas, los alones, las pechugas, todo es dividido, y doña Chanita va juntando los fragmentos del difunto eunuco con algunas papas y unas cucharadas de ají con cebolla, y distribuyéndolos á los comensales. La estrecha mesa, ocupada por el gran vaso con rosas y azucenas, los candeleros, las botellas, las cazuelas, etc., apenas deja espacio á sus márgenes para asentar la mitad de cada plato.

Doña Manuela, que en tratándose de comodidad no se anda con *etiquetertas*, pone el suyo en las faldas y en juego el índice y el pulgar, y toda su riquísima herramienta molar para dar buena cuenta de su ración.

En menos de cinco minutos quedan en los platos sólo huesos mondados y cáscaras de papas.

—¡Espléndido! exclama Tiberio; pero es preciso ahogar el capón en el estómago con una copita de anisete.

Sírvelo, bébenlo, no hay otro brindis, y con esto parece á todos el licor más exquisito.

—Ahora, añade el novísimo Peralba, entendámonos con estos animalitos, que aquí pueden pasar muy bien, pero que en una mesa de la capital no se los podría tolerar: el *cuy*, señores, á pesar de las ideas democráticas, no está todavía á la altura de la civilización del siglo.

—Señor Tiberito, adviértele doña Chana, al *cuy* no se le mete trinche y cuchillo así no más: lo mejor es hacerle pedazos con los dedos.

—¡Oh, mi sea! esó es muy plebeyo. Ya verá usted cómo conmigo no hay vuelva luego, y como le doy cuchilladas al animalito.

—¡Cuidado, señor Tiberito!

—No hay cuidado.

Y el valiente mozo clava el trinchante en el lomo del *cuy* y le da una gentil cuchillada en el cogote.

¡Diantre de cuadrupedillo! tiene el pellejo como una suela, y resbala con la acometida con tal violencia, que obliga á sus compañeros á salirse disparados de la cazuela en todas direcciones, cual si estuviesen vivos y buscaran salvación en la fuga. Hay un grito de susto; Tiberio se turba; y, ¡caso terrible para él y para Venturita! uno de los *cuyes* ha dado de lleno en una de las mejillas de la joven, dejándola con un parche de salsa y cayendo en seguida en el pulcro regazo.

—¡Perdón! seorita, ¡perdón! se apresura á decir el estudiante; ha sido caso fortuito, y la culpa no es mía, sino de este maldito animal.

Venturita se amohina terriblemente y se muerde los labios, estallando luego en un agrio y enérgico—¡ay no sé! esto es insufrible; corte con cuidado, señor Peralba.

Doña Chanita se ha puesto más colorada que la salsa, que le ha manchado también rostro y vestido.

La risa de todos los demás comensales recorre las variadas notas de la gama, y el Torbellino pasa de la sorpresa al enfurruñamiento.

El cura que lo observa teme un *ultimatum* belicoso de parte de Peralba, y para evitarlo dice en tono alegre:—¡Vaya! no es nada, no es nada. Lo sucedido no quiere decir sino que los señores *cuyes* protestan contra el cuchillo de don Tiberio, y reclaman los dedos de doña Chanita.

Recógense los desparramados animalitos; doña Chanita los despedaza con una habilidad que honraría á un anatomista; distribúyelos, cómenlos, y ya nadie se acuerda de la revolución causada por el imprudente tajo de Tiberio.

A éste le ha vuelto el buen humor, aunque con una pérdida del veinticinco por ciento, y echa su exclamación favorita: ¡Espléndido! ¡espléndido! y añade:—Estos *cuyes* no obstante ser bastante plebeyos y opuestos al progreso moderno, podían ser servidos en el banquete de los dioses. ¡Oh! ¡espléndido! Tienen sabor de ambrosía. Pero, qué quieren ustedes: así tienen que ser, preparados por esas manos divinas de la viuda del señor Verdete.

—Preparados por mama Gaspara, querrá decir, observa con cierto desagrado doña Chanita.

—¡Ea! añade en tono ceremonioso el estudiante, tan exquisito bocado merece un sello de néctar: echémosle un poco de champagne.

—Apruebo la moción, contesta el cura; pero, añade con cierta malicia, tenga usted cuidado al descorchar esa botella, pues el champagne es un diantre, y puede...

—¿Qué puede, señor? ¿qué hace la *chapaña?* le interrumpe doña Chanita medio asustada y abriendo unos ojazos.

—¿Qué hace? Pues nada, señora mía, sino que al destapar la limeta sin mucho tino, ¡pom! salta

el corcho como una bala, y aquí fué Troya.

—¡Ave María Santísima! Señor Tiberito, muchas gracias; doy por recibido el obsequio; pero no toque esa limeta.

—No hay cuidado, mi sea Chanita; en esto de descorchar botellas de champagne, soy maestro; pues para algo habré ido á estudiar en la capital.

Y comienza á romper los alambres que sujetan el corcho, repitiendo:—Este licor es espléndido... digno de Júpiter... es... el mismísimo néctar. Ustedes lo verán.

—Don Tiberito, por Dios, insiste la viuda pálida y temblando, váyase usted afuera á hacer esas operaciones. Va á reventar la botella y nos mata. ¡Ahora verá usted lo que sucede!

Venturita no está menos asustada.

—Sí, ahora verán lo que hace el porfiado de don Tiberio. ¿Por qué no se irá á su casa con estas cosas?

—¡Oh! seorita, usted también con estas vulgaridades. Le juro que no hay cuidado.

—Sí, no hay cuidado, y va usted á darme otro golpe en la cara.

Hasta don Bartolo y don Antolín temen un fracaso, pues el Torbellino ha venido *de mala espalda;* don Mariano levanta ya los brazos y se cubre con ellos la cara; doña Manuela quiere huir, pero se lo impide la apretura en que está, y baja la cabeza y la oculta con una esquina del

mantel. Sólo Nicasito está contento, pues prevée algo bueno, y al sonreirse abre una bocaza como la de un saco de noche.

¿Qué va á suceder? ¿Va á saltar de esa botella el diablo? ¿Va, cuando menos, á estallar una revolución radical que no dejará títere con cabeza? Todo puede ser. Yo sí creo que á veces el diablo está en los barriles y botellas, y no cabe duda que muchas revoluciones, entre nosotros, de las botellas han salido. Razón tienen, pues, los comensales de doña Chanita de temer un cataclismo.

El señor cura, maliciosamente sonreído, no aparta los ojos de la botella y de las manos que operan en su boca, repitiendo de cuando en cuando:—¡Ea! don Tiberio, ¡cuidado!

¡Pom! ¡diablo! sucedió lo que se temía: saltó el corcho, y el champagne, como el material volcánico del Cotopaxi, se eleva con vertiginosa violencia hasta el cielo del aposento, y chocando contra él llueve sobre los concurrentes.

—¡Jesús me valga! grita doña Chana. ¡Virgen Santísima del Quinche!

—¡Jesús! ¡qué es esto! ¡Señor de la Portería!

—¡Misericordia!

—¡Misericordia!

—Es mejor que salga primero todo el vaho, dice Nicasito, y después se bebe lo demás.

—¡Animal! exclama Venturita, ¡si ya me empapó con la *chapaña!*

—Métale el dedo en el gollete, aconseja el cura.

El Torbellino obedece. ¡En mala hora! El efervescente licor, en vez de continuar lanzándose perpendicularmente, sale en chisguetes oblicuos y da á las caras de los convidados, y, lo que es mucho peor, á las llamas de las estearinas. El salón queda en tinieblas, y con éstas crece el susto y la turbación. ¡No hay duda que el demonio anda suelto!...

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Venturita! ¡vida mía! sal corriendo.

—Mamita, si no puedo: no sé quién me agarra. ¡Y estas silletas!... ¡esta mesa!... Estoy trincada.

—¡Santo Dios!... ¡Gaspara! ¡Gaspara! ¡Luz!

Doña Chanita pugna por desencajarse, y en un movimiento circular de su respetable humanidad, tira el mantel, y floreros, palmatorias, botellas, cazuelas, todo con el estrépito de un terremoto se viene á dar contra los comensales.

En tales aprietos, el Torbellino quiere salir y al apartar su silleta derriba la de doña Chanita; ésta que en medio del susto va á tomarla al tanteo, pierde el equilibrio y cae de espaldas, exclamando:—¡Me mataron! ¡Señor cura auxilio! ¡absolución!

—¡Misericordia, mamita! ¿Qué le sucede?

—¡Me muero! ¡Ese animal de Tiburcio! ¡Ah, mal cristiano!

—¡Ese pícaro de Perraza!

—Al fin es quien es: ¡Perraza! ¡Perraza de Judas!

—¡Venir con su *chapaña!*

—¡Hacernos esta tiranía!

—¡Ahora lo mato! exclama Nicasito; ¡ese burro! ¡ahora lo como!

Gaspara asoma al fin con una mecha encendida, y al ver el cuadro de desolación suelta el llanto y da alaridos lastimosos.

El cura ayuda á levantarse á doña Chanita, maltrecha y medio derrengada. Venturita, en vez de atender á la mamá, se tira como una leona sobre Nicasito y le descarga una lluvia de mogicones, exclamando: Este tiene la culpa de todo, éste. ¡Animal! ¡borrico! ¿quién te metió á convidar á ese Judas de Tiburcio Perraza Torbellino?

El señor cura defiende al tontarrón y trata de calmar á su encolerizada hermana.

¿Y Tiberio? No pudo resistir á la nueva bofetada de su adversa fortuna, y en medio de la confusión, de las tinieblas y de la mesa y silletas volcadas, tomó las de Villadiego, como perro con cohete á la cola.

Nicasito, después de echar algunas *verdulerías* á la hermana en cambio de los puñetazos, jura que ha de moler á patadas á Tiberio, aunque sea al pie del altar mayor.

Mama Gaspara, gimiendo todavía, recoge los

tristes despojos del campo de ruinas: los restos del capón, de los *cuyes* y de las papas desparramados por todo el aposento.

Venturita hace lo propio con los vasos rotos, los candeleros, etc.

Los convidados se despiden, mostrando á la familia Verdete cuánto les pesa todo lo ocurrido. Sólo el cura se detiene, y acercando una silleta á la mesa alumbrada por el mechero de Gaspara, se sienta junto á doña Chanita y su hija. Nicasio, mohino como chiquillo zurrado en la escuela, permanece en pie, arrimado de espaldas á la puerta y enjugándose ojos y narices con la bocamanga del chaquetón.

El cura apoya el codo en la mesa y la quijada y mejilla en la mano abierta, y dice:—Sabrá usted, mi querida doña Chanita, que algo malo temía yo cuando me vine con ese tolondrón del justamente llamado *Torbellino*; mas, por lo mismo, y además de haber sido convidado por usted, quise estar aquí, esperanzado de que lo respetable de mi carácter pudiera servir para moderar las demasías de ese mozo díscolo. En efecto, no tenemos que lamentar cosa mayor: charla insustancial y necia, algún codazo involuntario, lluvia de champagne, trastos rotos, susto, y nada más. El tal Perracita (lo sé muy bien) había puesto los ojos en Venturita, ignoro si con buenas ó malas intenciones; quiso amistarse con ustedes y obligó

al inocente de Nicasito á que le invitara á pasar aquí la Noche-buena. El mozo es de los más temibles. Den ustedes por asentado que no fueran malos sus intentos, y que pidiese honradamente la mano de Venturita, ¿qué sería de esta infeliz casada con ese tuno? ¡Ave María! Miren ustedes, Dios ha querido que él mismo se dé á conocer esta noche para que, si hubiese propuesta, pudiesen ustedes echarle un *no* como una pelota. Hija Venturita, mira, un *Torbellino* jamás puede ser buen esposo. Por Dios, guárdate de caer en tamaña desgracia. Francamente, has llegado á una edad en que las mujeres suelen cegar y aceptar cualquier marido: parece que juzgan que en los pantalones y las barbas está todo lo bueno que necesita una mujer para asegurar su porvenir en el matrimonio. ¡Qué locura! Locura á que sin duda las trae el demonio, porque en las familias que se forman de esos casamientos hace sus cosechas más pingües. ¿No vale mucho más que se queden solteronas hasta que las trague la sepultura? En no casarse no hay mal ninguno, y sí hay hasta ridiculez en las mujeres que se dejan llevar de un desatentado antojo de matrimonio, y por satisfacerlo aceptan, y á veces buscan, que es peor, la mano de cualquier pillastre ó cualquier bestia, como si fuese la única tabla de salvación en el tormentoso mar de este mundo. ¡Pobre tontiloca la que así procede! en vez de salvarse,

se hunde en un abismo de miserias y desventuras. Y es de admirar que todos los días se vean estos enlaces descabellados, cuando todos los días también se repiten los ejemplos del infortunio que ocasionan. Las mujeres son las que menos escarmientan en cabeza ajena, y dale que le das, han de ser casamenteras. ¡Carambal esto á veces me da cólera. (Y el señor cura da un puñetazo en la mesa). Hija Venturita, piensa un poco en ello, y ya verás si no tengo razón que me sobra. ¡Cuántas víctimas de maridos bribones y viciados! ¡cuántas familias desgraciadas y sumidas en deshonra á causa de no haberles dado fundamentos de buen juicio y de virtudes cristianas! ¡cuántos hijos nacidos de esas necias ó insanas uniones que, criados luego sin cuidado ninguno y con el ejemplo de padres perversos, llegan á ser, como éstos, miembros perniciosos de la sociedad, deshonor de los suyos, dañosos á sí propios y futuros troncos de otras familias desdichadas! ¡Oh, hija mía! los *Torbellinos* abundan por desgracia y se van multiplicando: ya son una plaga. Huye de ellos. Si después se te presenta algún otro novio, averigua, antes de aceptarlo, si viene de familia honrada ó de alguna que tiene por origen un *Torbellino*. En el primer caso, averigua aún si su porte corresponde á sus antecedentes, y en siendo así, no vaciles: dale la mano; en el segundo, écha-le nones sin vacilar. Y para esto no es menester

emplear términos destemplados: sobran los suaves y comedidos para ahuyentar á un mal pretendiente. Si no te sale al paso un buen marido, nada importa: quédate soltera, abrázate fuertemente de la virtud y la honra y ríe de los charlatanes y murmuradores que te motejen por haberte quedado para tía ó para vestir imágenes de iglesia. Emplearse en esto vale más que pasar la vida entre lágrimas y pesares, lidiando con un mal esposo, y roída quizás por un arrepentimiento sin remedio. Conque, mi Venturita, pídele á Dios mucho juicio y mucha calma para obrar con acierto en lo tocante al matrimonio y evitar tu desgracia.

Doña Chanita y su hija habían escuchado al cura en silencio y con suma atención. El viejo sacerdote sacó su reloj de plata, casi del tamaño de una *totuma*, abrióle, le vió acercándole á la luz del mechero, y dijo:—¡Hola! no creí que era tan avanzada la hora: las cuatro de la mañana. Es preciso dormir siquiera dos horas.

Y dijo los buenos días, se caló el sombrero hasta las cejas, se embozó la capa hasta más arriba de las narices, y se largó.

CUANDO DIOS QUIERA DAR

POR LA PUERTA HA DE ENTRAR

El cuento que voy á referir á los lectores de *La Revista* es del tiempo de la *Patria boba*; pero nadie me quita que se lo aplique á no pocos hermanos míos en Cristo que gozan de los beneficios de la *Patria viva*. ¡Cuántos puntos de semejanza hay entre los años corridos de 1809 á 1822, y los que vienen deleitándonos, llenos de viveza é interés, de 1822 hasta el presente!

Don Próspero de las Barracas, patriota honrado y pudiente, tenía una hija llamada Belisa, moza de diecisiete navidades, que así por su lindo rostro y talle airoso, á pesar de sus briales acanillados que le colgaban desde las vecindades de la clavícula, como por los caudales del señor padre, era la tentación de más de doce mozos, cada cual, excapto uno solo, nada lerdo en decirle amor mío y otras cosas agradables.

Belisa se decidió por este uno, según dió á entender á don Próspero con palabras nada equívocas. ¡Capricho que bien pudiera explicarse!

Y este uno era el joven Polidoro, envidia, por lo mismo de haber sido preferido, y más que envidia, enojo, y furor y despecho de los derrotados en la palestra del honesto galanteo.

Don Próspero, observador y prudente, no quedó contento.

Y ¿qué importaba á Belisa el desagrado de don Próspero?

—Pero *taitico*, le dijo Belisita (entonces no se conocía ni por el forro el *papá*, que es uno de los progresos que hemos alcanzado después de la independencia) pero, *taitico*, ¿por qué no le gusta mi novio?

—Es alhaja muchacho, menos por una cosa.

—¡Ay no sé! si á mí me gusta por todo.

—¿También por haragán?

—¡Si no es tal!

—¡Dímelo á mí! Mira, hija, el tal Polidoro, con sus mejillas bien rasuradas, su cabeza empolvada y sus pantalones que no dan qué decir por su perfección, va consumiendo todo cuanto heredó de su padre, que no fué ningún desnudo menesteroso; y no porque sea maniroto, ni jugador, ni tunante, sino porque consume y no produce. Hombre más para nada no conozco.

Y don Próspero tenía razón.

Polidoro, hijo único de padres ricos, mimado desde que nació, dado al ocio y amigo de uña y carne de la ignorancia, pasaba la vida en una especie de salvaje *dolce farniente* que no podía agradar á hombre como el padre de Belisa, endurecido en el trabajo, y que tenía á honra comer y vestir con el sudor de su frente.

El novio de Belisa, medio pobre ya, en el decir de los que conocían sus negocios, había adoptado como invariables reglas de conducta ciertos refranes que se acomodaban perfectamente á su amor al ocio. Cuando daba con hombre acucioso y consagrado al trabajo, solía decirle, dando á su frente todo el aspecto de un filósofo: «Si trabajas para vivir, ¿por qué te matas trabajando?» Si le salía al encuentro la prudente economía, milagro habría sido que no dijese: «¡Tontería! ¿Quién no sabe que el hombre propone y Dios dispone?» Pero con lo que disculpaba más frecuentemente su aversión al trabajo, era repitiendo: «Cuando Dios quiera dar por la puerta ha de entrar».

¡Miren, pues, el hombrecito que le salía al paso á don Próspero para convertirle en abuelo!

El bueno del *taitico* anduvo al principio ten con ten; después la ceguedad de Belisa le obligó á apretar un poco la cuerda; mas ella se mantuvo en sus trece como portugués que pide milagros á San Antonio, hizo cuanto no era posible que hiciese la dejadez de Polidoro, y... y... y...

Ya á nadie causó extrañeza:
Se casó ese par amante;
Ella dijo sí al instante,
Él dijo sssiii con pereza.

—A mal que no tiene remedio no hay más que hacerle buena cara, dijo al fin don Próspero, no sin haber suspirado antes media docena de veces. Hizo paces con los recién casados, y emprendió la hercúlea tarea de combatir la ociosidad de Polidoro. A la sentencia: « Cuando Dios quiera dar por la puerta ha de entrar», opuso ésta de propia cosecha y más sesuda y positiva: «Manos pesadas y quietas no cojen pesetas». O bien solía repetir: —«Polidorito, Polidorito, no olvides que quien no trabaja de joven, se muere de hambre de viejo.»

Sermones en el desierto, golpes al hierro frío: el yerno era invencible: era el Cid de la pereza, y el moro viejo del suegro iba siempre de rota.

—Señor don Próspero, decíale frecuentemente aquél, demasiado se afana usted por acumular bienes de fortuna. «Si trabajas para vivir.....»

El viejo entendía lo demás; se le ponía la nariz colorada, rascábase la frente y se alejaba murmurando no sé qué cosas, que no eran sin duda favorables al yerno. Este envolvía con pausa su cigarrillo, lo metía tras la oreja, encendía el yesquero, en él el tabaco y se ponía á dar paseos á lo

largo del salón; ó bien se arrebozaba la capa é iba á matar el tiempo en los corrillos de las esquinas y la plaza.

Se pasaron dos años; Polidoro era el mismo Polidoro, y don Próspero se desesperaba. Le había proporcionado al yerno muchos medios de trabajar, le había dado capitales, abrióle en más de una ocasión las puertas de negocios fáciles y lucrativos; pero... á buey harón poco le presta el aguijón. Las puertas que abría Polidoro eran las de su casa, para que buenamente entrase por ellas *lo que Dios quiera dar.*

Pensó don Próspero que poniéndole en el camino de los empleos algo haría su hijo político, ya que no era posible hacerle trabajar. ¡Hay tantos acomodos propios para los Polidoros en la República! En fin, las diligencias del viejo no fueron estériles, y parecía que el marido de Belisa convenía en ser empleado; pero tenía que hacer personalmente cierta diligencia, de esas para las cuales ni aun es preciso tener completos pies y manos. Sin embargo, se pasó un día, se pasaron dos, transcurrieron tres, y el buen mozo del yerno siempre en babia. No se movió, la ganga del empleo se la llevó otro, y aquí fueron los últimos y más terribles reniegos de don Próspero. Hubo réspice; pero fué como balazo en lana: Polidoro lo contestó echando con calma una bocanada de humo de tabaco y repitiendo:—No se

inquiete mi querido señor padre político, pues cuando Dios quiera dar, por la puerta ha de entrar.

Dado á perros salía don Próspero de la casa de su yerno, cuando se dió de hocicos con su hermano Pepe.

Don Pepe honrado y laborioso á carta cabal, no era muy bonachón que digamos: irritábase fácilmente, y una vez encolerizado ¡Ave María! ¡quién le ponía punto en boca ni le ataba las manos!

Ya sabía lo que era Polidoro, y más de una vez dijo á don Próspero con franqueza nada pulida:—¡Vamos; me parece que tu yerno es tonto de uno en carga.

—No tanto, hermano. Es así..... así..... ocioso y nada más.

—Pues ¿qué? ¿y un ocioso no es un tonto?

—¡Qué tirante eres en tus juicios!

—Si no es un tonto ¿por qué no le corriges? ¿por qué no le limpias de esa pereza de los diablos? ¡Si fuera mi yerno!.....

—Se le ha metido entre ceja y ceja que «Cuando Dios quiera dar.....»

—¡Eh pues! ¡ya ves, hermano Próspero, que esa es una majadería; por Crispas! yo le habría dado en nombre de Dios.....

—¿Qué le habrías dado?

—¿Has olvidado ya aquello de nuestro buen padre: «¿A mozo haragán y caballo lerdo, vara de fresno?»

Pasado el momento de las rabietas ó rabiazas en que á don Próspero encontró su hermano, y después que éste se impuso, entre varias muestras de ociosidad de Polidoro, de lo del malogrado empleo, trabaron los dos animado diálogo.

Y ¿qué diálogo no era animado, si en él terciaba el arrebatado de don Pepe?

Mas nadie oyó palabra de lo que hablaban, pues se habían retirado buen espacio del concurso de

Pedro J. Santamaría
Bibliógrafo
Compra y vende libros, folletos, revistas
y periódicos varios.
Quito-Ecuador. Imbabura 672

ba la calle.

omaron los dos hijos de
espaldas de á dos varas,
nos que ni las de Goliat,
en el plato.
don Próspero medio ca-
entre avinagrado y satis-
el contento que les rebo-

lo de Quito contaba tres
da de inocentes, y plazas
or numerosas partidas de
itas) y *chiquillas camiso-*
muchachos, que luego se
diversión de la aristocra-
fraces hacen asomar por
das las caras de pascuas
s é incitan la algazara de
pados pilluelos que gritan
achico! ¡Padre belermo!

¡Chiquilla camisona! Los máscaras contestan con majaderías; pero á veces suelen soltar frases preñadas de malicia y que saben á pimiento.

Dos *monos* y un *belermo* pasaban y repasaban bajo los balcones de Polidoro. Esto nada tenía de extraño; pero el yerno de don Próspero tuvo su si es no es de escozor cuando oyó que los susodichos repetían en voz de tiple: Cuando Dios quiera dar por la puerta ha de entrar.—Belisita, dijo al retirarse del balcón, pues no pudo aguantar de frente la chafaldita, ¿por qué será que los monos me dicen eso á cada rato?

Mas Belisita hacía media hora que había salido, no solo del salón, sino de la casa.

Polidoro estaba solo. Encendió su yesca, prendió el cigarrillo, se arrebozó la capa y comenzó á pasearse á lo largo del salón. Pensando estaba en que *cuando Dios quiera dar*... y no oyó los pasos de dos monos que subían las gradas.

¡Qué! si no sólo eran los dos monos: con ellos iba también el *padre belermo,* y todos repetían:—Polidorito, tienes razón: Cuando Dios quiera dar por la puerta ha de entrar. Dios quiere darte y hemos entrado por la puerta.

Y sin más ni más uno de los robustos monos salta á las espaldas á Polidoro, le echa al suelo como si fuese un muñeco de trapo, el otro le alza capa y levita y le sujeta de los pies, y el *padre belermo,* que á prevención llevaba entre los hábitos

un retorcido zurriago, le da tal azotaina, que ni á cristiano en galera turca.

—¡Socorro! gritaba Polidoro.

—Ya no te lo damos, contestaba el fraile: el mejor socorro para un haragán es este: ¡toma!

—¡Ay ay! ¡ay ay!

—Que te duela: Dios te ha *querido dar* y hemos *entrado por la puerta*: ¡toma ocioso!

—¡Ay ay! ¡me matan!

—El látigo no mata; lo que mata es la pereza: ¡toma ocioso! ¡toma lo que mereces!

—¡Ay ay! ¡misericordia!

—Tengámosla, dijo al fin el *belermo*.

Soltaron los monos á Polidoro, ocultó el fraile el látigo y salieron todos repitiendo:—*¡Jojó! ¡jojó!* ¡qué rica cosa! ¡qué rica cosa!

* * *

Algunos días después don José preguntaba á don Próspero:—¿Y pues? ¿ha producido algún buen efecto la *cueriza?*

—¡Ay! hermano, ¡qué ha de producir ningún buen efecto! Has debido, como te dije, excusar la prueba de los látigos teniendo presente aquello de «Arbol mal criado, antes hecho astillas que enderezado».

LIBROS PRESTADOS

¡Válgame Cristo! ¿Quién me hubiera dicho que estos libros, habidos con tanto afán y á costa de mil ahorros, y destinados por mi voluntad á darme instrucción y ratos de contento, habían de llegar á serme causa de frecuentes molestias?

Acababa de hacer esta exclamación mi viejo amigo don Pascual, cuando yo tocaba la puerta de su biblioteca.

—¿Quién va?, preguntó con voz agria que revelaba un mal humor capaz de ahuyentar visitas, que no de recibirlas. Detúveme algo desconcertado; pero acordándome que todos los días abusaba de la exquisita urbanidad del dueño de casa, empujé la puerta y me metí de rondón.

Hallé á don Pascual en actitud meditabunda delante de sus libros, cruzados los brazos y la cara hosca más que la de un tesorero cuando le llue-

ven los *vales* y la caja está vacía. Al verme quiso mostrarme su habitual sonrisa; pero advertí el gran esfuerzo que le costaba el desarrugar el entrecejo y dilatar las extremidades de la boca. Me deshice en palabras almibaradas, me encorvé y enderecé cuatro veces y le apreté otras tantas la diestra con ambas manos. Si conseguí amansarle un poco, no lo sé; pero ello es verdad que comenzamos una animada conversación sobre el tema que le había arrancado aquel sentido ¡Válgame Dios! cuando yo entraba.

—Aquí me tienes, Jenaro amigo, me dijo, pasando revista á mis libros y muriéndome de cólera, á pesar de lo calmado que soy, según tú mismo pudieras dar testimonio de ello. Pero ¡qué quieres! yo desearía ver al santo Job en el caso en que me han puesto ciertos prójimos saqueadores de mis estantes y verdugos de mis queridos libros. ¡Pobres de estos amigos y compañeros de mi vida! Mira ¡qué confusión! ¡qué desorden! ¡qué porquería de muchos y qué ausencia de unos cuantos!.....

—¿Por qué este desbarajuste, señor don Pascual? Pues á lo que se me alcanza, usted tiene su biblioteca como bienes de testamentaría en depósito. ¿Qué enemigas manos la han traído á esta ruina?

—¿Por qué? Es muy fácil que lo comprendas: todo el mundo ha dado en pedirme libros, y no

hay pisaverde babazorro, ni corrillero charlatán, ni romántica bachillera, ni desaseada comadre, ni ocioso oficinista que, so pretexto de apasionados á la lectura y ansiosos de ilustrarse, no acudan á los estantes de don Pascual, y como don Pascual tiene el gravísimo defecto de no poder echarle nones á nadie, va quedándose sin biblioteca y, lo que es más, hasta sin paciencia: ¡ya no puedo, Jenaro, ya no puedo con los pedigüeños de libros!

Y el pobre viejo se maltrataba la espaciosa calva con todas las uñas de la temblosa diestra. Yo que leo en mi conciencia (ó en mi amor propio), que no soy babazorro, ni corrillero, ni nada de eso que dijo don Pascual, me ví, sin embargo, medio corrido. Pues cómo no, si el objeto de mi visita era precisamente pedir á don Pascual una obrilla que necesitaba con urgencia. ¿Quién puede contar, me dije, con la bondad de un amigo, cuando está dominado de *esplín*, y menos si éste tiene fundamentos de justicia? Me resolví, pues, á tomar el partido más prudente, el de dirigir á don Pascual un atento *páselo bien* y largarme de su presencia; mas noté que se modificaba su expresión, que su cara iba saliendo de la penumbra, y me contuve.

—Mira este andamio, prosiguió el viejo: no ha mucho que estaba lleno con la *Historia Universal* de César Cantú; mas ¿ahora? ni mis carcomidas encías tienen más claros. Mira más allá: diez to-

mos menos de la *Historia Natural*, y cinco más rotos y sucios como devocionario de beata ó misal de aldea. Si Buffón volviese al mundo, ¡vive Dios! que daría por bien perdido este ejemplar de sus obras, á trueque de emplear su sabia pluma en describir al mamífero bimano que así le ha maltratado! Aquí no hay sino un tomo del *Don Quijote*; los demás están corriendo aventuras con un caballero andante, y quién sabe si volverán de la cueva de Montesinos. Allá está la *Santa Biblia*, con el *Génesis* hecho trizas, más que si hubiese caído en manos de un materialista, con los Profetas y los Evangelistas empuercados, que ni estudiados por un hereje. ¡Oh! y ha de haber quien diga que nosotros somos los herejazos, cuando nunca hemos cometido tales profanaciones y felonías, y sólo porque nos damos á leer, allá por muerte de un tonto, algún libro un si es no es picarón ó con ribetes de *ilustrado*. Y después de lo que acabo de hacerte ver, ¿no has de justificar, Jenaro amigo, el enojo en que has venido á sorprenderme? ¡Viniera por aquí el perrazo de Omar y aplicara su tea *libricida* á estas reliquias de mi biblioteca, y á quienes así me la han dejado!

Me asustó la imprecación y abrí tamaños ojos, pues extraña hasta serlo de sobra me pareció en boca del afilosofado y bonachón de don Pascual. Pero tomándome la diestra con aire jovial, me

aproximó á uno de los estantes y señalándome un tomo de la *Biblia*.—No hay duda, me dijo, que á pesar de todas las rabietas ó rabiazas que le dan á uno los que le piden libros, á veces tiene de que reir; ¡ni qué otra cosa ha de hacer! Abre, Jenaro, ese volumen y diviértete. Cayó en manos de mi vecina doña Pomponia, como si dijésemos en las de un mayordomo que tiene para su gasto un sistema particular de contabilidad agrícola, y me le ha devuelto con notas marginales asaz curiosas é instructivas. Míralas.

Abrí el libro con viva curiosidad; aunque para quien conoce á la comadre Pomponia, no era mucho de admirar que le hubiese anotado; porque se sabe, con referencia á su padre confesor, que la tiene en altísimo concepto, que entiende á maravilla de cosas grandes del cielo y la tierra, del alma y del cuerpo, y, sobre todo, más de cuanto pasa en las casas ajenas que en la propia. Sólo le faltaba *saber la Biblia*. Pero ¡qué sorpresa! Lo primero con que dieron mis ojos fueron estas palabras que nada tenían que ver con las *Santas Escrituras,* puestas en letra gorda y desigual entre los floreados renglones del frontis: *El 23 de Mayo de 1855, á las seis de la mañana, parió la vaca barrosa al ternerito nevado*. Confieso que participé del enojo de D. Pascual, al ver tan extraña partida bautismal en semejante libro.

—Sigue, sigue, Jenaro, me dijo el viejo.

A la vuelta de algunas hojas hallé estotra: *El 2 de Junio reventó la papujada doce pollitos; tres blancos, tres negros* y *los demás parditos*. Aquí apreté los labios y plegué el entrecejo. Lo notó D. Pascual, y repitió sonriendo:

—Sigue, Jenaro, sigue.

Le obedecí, y pasé rápidamente diez hojas. Junto al precepto del Decálogo que prohibe poner los cinco en las cosas ajenas, se hallaba esta peregrina sentencia: *El indio Martín Chuchi se robó dos carneros gordos, de valor de tres pesos cada uno; hoy le he metido en la cárcel, y no saldrá de ella el mitayo bribón, hasta que me pague los seis pesos.*

—¡Caramba! exclamé, esto es insufrible!

Aguarda, exclamó á su vez mi amigo; hay una nota, y es de las mejores, que has de verla, que lo quieras ó no.

Volvió algunas hojas hasta dar con aquella anécdota de Thamar y Judas.

—¿Recuerdas de este pasaje? me preguntó.

—¡Vaya si no he de recordarlo!

—Pues mira lo que ha puesto doña Pomponia. Y me señaló con el dedo unas líneas pegaditas al punto más interesante del relato bíblico, y que decían: *Qué caso tan idéntico al que pasó ahora un año entre Fulanita* y *D. Zutano!*

Ahí sí que no pude aguantar más, y tomando el libro y cerrándolo con ira:

—¡Por vida de sanes! exclamé, esa vieja de doña Pomponia no sólo es necia, sino malvada. ¿Qué ha hecho usted que no le ha descargado un pelambre y no ha quebrado por siempre jamás con ella?

—El escolio último, contestó D. Pascual, demuestra que doña Pomponia gusta de ensuciar no solamente libros, sino reputaciones; esto es infame. Hoy mismo borraré esas líneas. En cuanto á lo demás, te aseguro que estoy resuelto á no perder una amistad por un libro; si no fuera así, pronto me vería de malas con medio pueblo. Queden, pues, mis pluteos desiertos y mi cabeza monda y lironda como bola de billar á puro rascármela con impaciencia, antes que se pongan de barbas agrias conmigo ni Pancho, ni Julián, ni doña Pomponia, ni Mariquita, ni ninguno de los amigos y amigas que Dios me ha deparado; aunque á veces hacen cosas...

Calló un momento D. Pascual, y se sonreía con algún recuerdo que le asaltaba.

—Piensa y obra usted con demasiada filosofía, le observé.

—Qué quieres, Jenaro; eso es preciso: á mal que no trae remedio, no hay sino ponerle buena cara. Te decía que los amigos hacen unas cosas... Oyeme: no hace un mes que Pancho me ofreció un ungüento para esta mejilla que una fluxión me la puso como una teta de vaca, y tuvo la bondad

de remitírmele envuelto... ¿á que no adivinas en qué?... ¡En una hoja de *La Ilíada,* que pocos días antes me la arrancó de este armario, como si me la arrancase del alma!

—¡Esto era para morirse! Pancho del diantre!

—Pues no, señor: me dió cólera muy de veras, pero no me morí. Y me apliqué el ungüento, que había sido la mano de Dios, quedé sano y fué perdonado Esculapio á costa de Homero.

Mariquita, continuó D. Pascual, me devolvió ayer la *Jerusalén Libertada,* que me pidiera juzgándola libro místico; y si bien se engañó en esto, le ha parecido la cosa más bonita del mundo, y me asegura que precisamente ha de poner el nombre de Sofronia, aunque no conste en el calendario, á la niña que va á nacerle.

—Entre paréntesis: ¿cómo adivina Mariquita el sexo de esa criatura por venir?

—¡Bah! lo más fácil para ella: desde su tatarabuela se sabe en su familia, que si la mujer que se halla en estado interesante adelanta el pie derecho al andar, niña lleva dentro; y todavía más sabe Mariquita, y es que Sofronita ha de ser linda más que la santa patrona de los imposibles. Sea de esto lo que fuese, escucha: vino el malaventurado libro señalado en cada trozo más notable, con una virutita de madera, los pasajes más heroicos con hilachas de flocadura de alfombra, y las escenas amorosas más candentes con hojas de ce-

bolla, que hacían oler todo el volumen á vasija culinaria. ¡Atroz profanación de la belleza, el amor y la poesía! ¿quién habría pensado jamás que Reinaldo y Armida fueran á dar á una cocina, y no á la isla encantada llena de hermosas y odoríferas flores! Otro amigo que nunca lee nada, óque nada entiende si algo lee, pero que le gusta ser tenido por docto en toda materia, se ha llevado quince volúmenes que, según malicias que tengo, no volverán á cubrir esas tristes brechas que allí ves. Me han asegurado que está formando una librería para su uso, la cual además del mérito de las obras que la componen, tiene el de que éstas fueron compradas por otros. Para que el *amateur* se luzca gratis, sin más trabajo que el de pedirlas y no devolverlas, nada importan los reproches de la conciencia ni las delicadezas de la buena crianza. ¡Qué conciencias, ni qué delicadezas, ni qué pan pintado! Robo de libros, robo de caballeros, y no hay pecado ni venial. El susodicho amigo ha heredado esta máxima de su visabuelo; y aunque ella fuese mala, ya estaría bonificada por la antiquísima práctica y la consiguiente prescripción.

En cuanto á las revistas y periódicos, ya es cosa bien sabida y costumbre arraigada en nuestra gente lectora, séalo de veras, séalo en apariencia, que no han de devolverse á sus dueños. Se suscribe uno, v. gr. yo; y como no á todos gusta

eso de invertir sus pesetas en suscripciones, es de verse como el día de la llegada del correo se me pegan unos cuantos amigos para arrebatarme de las manos el *Iris; El Nacional,* ó cualquier otro periódico. Muchas veces no me dan tiempo ni de recorrerlos brevemente; llévanselos, y leídos aquí, y allá y en otras partes, no tornan á mí, ó si vuelven, son ajados y sucios como pañuelo de narices de chiquillo. Es frecuente que la confianza de algunos prójimos llegue al extremo de llevarse esos papeles de la estafeta misma; y si son prójimos empleados en ésta, mayor derecho tienen para sustraérselos. Todo esto no tiene pizca de malo... para los ladrones, se entiende, que para los dueños malísimo es. Me ha sucedido más de una vez que yo, dueño legítimo y poseedor de buena fe de periódicos y folletos, he quedado ayuno de su contenido, pues cuando he querido leerlos, pidiendo á algún amigo el favor de que me los devolviese, he dado con ellos convertidos en patrones de chaquetas ó *calzonarios*, ó en cucuruchos de guardar semillas.

—Señor D. Pascual, observé, no hace mucho rato que ví á usted hecho una víbora contra los ladrones y los destructores de libros, y ahora que trata de periódicos, aunque á los susodichos les machaca las liendres, lo hace con buen humor.

—En efecto. Pero, ¡qué quieres, Jenaro! Cuando, como esta mañana, almuerzo chorizos con

huevos fritos, se me pone la bilis negra y crespa como cabeza de mandinga, y entonces soy capaz de dar de palos á los enemigos de mis libros; pero hácese la digestión, la bilis se normaliza, todo pasa y me pongo de chunga como siempre. Ya no echo pestes amargas contra nadie, sino agridulces. Y ¡qué valen las pestes de cualquier género que sean, si no se hace caso de lo que verdaderamente vale mucho,—del respeto á las cosas ajenas, de la honradez, de la delicadeza para con los amigos! ¿Dónde hallaremos un remedio para los enemigos de mi librería? ¿Cómo les haremos comprender que su procedimiento lastima la buena educación? Los ratones han desaparecido al maullo de mi *mozo*; la polilla ha huído del polvo de tabaco, y para mis nietezuelos, que á veces venían á maltratar algunos libros que, por su desgracia, tienen estampas, hallé el excelente antídoto de enseñarles un diablo rabudo que hay pintado en el Apocalipsis. Sólo me están pudiendo los lecto-maniático-latro-pedigüeños. ¿Qué haremos, Jenaro?.

Ocurrióseme una idea, feliz en mi concepto, y le dije:

—¿No fuera bueno poner en el copete de ese estante un cartel con una inscripción que yo sé?

Y le repetí esta décima, que aprendí antaño de mi maestro de escuela:

Plegue á Dios, libros queridos,
Que aquí tan bien os halláis,
Que nunca jamás seáis
A vuestro dueño pedidos;
O que más bien convertidos
Seáis en tristes cenizas,
Antes que en las manos veros
De tantos lectores fieros,
Que os empuerquen ó hagan trizas,
U os roben cual caballeros.

—¡Bravo! exclamó el viejo al oirla, ¡bravo! A ver: siéntate aquí, Jenaro, y echa esos versos *antilatrocinium librorum* en este pliego; pero en letras bien gordas á que puedan leerlos todos desde lejos.

Sentéme, escribí en letra casi de fardo, y el cartelón fué colocado á manera de *inri* en lo más alto de un estante.

—¡Bravo! repitió don Pascual, ¡soberbio! Y palmoteó que ni aplaudidor de oficio en un teatro.

Al verle de tan buen humor, le dije:—Señor don Pascual, temo haber escrito esa receta para que también me la aplique Vd. á mí.

—¡Bah, Jenaro! no seas inocente: ¿acaso tú padeces la enfermedad que los otros? Pide, hijo: ¿qué quieres?

—Gracias.

—Toma el libro que necesitas. Sé que me le devolverás pronto, sano y salvo.

—Gracias, mi bondadoso don Pascual.

—Mira, Jenaro, me complazco en prestar libros á jóvenes como tú, y aun á otros que no se te parecen, con tal que se porten con decencia, importándome un ardite que los lean ó no, ó que los tomen con el *finis* por delante y el *frontis* por detrás, como el lego del cuento, cuando subía al púlpito á dar lección espiritual á las beatas soñolientas de su auditorio.

Me acerqué á un estante, tomé el libro que necesitaba, púsele bajo el brazo, repetí los agradecimientos, y agur.

Marzo, 1862

¡YA NO SE CASAN!

ARTURO se había enamorado perdidamente de Fernandina, y Fernandina correspondía con pasión á Arturo.

El cuento de los enamoramientos que, con parecer frecuentemente cuento de viejas, viene no obstante, mezclado en la historia de la humanidad desde Adán y Eva hasta nuestros Adonis y Venus de moderna y novísima edición, y que sin ninguna duda se mantendrán en sus trece hasta la última pareja de pecadores que se chamusque el último día del mundo, no es cosa que puede llamar la atención de mis lectores.

¿Qué tenemos que ver, me dirán, con que ese Arturo y esa Fernandina se amen como unos héroes de novela?

Nada por cierto.

Y, con todo, cuento de amores tenemos, y de novios desengañados, que es cosa tan común, y

de matrimonio desbaratado en proyecto, cosa vulgarísima.

Pero ¿cuánto va que el desenlace de mi cuento ha de interesar su poco á mis susodichos lectores, si no por lo nuevo, á lo menos por la causa que lo produjo?

Y luego aquí se pinta el carácter de mi amigo Arturo, que no es de los comunes: en su género, es un modelo que ojalá tuviera imitadores.

Este amigo viene á verme todas las tardes, se echa á pechos su taza de café con acompasada calma, fuma su cigarro entre sorbo y sorbo, luego recorre algún periódico, charlamos bastante, damos en seguida un largo paseo por los suburbios, y casi siempre terminamos por contarnos mutuamente nuestra historia del día.

Imagínese si no estaré yo impuesto menudamente de los amoríos y proyectos matrimoniales de Arturo y Fernandina.

Debieron haberse casado el domingo de la última Pascua.

Yo debía haber sido su padrino.

Todo estaba listo, hasta los confites y el vino, con que el novio quería agasajar esa noche á sus amigos.

Sin embargo, he aquí que estamos en domingo de Cuasimodo, y Arturo permanece soltero.

El sábado santo vino, pues, á verme como de costumbre; pero desde que pisó mi cuarto noté

algo extraño en su persona: alguna novedad muy grave había ocurrido en su alma, y sus efectos trascendían á toda la superficie de su persona.

Estaba pálido, triste, mohino

Sorbió un par de bocados de café y dejó la taza; tomó un periódico y en seguida, casi sin recorrerlo, lo tiró sobre la mesa; dió idas y venidas por el aposento, mordiendo con despecho, más bien que fumando su puro, y estuvo cortísimo en palabras.

Al principio creí que este estado del ánimo de mi amigo era efecto de la aproximación de su enlace; porque, al fin, esto de casarse es cosa muy seria para quien tiene el juicio bien acondicionado; y por grande que sea el amor que le obliga á inclinar la cerviz al yugo, no puede prescindir de algunos pensamientos nada alegres acerca del estado que ha resuelto abrazar.

El matrimonio es una especie de muerte: morimos para nuestro pasado, para nuestras antiguas afecciones y costumbres, para nuestras calaveradas, para aquella libertad más ó menos *non sancta* que forma la vida de la juventud.

Y el que no se resuelve á morir para todas estas cosas, ¡que no se case! ¡por Dios, que no haga tal majadería!

Sólo en muriendo para ellas, nace uno para la vida conyugal; si no...

Creí, pues, que Arturo, puesto en tan duro

trance, hacía grandes esfuerzos para traer su buen juicio y su conciencia á que le ayudasen á *bien morir*.

Me parecía asistir á la lucha interior que sostenían por una parte su amor y deseos actuales, y por otra sus antiguos afectos, que trataba de expeler violentamente de su pecho.

Guardé silencio.

Pero al cabo, después de una de las vueltas de su agitado paseo, se cuadró de improviso delante de mí, cruzó los brazos, y fijándome una mirada que me causó miedo, me dijo en voz medio trémula.

—¡Ya no me caso!

Me causó tal sorpresa este anuncio inesperado, que dí un paso atrás como si Arturo me acometiese.

—¡Estás loco! exclamé.

—¿Loco yo? Si lo estuviese, no te diría que ya no me caso: hoy se me ha centuplicado el juicio.

—¡Te chanceas!

—No tal.

—¡Explícate hombre!

Mas Arturo volvió á su paseo vertiginoso, y no quiso hablarme.

Había arrojado el cigarro despedazado entre los dientes, y se mordía ora el bigote, ora el labio inferior, hasta ponerlo colorado como un tomate.

—Tú, continué, tú tan enamorado, tan apasionado de Fernandina, tan decidido á sacrificarte por hacerla tu esposa, ¿eres capaz de cambiar de afecto y de resolución en menos de un día? ¿así renuncias tan *ex abrupto* tus proyectos y la felicidad que te prometías asegurar para los dos últimos tercios de tu vida? ¿Qué es esto? ¡Vamos! no te comprendo.

Arturo parecía sordo como un banco, á fuer de absorbido en alguna extraña preocupación, y continuaba su paseo de vaivén; pero se había compadecido de sus labios y buscado otras víctimas: se roía furiosamente las uñas.

Era preciso que yo descubriera el motivo que obligaba á mi amigo á renunciar á su enlace, y torné á la carga.

—¿Te ha disgustado, le dije, alguna frialdad, alguna inopinada reserva de Fernandina para contigo? ¿Tienes por ventura alguna picazoncilla de celos? ¿Te ha mordido la víbora de la duda?... Esto sería terrible, pero la culpa estaría en tí, pelillosito. A fe que la chica es muy alegre y por extremo comunicativa; la habrás sorprendido en conversación demasiado familiar con nuestro amigo Torcuato, ó contenta de los chicoleos de su primito Marcelo, ó...

—No es nada de eso, díjome al fin Arturo; pero, sin añadir ni una sílaba más, siguió devorándose las uñas.

—Sospecho, continué, que algún correveidile de faldas ha asomado en tu noviazgo. ¿Qué matrimonio se hace en nuestro pueblo sin la maléfica intervención de alguna comadre de boca libre, sin habladurías repugnantes y chismes ridículos? Nada importan la castidad y decencia de la novia, la honradez é hidalguía del novio, la honorabilidad de las familias: apenas susurra que vamos á tener bodas, cuando lo primero que se presenta, como para sazonarlas, es la murmuración, con su cortejo de mentiras y comentarios infames, sin que falten algunas veces los embustes y ñoñeces de las mamás y las imprudencias pueriles de los papás de los novios. ¿O tal vez has tenido ya algún disgusto serio con tu futura suegra ó con el que debe ser tu cuñado? Creo que esa pobre vieja ha de ser muy diversa del común de las suegras: ¡es tan buena! Además, te diré francamente mi opinión en este punto: se habla mucho contra las suegras, y yo creo que la mayor parte de las acusaciones que se las hace no tiene otro objeto que el de justificar ó atenuar á lo menos el mal comportamiento de los yernos. En cuanto á los cuñados, sean quienes fueren, es fácil neutralizar su acción con sólo divorciarse de su amistad, tanto cuanto lo exija la prudencia. Nuestros *cholos* inventan adagios que no debemos despreciar: ellos suelen decir: «Con los cuñaditos, mucho cariño, pero lejitos.»

Arturo desarrugó un tanto el entrecejo y como que tuvo proyecto de sonreirse. Con todo, tampoco desplegó los labios. ¡Diablo de hombre!

Yo seguí preguntando y discurriendo.

—¿Qué mano negra ha venido, pues, ha desbaratar todos tus planes? ¿Qué mal viento ha marchitado tus ilusiones? ¿Ha llegado á disgustarte en Fernandina algún defecto en que has reparado á última hora? Esto sería extraño, porque un enamorado como tú no descubre jamás nada malo en su ídolo: por el contrario, muchas veces suele ver oro donde todo es escoria, halla belleza en lo feo, inteligencia en la necedad y virtud en el vicio, y el velo del engaño no suele romperse sino cuando ya no es posible remediar el mal que ha causado la locura de la pasión. Sin embargo, puede que hayas reflexionado que una señorita no educada en estricta moral, cuando viene al matrimonio difícilmente puede olvidar sus resabios y ser una buena esposa; ó que joven que tiene la cabeza vacía, ó llena sólo de escenas novelescas y frivolidades poéticas, es seguro que, cuando menos, ha de parar en compañera fastidiosa de un hombre ilustrado y serio. Conque, dime, ¿ha llegado á enfadarte el excesivo lujo de tu novia y su loca pasión por la moda? ¿Has advertido al fin que tiene una cara antes de la *toilette* y otra después, capaz de ofuscar hasta á la madre que la parió? ¿Te choca que fíe gran parte de su belleza

al enlucido de que tanto se cura? ¿Te repugna verle la frente cubierta de guedejas colgantes, á manera de floc adura de sobre-cama? ¿Te ha enojado verla con su sombrero en forma de torre de Babel, y cargado de flores y frutos como mostrador de exposición de productos agrícolas? ¿Ha venido á causarte murria y á desobligarte de la deidad de ayer aquella mentira bombástica, aquel promontorio antiartístico, aquel antipúdico armatoste, que siguiendo las extravagancias de la moda, ha dado en echarse Fernandinita, para hacer ostentación de lo que menos debe ostentar una mujer honesta y de buen gusto, cual es la parte antípoda del bajo vientre? Todas estas cosas son por cierto repugnantes, y pudieran ser otros tantos motivos para que muchas damas que de ellas viven prendadas vengan á menos en la estimación de los hombres juiciosos; pero todas ellas también son tropiezos que pudieras allanar, una vez marido de la simpática Fernandina. Dominarías en ella, puesto que te ama, y á fuerza de amor, de buen modo y prudencia de tu parte, irías quitándole su afición á los menjurjes con que se adoba rostro y pecho, suprimirías los jardines y huertos de la cabeza, aplanarías los montes *caderiales* ó *rabínicos,* etc., y al cabo de poco tiempo tendrías una esposa sin los tales aditamentos, opuestos á la naturaleza, la decencia y el buen gusto...

—Hombre, Pepe, me interrumpió Arturo, malgastas neciamente tus razones, y en vez de darme remedio, acreces mi enojo, porque no das con ellas en el clavo. Andas por la superficie, cuando el mal que he descubierto en Fernandina es interno, es dolencia de su alma, es achaque de su cerebro...

—Pero, hombre de Judas, le repliqué en el mismo tono áspero con que acababa de hablarme, tú tienes la culpa, pues no me enseñas el blanco á que debo dirigir mis tiros saludables.

—Pues héle aquí: ¿Sábes cual es la pasión que más tiraniza el corazón humano? ¿Sábes cuál es la que, siempre creciente, á medida que se desarrolla va convirtiéndose en un mónstruo que no sólo fastidia, irrita y daña á nuestros prójimos, sino que envenena nuestras propias entrañas, cuando hemos tenido la desgracia de dejarnos dominar por ella? No es el amor: el amor es achaque curable, y yo podría citar casos en que los cupidos más frenéticos han venido á ser personas razonables. No es el juego: un jugador es al cabo un ser humano, á pesar de la degeneración moral á que suele arrastrar al hombre el uso cotidiano de los dados y la baraja. No es la sed de riquezas: no siempre el rico es avaro, y conozco algunos que con la una mano buscan ávidamente oro, mientras con la otra le derraman. No es la embriaguez: un borracho envilecido tiene sus momentos de juicio, y

hay quienes en estos momentos, hasta se lamentan de su terrible mal. La pasión mónstruo, la indomable, la que no admite remedio, la que convierte al hombre en fiera y frecuentemente en demonio, es la pasión de la política. Y si en el sexo fuerte, si en el sexo compelido por el destino social á vivir luchando entre las olas de fuego de lo que llamamos vida pública, causa dicha pasión estragos espantosos, ¿comprendes tú lo que será una mujer envuelta en ella? Cualquier pasión es más vehemente en la mujer que en el hombre: su extrema sensibilidad, su debilidad misma, son combustibles en que los afectos se ceban con más furor: ¿no arde por ventura más fácilmente la estopa que la leña? En un hombre (se entiende en un verdadero hombre) la energía de carácter es escudo diamantino contra las más poderosas pasiones; en una mujer, singularmente si no tiene corazón é inteligencia bien cultivados—con aquella labor atinada y sabia que conviene á su naturaleza y destino—el carácter es corteza muy endeble, y cualquiera pasión la rompe, y atraviesa y penetra hasta el fondo del alma. Cuando la política ha sojuzgado el espíritu de una mujer, la transforma en un ser extraño, que junta en sí, en confuso y visible desorden, las condiciones morales de ambos sexos: viene á ser un ente con dotes femeniles debidos á la naturaleza, y con resabios hombrunos por adquisición ilegítima y violenta.

Una politicastra es á un tiempo caricatura de hombre y de mujer; la grotesca hibridación de sentimientos é ideas en ella efectuada—esto es de las ideas y sentimientos que deben obrar en la vida doméstica, y de los que sirven para la pública, la convierte en una especie de hermafrodita repugnante. No quiero decir que una señora no debe adquirir algunas nociones de política, ni que debe renunciar del todo al conocimiento de los hombres y de los hechos; no, señor, pues creo que debe aprender á penetrarlas y juzgarlas; lo que me choca, lo que me irrita, lo que condeno con toda la energía de mi alma, es que ande siempre metida en política, siempre hablando de ella, siempre cuchicheando sobre asuntos públicos, forjando planes eleccionarios y listas de candidatos, discurriendo sobre doctrinas que no entiende ó entiende al revés; en una palabra, almorzando política, comiendo política, cenando política, soñando en política y encajándola, convenga ó no convenga, á cuantos tratan con ella.

¡Al diablo con tal señora!... si ya no es marimacho.....

—Pero Arturo, ¿qué tiene que ver tu noviazgo con la disertación que acabas de espetarme?

—¿Qué? ¡Pues qué ha de ser! Fernandina ha dado en esa horrible flaqueza, por no calificarla de otro modo. Yo había notado desde mucho antes que tenía cierta afición á tratar de política; mas

era con moderación y me prometía reformarla fácilmente. De tres días acá ya es otra cosa: la que juzgué breve manía se ha convertido en funesta enfermedad, y no me creo capaz de tolerarla en paciencia, cuanto más de aplicarla remedio eficaz. Los últimos sucesos de la invasión alfarista han puesto colmo al mal. La oyeras charlar hasta por los codos sobre liberalismo, sobre conservatismo, sobre derechos individuales y otras cosas de la laya, y con un entusiasmo, y con una porfía y con unas necedades!.. Anoche fuí su víctima principal. ¡Oh! que desengaño el mío, querido Pepe. La bella Fernandina llegó á parecerme fea y detestable. ¿Y he de casarme con ella? ¡Yo con una politicastra por esposa! No faltaba más para que pateta cargara conmigo.

Y diciendo estas postreras palabras con marcado despecho y sin estrecharme la mano como solía, ni decir agur, Arturo se salió precipitadamente de mi cuarto repitiendo:

—¡No me caso!

Dejo en libertad á mis lectores para que mediten sobre las cosas que han venido á impedir, y probablemente para siempre, la realización del matrimonio de Arturo y Fernandina.

Abril 1885

¡NO HAY ARTÍCULO!

¡Vamos! pocas veces se me ha pedido un artículo para la prensa en ocasión más oportuna, y nunca he tenido mejor voluntad de forjarlo. Mi cabeza es un cofre lleno de aquellas joyas que llamamos ideas. ¡Y no ha de estar bien repleto de ellas, cuando la salud está buena, cuando he dormido como un inocente de diez años cuando la mañana está fresca, el cielo puro y espléndido el sol que acaba de nacer!

Tomo mi taza de café aromático y caliente, siéntome delante de mi escritorio, mojo la pluma y voy á vaciar el cofre en el papel. Tengo seguridad de que voy á escribir una cosa muy buena...

Tas tas. Golpes á la puerta.

—¿Quién va?

La cocinera:

—Patrón, para las compras del almuerzo.

—¡Diantre! vienes á interrumpirme. Vete á pedir á la señora, y cierra la puerta.

No sé qué pasa en mí. Una nubecilla, aunque muy ligera, oscurece mi mente.

Tomo de nuevo la pluma, pienso un momento, escribo cuatro palabras...

Tas tas. Otros golpes.

—¿Quién?

El paje:

—Patrón, ¿preparo el caballo para que se vaya á la quinta?

—¡Cáscaras!... Hoy no hay paseo por la quinta. Déjame y quítate de aquí.

Vuelve la nube á la cabeza, pero ya algo más cargada de sombra. Se me han perdido algunas de aquellas joyas. Mojo de nuevo la pluma; pienso algunos minutos, escribo otras cuatro palabras...

Nuevos golpes á la puerta.

—(¡Válgame Dios!) ¿Quién?

—Yo soy, señor.

—¿Quién es ese yo?

—Su sastre que viene á ponerle en prueba la levita.

Refunfuño, me rasco la cabeza, me pongo en pie. El sastre me quita la bata y me enfunda en su obra á medio coser. Mira por el pecho, mira por la espalda, tira la solapa, me hace alzar los brazos, echa por todas partes señales con un pe-

dacillo de tiza; y me quita el trasto, y me pongo de nuevo la bata, y el *cholo* se larga, y me siento, y... hundo la pluma en el tintero una, dos y tres veces; me estoy pensando un cuarto de hora. ¿Qué se ha hecho el tesoro de mi cabeza? Alcanzo á divisar las joyas convertidas en mariposítas volando allá lejanas, y con gran trabajo las cazo, las junto, las pongo en el orden posible. Escribo medio renglón...

Suena la puerta que se abre lentamente.

Es la criada.

—Manda decir la señora que si ha de comer en el almuerzo el potaje del otro día.

Mi bilis hace burbujas.

Pero la señora es nada menos que mi mujer, y es necesario contestar con calma para evitar un *casus belli.*

—Que sí comeré ese potaje. (Guisado con zumo de rabia, añadí para mi camisa).

Limpié la pluma, la mojé de nuevo, me incliné sobre el papel. Pero imaginen ustedes si me quedaría una sola mariposita. Sin embargo, las busqué en media hora de pensar y más pensar, reuní unas pocas ariscas y deslustradas, y tracé otro renglón; lo borré, escribí otro, no quedé satisfecho; iba á echarle un garabato encima, cuando se abrió la puerta violentamente y en seguida sonó una voz como un trueno.

—Pepe, buenos días.

—¡Oh, Pancho! ¿cómo estás?

Ya se puede imaginar el esfuerzo que haría yo para disimular el desagrado que tenía de verme interrumpido por quinta vez, y saludar afable al amigo que venía á verme.

—No extrañes, Pepe, que venga yo tan á deshora. La necesidad le obliga á uno á hacer cosas...

—¿Puedo servirte en algo? A todas horas me tienes á tus órdenes.

—Gracias. En efecto, deseo que me hagas un servicio.

—Habla y pide, mi Pancho.

Mi buen amigo no quiso explicarse en cuatro palabras, como pudo hacerlo, y empezó como quien dice por los huevos de Leda una relación más larga que un alegato *para definitiva*, llena de casos tristes y de mentiras mal urdidas, al cabo de la cual asomó el motivo de la intempestiva visita:

—Pepe, ya ves que tengo urgencia de unos diez pesos, y espero que me los prestes.

—Con mucho gusto.

Tiré una navetita, saqué los diez pesos, los puse en sus manos, y... cayó el telón; esto es, ya Pancho no se detuvo; dióme las gracias, me ajustó la mano y se fué.

Aburrido en grado extremo púseme á dar vueltas por el cuarto, sin animarme á volver al escritorio. ¿Qué iba á hacer en él? ¿Para qué me servía la pluma, cuando mi cabeza estaba desierta

como un Sechura y más obscura que el limbo?

Por sexta vez se abrió la puerta del aposento. Poco importaba, pues ya no tenía que perder. Mas abrióse con suavidad, como al impulso de débil mano; en seguida asomó..... ¡Ah! ¡qué dicha! ya no era la criada, ni el paje, ni el amigo importuno: era la cabecita, después el cuerpecito de un ángel: aquélla iluminada por una sonrisa dulcísima y unos ojos encantadores; éste envuelto en un vestido blanco y aéreo como una nube matutina. Era mi hijito. Tendíle los brazos y se vino á ellos corriendo y con los suyos abiertos. Le alcé, le estreché en mi pecho, le besé. Me parecía que todas las bellas ideas que había tenido yo una hora antes habían huído de mí para encarnarse en ese amor de mi alma, y tornar en forma angelical, y visible y tangible á quitarme todo el mal humor que me causara la frustración de mi artículo. Eso sí, no volví á pensar en escribir; buen necio habría sido en apartar de mí mi tesoro y mi delicia, para arrimarme al escritorio, tomar la pluma y zurcir un cuento ó una descripción para que otros se diviertan!

UNA CORRIDA DE VENADOS

Ea, jóvenes! ya que han venido ustedes á esta hacienda, es preciso que corramos venados. El páramo está cerca, los días bellos, el humor de todos excelente.

—¡Oh, don Columbano! contestaron los jóvenes á una voz, tiene usted felicísimos pensamientos.

—Felicísimos, añadieron las señoritas: esto de correr venados vale un tesoro: nosotras iremos también.

—¡Bah! si promuevo esta diversión, es principalmente por ustedes.

—Dicen que es diversión lindísima.

—Dicen que es superior á la corrida de toros.

—Y mejor que el teatro.

—Y mejor que los inocentes.

—Y mejor que un baile.

—¿Y quién lo duda, niñas mías? Con decir á ustedes que á mí me gusta más que atollarme en la política, y que trabajar en elecciones, y que asistir á la barra del Congreso, está dicho todo por mi parte. Correr venados es divertirse á lo dioses: en los Campos Elíseos había este recreo jueves y domingo, y los númenes más encopetados concurrían á él confundidos con las sombras felices.

Don Columbano, que así se expresaba, no ha tenido nunca más pasiones, amén de la de fumar *papelillos* y echar *guayabas* de á libra con bastante frecuencia, que la de correr venados, hablar de política, cazar votos en tiempo de elecciones y pasarse largas horas boquiabierto en la barra del Congreso. Cual sea su preferencia por la diversión de la corrida de venados, ya lo hemos oído de su propia boca; pero la habríamos comprendido sin más que verle hoy dejar por el frío páramo las amenísimas é instructivas sesiones de la Escuela de los Hermanos Cristianos;—quiero decir de las Cámaras actualmente reunidas en aquella escuela.

—Y usted, don Lucas, me dijo una niña, ¿no ha de acompañarnos?

Confieso que, á pesar de mis arrugas y canas, me había dejado asediar por más de cuatro tentaciones de saber qué era aquello de divertirse persiguiendo de muerte á un inofensivo ru-

miante, cual si estuviese sindicado de *faccioso,* y contesté afirmativamente.

Además, la compañía de jóvenes simpáticos y cultos y de señoritas joviales y amables, no era para menospreciada. Quería ver también si se me pegaba algo del buen humor que á todos ellos se les derramaba del alma en forma de cantos, risas, chascarrillos sin grosería, cosa rara, por cierto, y chanzas sin insulsez, cosa no menos rara.

Excusado es decir que á la mañana siguiente estaba todo dispuesto para la cacería, gracias al entusiasmo y actividad de don Columbano, y que una numerosa cabalgata, alegre y bulliciosa, subía por las faldas de los Andes. Teníamos por guías agrestes mozos, forradas las piernas de piel de cabra, cubiertos del infalible poncho de jerga, sombrero con funda de tafilete, la enroscada beta pendiente de la cabezada, caballeros en yeguas de tan mala traza como admirable resistencia, y junto á sí el atraillado galgo que echaba fuera un palmo de lengua. La subida larga y asaz empinada y la abundante paja, cabellera de los páramos, obligaban á nuestros caballos á andar paso tras paso; mas pasadas dos horas llegamos al punto designado para la partida de caza, la cual fué ordenada por don Calumbano como puede serlo una batalla por el más perito y aguerrido general.

—Usted, don Lucas, no se ha de estar ocioso, díjome el jefe susodicho; véngase acá. Y lleván-

dome junto á un picacho y entregándome un perro añadió: el venado debe de asomar delante de usted á lo más á cincuenta pasos de distancia; cuando esté en línea recta de usted, échele el galgo; antes ni después en ningún caso: si le echa antes, expone usted al perro; si después, el venado nos burla y no hay diablo que le alcance.

Para mí, recluta en estas campañas, la lección no era tan fácil. Con todo, era preciso obedecer; me desmonté, tomé el cabo de la *laja* y me puse á esperar.

Dos minutos se habían pasado y ya no me acordaba de venados ni de perros; si el que tenía junto á mí no hubiese sido tan dócil y honrado, se habría ido á cazar por su cuenta y riesgo sin que yo lo advirtiese. ¡Bueno estaba mi ánimo para pensar en esas cosas, cuando tenía delante y por todas partes una naturaleza capaz de suspenderme extasiado por ocho días! A mis pies bajaba un rápido declive cubierto de hierba y paja é interrumpido á trechos por negros peñascos despedazados cual si hubiesen sufrido el martillazo de un titán; al frente se empinaba otra altísima ladera igualmente vestida de amarilla paja; entre los dos gigantes collados se extendía como banda de terciopelo verde un angosto y luengo valle dividido por un arroyo de ondas limpísimas, cuyo murmurio no alcanzaba á llegar á la altura en que me hallaba; confundíase el valle hacia abajo con las

faldas de una loma que lo cortaba dejando á la derecha estrecho paso á las aguas; hacia arriba limitábale inmenso muro de sombrías y desiguales rocas, de cuyo centro se derrumbaban las linfas de plata que daban vida al arroyo, y en cuya cima brillaban, como magnífica corona mural, los negros picachos de un extinto volcán salpicados de nieve. Si volvía la vista al oriente, encantábame el horizonte formado por la cadena andina, en la cual al través del vaporoso tul de la mañana, se levantaba el Cotopaxi con su redondo manto de nieve y rizado penacho de humo; tras él, como siervos humildes detrás del monarca, aparecían el Quilindaña, el Antisana, el Pasuchoa y el Rumiñahui; mirábale desde la otra cordillera, cual príncipe sentado en trono independiente, el bello Illinisa, dejando asomar á su izquierda un trozo de la cabeza del Corazón. El cielo, azul y transparente, cruzado de norte á sur por crespas y blanquísimas fajas de nubes, y un sol que derramaba sin obstáculo torrentes de vivo esplendor sobre la tierra, completaban el cuadro que la maestra naturaleza había desarrollado delante de mí y me tenía absorto y enajenado.

Un grito prolongado que sonó á mi derecha me hizo volver en mí y acordarme que me hallaba en una cresta de los Andes y en corrida de venados. Ladró en seguida un perro, y el que yo tenía *enlajado,* olvidándose de su lealtad y honradez,

como yo de las lecciones de don Columbano, tiró con tal violencia que por un tris no me echa á rodar collado abajo, volando, que no corriendo, el muy bribón tras un puntillo pardo que volaba también allá á lo lejos, y diz que era el venado.

Comprendí que me había hecho reo de gran falta; y aunque mi conciencia no me lo hubiese dicho, notificado habría sido al punto por un indio *repuntador*, que vibrándome un riendazo al tiempo que pasaba junto á mí, con la velocidad del rayo, me dijo en tono iracundo: *¡Uiracocha jijoeperra! por tu causa se juyó la taruga.*

El riendazo me sacudió apenas el poncho: pero las palabras del rústico me atravesaron los oídos como un chuzo candente. Sin embargo, juzgué que uno y otras formaban parte de la diversión, me resigné y no dije chus ni mus.

El encanto de la poesía, eso sí, se me escapó con más velocidad que el venado y el perro. Los cuadros de la naturaleza eran los mismos; pero mi ánimo había cambiado por completo: sentíale puntiagudo de forma, parduzco de color y de sabor como verbena: ¡Mire usted lector, si entonces pudiera haberme parecido bello ni un paisaje del Nilo ó del Ganges!

Cuatro horas mortales transcurrieron; mi aburrimiento pasaba de punto de caramelo. Por ver de disiparle algún tanto fuíme á los jóvenes y señoritas, que formaban pintoresco grupo en un

pradito sembrado de flores de achicoria; hallé también entre ellos el buen humor bajo cero y los bostezos tan en boga, que nada bueno saqué de la visita para neutralizar los míos.

En esto vimos la colina del frente cubrirse de súbito de obscura sombra, cual si le hubiesen echado un velo que cayéndole desde la cima no alcanzaba á las tendidas faldas. Una nube de aspecto amenazante se movía lenta y majestuosa en el cielo, que ya no era el sereno y azul de por la mañana. La nube sombreaba, pues, la colina.

Habíalo advertido también don Columbano, y no tardó en estar con nosotros, algo triste y mohino.

—Ya que no hemos tenido venados, le dijo el menos atento de los jóvenes, siquiera miéntanos un poco: ¿los ha visto...?

—¿Y para qué mentir, caballeros? Sabrá usted que hemos levantado catorce, entre machos, gamas y *matacanes;* y si no hemos cazado uno siquiera, yo me sé de quién es la culpa.

Al decir esto me echó D. Columbano una sesga mirada, que me lastimó más que las palabras del *repuntador*.

—Esto se llama tirar al ojo derecho de Filipo, dije á media voz; pero nadie me oyó porque mi interlocutor gritó en seguida:

—Niñas, caballeros, á caballo, que la tempestad nos viene encima.

Y esta sí no era *guayaba:* el cielo iba poniéndose más y más obscuro, y comenzaron á brillar sierpes de fuego en el horizonte y á menudear los truenos más de lo que era menester para asustar á todos y hacer chillar á damiselas y chiquillos.

Estábamos ya á caballo y comenzamos el descenso; mas comenzó asimismo el aguacero que, sacudido por helado y penetrante cierzo, nos daba en la cara. Mi cabalgadura de bajada no era para infundir confianza: daba traspiés y tropezones que era una maravilla. Como mi estrella, desde aquello del *repuntador* y de la fuga consiguiente de mis poéticas contemplaciones, se me había convertido en mortal enemiga, quiso que me encargasen el llevar por delante un bendito mocosuelo de tres años, que se me escurría por un lado ú otro del galápago como si fuese bola de jabón, que gritaba como un chivato á cada trueno ó á cada manqueada del caballo y cuya camisa se había remangado hacia los sobacos, á causa de mi poca destreza en cargar chicos, dejándole el vientre y otras partes expuestos á las ráfagas del viento.

Algo me había atrasado de la cabalgata, cuando ví que de entre uno de los matorrales salía un toro, señor feudal de esas alturas, que se creyó ofendido por nuestra presencia, escarbó el suelo ya lodoso, sacudió la cabeza y cargó al grupo. Todos gritaron, todos se desbandaron; el cornudo dueño del páramo se detuvo, sin duda pensando que era

ignominia embestir con tiernas jovencitas. ¡Tardía reflexión del maldito! una de ellas, aventada por un corcobo del alazán malgenio, cayó sobre unas matas de paja en postura nada elegante; otra, atollado el tordo en un cenagal, gritaba, lloraba y pedía misericordia como alma en penas. ¿Y el infeliz y malaventurado del suscrito? Desvieme del camino por miedo del toro, dí con una ladera y zassss mi caballo, medio sentado, medio de pies, no se detuvo hasta rematar el resbalón en un plancito. Yo no llegué al término de tan extraña jornada: me había escurrido por las ancas y yacía tendido de espaldas en media bajada, con mi chiquillo caballero en la boca de mi estómago, y dándome música de llanto y destemplados gritos.

Al fin, pasado el susto y sin consecuencias lamentables, como era de temerse de resbalones y costaladas, pero calados de agua hasta el hueso, continuamos descendiendo y llegamos á la casa de la hacienda. Allí era el reir y burlar unos de otros al ver las tristes figuras en que nos pusieran la lluvia y el lodo, y al recordar los percances de la corrida. D. Columbano tuvo valor para preguntarme, á mí que no tenía ningunas ganas de burlar ni reir:

—¿Qué tal, amigo don Lucas?

—¡Oh! muy bien, amigo don Columbano, le contesté; nunca he tenido paseo más divertido.

LA CIVILIZACIÓN

¿Qué es la civilización?

He aquí una pregunta para cuya contestación muchos no hallarán dificultad ninguna, pues les bastará abrir el Diccionario de la lengua en la página donde está la partícula *civ*.

A fe que los tales van errados: el Diccionario se quedó corto en la definición, ó quiso adrede que el vocablo fuese un intríngulis, como muchas cosas de la lengua y muchísimas del corazón y del alma.

Cuando Pilatos oyó á Jesús hablar de la verdad, se quedó patitieso y le preguntó: ¿qué es la verdad? Pues, señor, yo también, cuando oigo hablar de la civilización me quedo como el romano, y dale que le das, mastico sobre lo que ella debe significar, por ver si doy con una explicación satisfactoria; pero como soy tan rudo, no salgo de la obscuridad.

¡Qué caramba! hay tantas opiniones y cada hijo de vecino toma la civilización de tan distinta manera, que no sabe uno á qué atenerse, y es capaz de volverse loco. En esto de la civilización, en aquello de la política, y en lo otro del amor todos nos metemos como unos benditos, sin apercibirnos antes con el hilo de Ariadna. Lo mejor sería huir de esos laberintos; pero ¿dónde está el juicio necesario para ello?

¿Qué es, pues, la civilización?

Ya sabe el lector que yo no puedo decirlo. Pero *doctores tiene la Iglesia...* y la civilización tiene también los suyos *que nos sabrán responder*. Lo que voy á decir no es fruto de mi caletre, sino de estos doctores más felices que un profano como yo, que forjan un parecer como se fríe un huevo, y toman las cosas de la vida como les conviene.

Para el Diccionario de la lengua civilizacion es: «el grado de cultura que adquieren pueblos ó personas, cuando de la rudeza natural pasan al primor, elegancia y dulzura de voces, usos y costumbres propias de gente culta.»

Con perdón de la Academia, esto me parece que es buscar la civilización en la cáscara; pues ¿y si debajo de ese primor, elegancia y dulzura hay una alma huera y un corazón nada limpio? Todos los días vemos gente que parece nacida en las orillas del Napo ó del Morona, y que, sin embar-

go, habla con cierta pulidez, viste con elegancia, no es zurda en las maneras, etc.

Si yo fuera hombre cuya opinión se respetase, propondría á la ilustre Corporación de Madrid esta reforma para la 13.ª edición del Diccionario: «Civilización. Arte de ocultar con apariencias brillantes y seductoras las deformidades morales de la sociedad ó del individuo». Esta definición, tomada del natural, sería quizás la única aceptable.

Hay quienes toman por civilización, añadidos á las prendas que mienta la Academia, los buenos conocimientos, la moralidad, la honradez, la generosidad, la caridad y otras virtudes que hacen apreciables á los hombres. Atento el *espíritu del siglo,* esa creencia ha venido á ser cuando menos sospechosa: la humanidad va abriendo los ojos, y ya ve bastante claro que las virtudes no son útiles y que, por consiguiente, no pueden constituir la *cultura moderna*. En esta virtud va cayendo en desuso todo cuanto tiende al perfeccionamiento de la naturaleza moral del hombre. Cuanto ésta decae, tanto se levanta la civilización.

Las personas que de este modo sienten y piensan tienen por dogma que un pueblo ó un individuo no pueden ser civilizados mientras no se sacuden de la fe y no renuncian toda práctica religiosa, y en tanto no dan libre curso á sus instintos naturales y á sus pasiones.

Como del tronco la rama y como de la flor el fruto, de esta persuasión nace la de que la civilización puede definirse con dos palabras: libertad absoluta. Esto es lógico y nadie podrá decir á esa gente: ¡tate! ¡os perdéis y perdéis al mundo! pues citará en su apoyo los prodigios del radicalismo, del socialismo, del nihilismo, etc. etc. El petróleo, la dinamita, el puñal, el despojo de los bienes ajenos y todos los atentados de la Revolución social que se pasea en triunfo por el mundo, si no son la civilización misma, son cuando menos sus poderosos agentes.

Infinitas personas conozco que, sin meterse en estas filosofías, juzgan que la civilización consiste en la vida regalona y sin cuidados: no pensar en trabajar, no curarse de lo porvenir, comer y vestir bien, oir música deliciosa, asistir al teatro, bailar primorosamente una polka ó una cuadrilla, jugar el tresillo, pasear en un soberbio caballo que haga saltar chispas de las piedras; he ahí para esas personas el *non plus* de la civilización. En consecuencia, la fonda de Charpentier, la cervecería alemana y cualquiera buena sastrería son manantiales de cultura; un clarinete es gran civilizador; las declamaciones de un cómico, ni se diga; las piruetas de una danza, el mullido lecho, los lances del juego, sacan de la barbarie á quienes gozan de ellos; una pesebrera llena de buenos caballos vale más que una biblioteca y que un templo, pues de

ella sale á trotar la civilización en forma de Incitatos y Bucéfalos, derramando luces y ruido por donde pasa.

No hay como ponderar bastante lo que vale la gente qne mira la civilización en el lujo y la moda. Contradiga usted en esto especialmente á una mujer *del día,* y la verá ponerse furiosa. Que el papá ó el esposo se arruinen gastando más de lo que tienen en sostener el boato de las hijas ó de la *cara mitad,* ¿qué importa? es preciso que sean lujosas, que sigan las prescripciones de la moda, que sean, en una palabra, civilizadas; aunque muy luego sea necesario hacer liga con el fiado y la trampa, y al fin haya de renunciarse la seda y el miriñaque para cubrirse de ruín trapo, y aunque á los manjares exquisitos tenga que reemplazar el humilde y plebeyo *chapo.*

Civilización es sinónimo de placer sensual, de moda, de lujo, de vanidad. Querer que en lugar de estas cosas tengan las personas algo bueno en la cabeza y el corazón para merecer el título de gente civilizada, es renunciar lo mismo que se quiere ser. La civilización considerada bajo este segundo aspecto, ha llegado á ser quisicosa para los dioses del mundo elegante. El alma, la inteligencia y el corazón, ya no son nada; la materia y los objetos que la halagan, lo son todo. Lo que no brilla en el cuerpo, lo que no satisface los sentidos, lo que no deslumbra y sacia la vanidad, no

es civilización. Civilización y moralidad, civilización y moderación, civilización y saber, civilización y piedad, son cosas antagónicas incapaces de llegar nunca al avenimiento y la armonía.

¿Ve usted ese joven? Su lenguaje y buenas maneras van á par con su conducta irreprochable y su sólida instrucción; viste con moderación y decencia; no es orgulloso, sino digno; oye misa, busca instrucción piadosa en pláticas y sermones; no murmura, no ofende á nadie, no galantea, no baila, no gusta del juego... Pues el tal es un zopenco á quien jamás acarició la mano de la civilización. *¡Vade retro,* gótico *revenant,* intolerable en estos tiempos!

¿Ve usted esotro jovencito que parece arrancado de un figurín de París? ¡Ese sí que vale! Su levita y su pantalón no tienen pero; el tubo de seda que lleva en la cabeza es un primor; sus botines de becerro nonato habrían hecho desterrar del Olimpo el coturno de oro; en sus labios sombreados por el negro y sedeño bigote humea un aromático habano, y su mano enguantada, virgen de todo trabajo, maneja una varita charolada con puño que representa el busto de una ninfa. Ese mozo divino lee tan bien, que no le entiende nadie, y escribe de manera que sólo su paje ha sido capaz de tomarle puntos en gramática y ortografía. En cuanto á ideas... no son necesarias, y su cabeza está vacía como el fondo del susodicho

tubo que la cubre. Su corazón sabe algo más por instinto, y porque no ha dejado de cursar en las aulas de la seducción; para ayudar á su corazón posee un regular caudal de frases pescadas en los salones del gran mundo. Su bella figura hace lo demás. Para completar el retrato debo decir que no cree en nada, que menosprecia á los frailes, y que si alguna vez penetra en un templo, es solamente por ver á las buenas mozas y cruzarse algunas guiñaditas y sonrisas con ellas. ¡Ah! se me olvidaba: monta muy bien á caballo y bebe champagne y cerveza que es una gloria. ¿Es este un joven civilizado? ¡Quién lo duda!

¿Ve usted á esa señorita? ¡Qué lástima! Bella es; pero ha tenido el capricho de *ponerse en quintas* con la civilización: no lleva copetes ni flocaduras en la frente, usa colores naturales en el rostro, viste con sencillez y aseo, no hace dengues al andar ni repulga la boca para hablar y sonreir; y ha cometido también la necedad de instruirse en varios ramos útiles á las mujeres; y ha dado en rezar y confesarse, en no presentarse en el balcón sino allá por muerte de un judío, en ayudar á la mamá en los quehaceres domésticos, y... ¡Vamos! decir que esta figura de retablo de la Edad Media es una joven civilizada, sería un despropósito de marca.

Aparte usted los ojos de ella y vea, que por ahí viene, un modelo de mujer labrado y adornado

por las manos mismas de la cultura; mírela usted bien, por Dios, y no se engañe, y no la tome por lo que no es—por un ser que no pertenece al género bimano, á esta clase de inestimable valor con que cerró Dios su obra estupenda de los seis días. Esa cúspide altísima es adorno de ajenos cabellos y de flores; sobre ella trae una armazón que han dado en llamar *sombrero,* aunque su forma, los ramos y demás chilindrinas de que se le ha hecho almacén, así como el lugar y la manera de colocarlo estén protestando á gritos contra tal mentira. ¿Ve usted esa cosa redonda y blanca en la base del promontorio? Esa es la *cara.* Para descubrir la verdadera y legítima, que ha sido preciso ocultar á fin de que la naturaleza no se avergonzase ante la moda, sería necesario descascararla. Debajo de ese rostro postizo ve usted un cuello, un pecho y unos brazos que ni debidos á la paleta de Salas. El cuerpo es toda una civilización, así por la figura que se le ha dado como por el traje de que se le ha cubierto. Pero dejemos su examen para hacerlo con espacio y ajustada conciencia, como lo merece, y bajemos de un tirón á los pies.

¡Qué zapatito tan mono y tan primoroso! La punta se tuerce para arriba, cual si temiese tocar el suelo; el tacón de figura de trompo se ha escondido, por pudor, bajo la mitad de la planta, y en el empeine lleva un lazo en forma de paloma, que aunque negro y hallarse tan cerca del polvo,

puede simbolizar la inocencia y candor del corazón de su dueño. Es de sospechar, eso sí, que los dedos no están muy gustosos en la estrechez de ese ataudcito de seda, en donde no gozan libertad ni garantías republicanas. Si pudiesen elegir calzado libremente, á fe que no se vieran metidos en un zapato. Pero dejémoslos como están, por mucho que les duela, y vamos á regiones más altas.

A *prima facie* parece que á esa niña la hubieran encajado en una funda de paraguas adornada de blondas, cordones y cintas; pero al fijarse uno bien en ella, se la encuentra como que se ha reventado por detrás y alzado las capas exteriores de esa máquina de trapos. Dicen que así se forman á veces las prominencias volcánicas. ¡Ea! venga un géologo á perfeccionar sus teorías plutonianas en el estudio de esta colina interesante. Hablando en serio, tentaciones tengo de reirme; pero ¡chit! sería risa herética contra la diosa Moda, ó más bien contra una de las *civilizaciones* más en boga—la civilización *puf*.

Este punto es de tal importancia, que merece párrafo aparte. Aunque les pese á los inventores de modas, es preciso decir al público que el promontorio de *ultravientre* que hoy encanta á las mujeres, no es nuevo: algo tiene que hacer con el la indumentaria. Hay quien diga que el primer traje que usó nuestra madre Eva fué un *puf* de

hojas de higuera. Que lo averigüen los sabios anticuarios, que van descubriendo objetos de arte desde antes de la creación. Yo quiero recordar tan sólo que el *puf* ha venido hasta nosotros de perfección en perfección, con simple cambio de nombres, y en paralelismo con nuestros adelantos políticos, que es decirlo todo en su elogio. Nuestra constitución y nuestras leyes son el *puf* de la República. Mediten un poco liberales y conservadores, y díganme luego si no estoy en lo justo.

El *polisón* ó *puf* moderno, en tiempo de nuestras abuelas se llamaba *miriñaque*, nombre respetable que la Academia colocó en su Diccionario; nuestras madres hallaron el trasto algo filosófico y lo llamaron *categoría*, con lo cual habrían puesto al famoso Kant á rumiar un año para ver de descubrir qué relación hay entre las formas del pensamiento y aquella media naranja mujeril; después se llamó *dondorée*, corrupción quizás del sustantivo francés *donjon*, asaz significativo; también le apellidaban *diablico*, y dicen que esto tuvo origen en la visión de una santa beata, á quien se le apareció el *Enemigo*, para tentarla, haciendo ejercicios gimnásticos en las mentadas alturas de una dama, mientras oía misa arrimada en su reclinatorio; por último nuestras esposas é hijas le han bautizado con los nombres de *polisson* francés puro, y *puf* castellano purísimo. Ambos son admirables y demuestran el alcance de quienes sa-

ben que el *puf* es una cosa muy *pilla* (en sentido cariñoso) y que esa cosa *pilla,* como va atrás, es un *puf* redondo.

El *miriñaque,* digno de la época de transición entre la *patria boba* y la república, esto es, entre la inocencia patriarcal y las luces algo rojizas de las *ideas modernas,* era un simple zagalejo interior bien almidonado y tieso, que al andar la elegante dama que lo llevaba hacía un ruido extraño, como debió parecer entonces el que hacía el movimiento político y social que comenzaba. Hoy no se le podría comparar con el que gozamos todos los días en la vida pública, pues ha ganado en medio siglo un noventa por ciento. Sí, señor, tenemos ruido mucho más atronador que ahora cincuenta años, y esto es mucho tener para quienes somos en el mundo. La *categoría* que privó luego era más sólida; y aquí sí se perdió el paralelismo, pues no hemos conseguido que se solidifiquen y tengan alguna consistencia nuestra constitución y leyes, ni que sean algo firmes nuestros gobiernos. La tal *categoría* era una como preñez del *sacro* y del *coxis* que encerraba feto de trapos viejos, y más frecuentemente ¡quién lo creyera! de afrecho. Ya ve usted, don Fulano lector, esto era bastante prosaico en el fondo, aunque poético en la forma; y, además, solía ser ocasionado á fracasos que ponían de mala data á las damiselas. Oiga usted un hecho histórico y recogido de fuen-

te auténtica. Era un baile de gran etiqueta; una señorita *encategorizada* ejecutaba con toda devoción una contradanza; pero al hacer una pirueta hubo fuerte colisión, cual entre dos vapores de alto bordo, entre su *categoría* y otra no menos sólida, y cata aquí que en la mitad del salón, á la luz de cien bujías y entre los armoniosos oleajes de notas musicales, sin dolores ni estremecimientos espasmódicos conforme á la ley penal sancionada en el paraíso contra las madres, la niña Zutanita dió á luz... ¡ay, dió á luz!.. ¡afrecho como un cedazo! Pero no hubo más novedad: un paje limpió de la alfombra la civilización desperdiciada en mala hora, y siguió la danza, aunque, se entiende, con la baja de la enferma.

El *dondorée* no era sino la segunda edición del *miriñaque* corregido y perfeccionado conforme á los adelantos de la ciencia; era, si encaja bien la comparación, como la *Carta fundamental* ecuatoriana del año 30 salida del taller constituyente del 83. Entesada con el almidón de los patriotas de 1812, ó ductilizada con el caucho liberal moderno, nuestra constitución es siempre el *dondorée* de la patria, siempre cosa que se lleva atrás; con la diferencia respecto de esa prenda en la mujer, de que ésta se la pone con su gusto, y á la patria se la ponen...

El *puf* es el último esfuerzo de la moda, el ideal de la elegancia traído á forma visible y tangible,

el *desideratum* de un celestial capricho alcanzado por la mujer de mundo, la expresión de la cultura femenina más cabal y verdadera; todo, por supuesto, según la estética de ciertas damas, que tienen empeño en renunciar la forma humana para aproximarla aunque sea á la del dromedario. El *puf* es una armazón ligera, aérea, comoda. Aunque vacío como el cráneo de una marisabidilla ó el corazón de una coqueta, abulta, lo ve todo el mundo, y esto basta. El *puf* no pertenece al género *realista:* es espiritual y sentimental, es un poema romántico; es la mismísima civilización que ha venido á favorecer á las mujeres; la que no lleva *puf* no la lleva consigo: es una bárbara digna de nuestras selvas orientales. El *puf* suple por las luces y las virtudes; en el *puf* están las buenas maneras y la delicadeza del lenguaje; el *puf* es el mejor dote que una joven puede llevar al matrimonio; el *puf* es la fidelidad conyugal y el orden de la casa; con el *puf* se educa á los hijos. ¡Qué no se puede hacer con el *puf!* Se puede hasta subir al cielo, á lo menos hasta donde se elevan los aeronautas. ¿Y hay cosa más interesante que una mujer con doble *puf*, esto es cuando lo lleva á vanguardia y retaguardia?... En fin, la pluma de un Tostado no alcanzaría á escribir los elogios del *puf.* ¡Oh bienaventuradas mujeres las que en el *puf* cargáis la síntesis de la civilización y dicha del mundo! Hasta el nombre mismo es

significativo: *¡puf!* Soberbia antífrasis en este siglo *antifrástico* por excelencia, con la cual, enseñando la sublime giba *transpontiniana*, puede una decir á los que tienen la civilización moderna por ventolera y cosa de poco meollo: ¡Bolonios! ved lo que llevo y tapaos las narices, que si la miel no se hizo para la boca del asno, menos el *puf* para el olfato de gente retrógrada.

Y verdaderamente, donde el lujo, la moda y lo insustancial de la vida han hecho innecesario el cultivo de la inteligencia y del corazón conforme á las enseñanzas de la razón y la moral cristiana; donde sólo ellos reinan y brillan cual matas exuberantes en hojas y flores abigarradas que cubren la boca de sima obscura y vacía, allí está la civilización y la moda. Que lo digan si no el estado de nuestras costumbres semipaganas, los ridículos pisaverdes, las mujeres del *puf* y del copete fenomenal, y los papás y maridos arruinados.

Cuando he dicho: *allí está la civilización,* á jueces tan competentes me he remitido; pues en cuanto á mí... Repito que estoy como Pilatos ante la verdad: no sé lo que es la civilización; soy un bolonio indigno de ella, y me tapo ojos y narices para no ver ni oler el *puf* que me enseñan las ninfas del gran mundo.

Febrero 1888

LA REINA DEL MUNDO

¿Quién es la Reina del mundo?

Veo desplegarse multitud de labios para contestar á esta pregunta de una manera segura, magistral y decisiva: «La Reina del Mundo es la Opinión.»

¡Qué inocentes! Ya sabía yo que habían de contestar de ese modo con una cosa que, en verdad, no es tampoco sino... una opinón, á la cual me opongo redondamente.

Comunísimo es esto de opinar que la soberana del mundo es la Opinión.

Falso, falsísimo. Esta pobre señora tan caprichosa, tan propensa á alucinarse, tan variable, representa apenas una autoridad secundaria: es una princesilla así así, como si dijéramos de la ralea de los soberanos-muñecos con los cuales se divierten los Emperadores de Alemania y Rusia y

la Reina de la Gran Bretaña, ó más propiamente los ministros de estos monarcas.

Pues, ¡voto á Judas! si no es la Opinión, ¿quién es la *Reina del mundo?*

—La Mentira.

—¡Aaaah!

—Sí, señores: la Mentira. Esta sí es la Alejandra, la Cesarea, la Napoleona; y aún más poderosa que el hijo de Filipo, que el dominador de las Galias, que el dueño de Europa.

¡La Mentira! qué poder, qué universalidad de dominio el de esta señora. No hay quien la resista ni quien no le rinda parias.

Desde el día en que, hija primogénita de Satanás, nació al pie del consabido manzano del Paraíso, ha reinado sin interrupción entre los hombres hasta los tiempos presentes; y seguirá en su trono hasta la consumación de los siglos.

Cuando Dios, irritado por la desobediencia de Adán y Eva, les dijo: Veos de aquí; idos á sudar para comer; idos á padecer y llorar, á enfermaros y morir,» el diablo dijo también á la Mentira, frotándose las manos de contento: «Síguelos al punto, no los dejes y establece tu reino entre sus descendientes.»

Y los hombres no sólo le han erigido tronos, sino altares; no sólo la han venerado y obedecido como á soberana, sino que la han adorado como á divinidad y se han sacrificado por ella.

La Mentira tiene también sus fieles, culto privado y público, mártires y confesores.

Durante los largos siglos del paganismo grecoromano, la Mentira se puso las botas; desde el nacimiento del cristianismo hasta mil quinientos años después, primero perseguidora, luego perseguida y espantada de la Cruz, ora descoronada, ora con el cetro roto, no dejó sin embargo de ser reina de numerosos vasallos. Lutero, Calvino y los demás reformadores le restituyeron la corona y el cetro de oro. Voltaire y los demás sacerdotes y turibularios del filosofismo trabajaron hasta hacer su imperio potencia de primer orden á costa del equilibrio del mundo. Hoy en día no falta sino una línea para que su trono alcance la altura que tuvo ahora dos mil años.

¿Dónde no está su Majestad la Mentira? ¿dónde no se mete? ¿qué no hace? ¿qué formas y colores no toma? ¿qué lenguaje no habla? ¿á quién no seduce y avasalla?

Está en el gabinete del hombre de estado y en el escritorio del literato; dirige las notas de la lira del poeta; hace creer á muchos infelices lucubradores que la ciencia es omnipotente; hace tragar al pueblo que es soberano de sí mismo; ha imbuído en miles de almas la idea de que el siglo XIX ha alcanzado el *desideratum* de la civilización.

Grítase que estamos en la edad de oro de la libertad. Ahí la Mentira.

Júrase que tenemos garantías constitucionales. Ahí la Mentira.

Asegúrase que la administración de justicia está presidida en todas partes por Themis en persona. Ahí la Mentira.

¿Veis esos hombres metidos en la política hasta el gollete y sudando la gota gorda por hacer la felicidad del pueblo? La *Reina del mundo* les ha enseñado á llamarse á sí mismos *patriotas*.

¿Veis esos periódicos repletos de frases bonitas y altisonantes, y que os están diciendo que no tienen otro interés que el de la Nación? Son los periódicos oficiales de su majestad la *Reina del mundo*.

¿Hay elecciones populares? La gran soberana propalará que lo son en verdad, y que los votos son espontáneos, hijos de la convicción y del entusiasmo de los ciudadanos.

Que alguna vez la Mentira se haya dejado capotear por la verdad, no quita que su influjo sea la regla y su acción poderosa. Ha sufrido bofetadas estupendas que la han echado á rodar; pero se ha puesto en pie sana y buena, ha sacudido el manto empolvado, ha recogido el cetro y ha continuado gobernando quizás á los mismos que la aporrearon.

Ejemplos: Querer componer el mundo y hacerle andar derecho, es la mayor de las locuras humanas. Bofetada á la derecha.

Pretender que las mujeres dejen de ser esclavas de las modas y del lujo, es otra locura mayúscula. Bofetada á la izquierda.

Es preciso dudar de la buena fe de la diplomacia como del amor de las coquetas. Coscorrón en el occipucio.

Es preciso... Pero basta de ejemplos, que no queremos recordar los triunfos de la Verdad sobre la Mentira, sino el imperio de ésta en la sociedad.

Sigamos.

—¡Oh, mi querido amigo! ¡cuánto gusto tengo de verle!

—Yo mucho más de ver á usted, carísimo.

—¿Y la familia?

—Bien, gracias. ¿Y la de usted?

—Perfectamente, gracias. Es usted tan bondadoso que se interesa por todo lo mío.

—Es natural: así lo amo y aprecio á usted.

—¡Oh! gracias, gracias. Pero, querido, es justo que corresponda usted al cordialísimo afecto que le profeso.

Y entre ese par de prójimos que así se saludan dándose apretones de manos, al encontrarse en la calle, ni hay amistad, ni hay amor, ni hay cordialidad, ni hay alegría de verse, ni hay tal pan pintado, sino, quizás, todo lo contrario; y quizás, por ende, cada uno de los dos *amigos* se ha tragado, al saludarse, una gota de acíbar.

«Mi estimado amigo de todo mi aprecio:» «Soy de usted afectísimo amigo y seguro servidor que besa su mano.» He ahí las frases de rito con que empiezan y acaban miles y miles de cartas; y ni los que las escriben, ni los que las reciben creen en esos aprecios, afectos y besamanos. Tienen razón que les sobra. ¡Cuántos quisieran ver quemada la mano que diz que besan!

¿Y esas señoritas y señoras que han puesto á la Verdad máscara de albayalde y de carmín?

¿Y esas pelucas que esconden la verdad de las cabezas de bola de billar?

¿Y esos novios que dicen lo son por amor verdadero y purísimo á las personas á quienes llevan al altar, y no por amor ciego á las talegas tentadoras?

Y esos ciudadanos honradísimos que juran son adictos al Gobierno, porque ha puesto en planta sus ideas liberales, y no porque así lo exige la tripa vacía que está clamando por el pan del empleo?

¿Y esos otros catolicazos que se golpean el pecho suspirando y se hacen cruces en la boca cuando bostezan, y que, sin embargo, cuando se atraviesa el miserable respeto humano, son capaces de dar cuatro gaznatadas á San Pedro y de pisotear á un Santo Cristo?

Dígase que todos esos bípedos, orgullosos de pertenecer al género humano, no son humildes pecheros de la *Reina del Mundo*.

Y reina hasta del cielo...

Alto ahí, lector, que te escandalizas de lo que acabo de escribir. Sí, señor: me ratifico en lo dicho. No sino, escúchame; ó más bien escucha al P. Aguirre:

«Mienten con grande desvelo,
Miente el niño, miente el hombre,
Y para que más te asombre,
Aun sabe mentir el cielo;
Pues vestido de azul velo
Nos promete mil bonanzas,
Y muy luego sin tardanzas
Junta unas nubes rateras,
Y nos moja muy de veras
El buen cielo con sus chanzas.»

¿Qué tal? Pero lo que abunda no daña, y allá va una autoridad de más peso que el jesuita guayaquileño: Lupercio de Argensola.

«Yo os quiero confesar, don Juan, primero,
Que aquel blanco y carmín de doña Elvira
No tiene de ella más, si bien se mira,
Que el haberle costado su dinero.»

(¡Puntillazo tremendo á la *Reina del Mundo!*)

«Pero también que me confieses quiero,
Que es tanta la beldad de su mentira,
Que en vano á competir con ella aspira
Belleza igual de rostro verdadero.»

(*In illo tempore* debió tener más fuerza este reto; hoy en día no tanto, pues los rostros de nuestras Elviras por milagro podrán tener rostros competidores... ¡No es poco lo que hemos progresado!)

«Mas, ¿qué mucho que yo perdido ande
Por un engaño tal, pues que sabemos
Que nos engaña así naturaleza?
Porque ese cielo azul que todos vemos
Ni es cielo ni es azul...»

¿Qué tal amiguito? Probado que hasta el cielo rinde parias á la susodicha Reina, y pluscuamprobado que la señora Opinión no es tal *Reina del Mundo*, ni siquiera de la República del Ecuador, donde suele opinarse tan poco y tan en falso.

Para concluir.

Quien estas líneas trazando
Ha ido entre burlas y veras,
Miente como todos, cuando
Se llama *Pepe Tijeras*.

LOS DISFRACES

(*A Pascual Dardo.*)

Mis conceptos acerca de la *Reina del mundo*, querido Pascual, te pusieron la pluma en la mano, y sacaste á barrera á los *Hijos de la Reina;* pero te fijaste de preferencia en los *chullalevas,* á quienes la *madre* no ha provisto de abundancia de vestidos, según denota ese nombre semiquichua y semiespañol, ni de medios de satisfacer decentemente las necesidades del estómago, y te olvidaste de muchos de aquella real prole que deben á la Mentira gran provisión de lujosos trajes, opípara mesa y brillante posición social. Métete un poco por los laberintos del mundo, en especial por las callejuelas de la política, y ya verás si no hallas á centenares esos dichosos prínci-

pes colocados por la augusta mamá en el centro de las riquezas y los placeres, y acariciados por los honores, si no por la honra. Yo pudiera acompañarte en la incursión para ir en amigable plática diciéndonos las impresiones que nos causen; y aun llevaríamos la maquinita inventada por Niepce para sacar sus retratos y regalarlos á los lectores del *Semanario Popular;* pero ¡qué caramba! estamos en vísperas de inocentes, y el *ce monde ci n' est qu' une mascarade* de un escritor francés se ha puesto á voltejear en mi cabeza, y no me deja. Y como también las máscaras y los pintorreos son palaciegos y favoritos de la *Reina del mundo*, en ellos quiero ocuparme un momento. Si no ¿cómo me sacudo de la tentación que se me ha pegado? Conque, déjame en paz satisfacer con estos mis deseos, y tú entiéndete con los otros, y sacude el polvo de sus levitas *únicas*, aplasta miriñaques y desbarata copetes.

Lee que lee, hila que hila por ver si doy con quien inventó el disfraz y en qué tiempo, pregunto á Diodoro Sículo y me dice que lo usaban los Egipcios; interrogo á los Griegos, y me señalan á Esquilo cubriendo de máscaras á los actores; me vuelvo á los Romanos, y me enseñan á los devotos de Saturno y Baco transformados en bestias y andando en cuatro pies. Los Romanos imitaron á los Griegos, éstos á los Egipcios, ¿y éstos? No lo sé.

Rebeca disfrazó la mano de Jacob para engañar á Isaac; Thamar se disfrazó para engañar á Judá. Dale que le das en la historia, me cuelo en el Paraíso. Aquí está la cosa: mírenmele á Satanás disfrazado de serpiente para engañar á Eva! El disfraz es la mentira material, la mentira visible y tangible; toda mentira es mala, todo lo malo tiene origen en *lo malo* por esencia; luego sin tanto rodeo ni trabajo pude haber dado con el inventor del disfraz.

Ahora vamos bajando á los tiempos modernos. Subir es naturalmente más difícil que bajar, y si no obstante, ascendiendo por los escalones de los siglos nos fuimos hasta el Edén, al retroceder nos vinimos por ellos abajo en menos de un Jesús. En cada escalón hallamos el disfraz por todas partes; en la Edad Media desde la celada del caballero hasta el antifaz del flagelante, en nuestros tiempos desde el dominó del carnaval y los inocentes hasta el *cucurucho* de nuestras procesiones. Máscaras en Europa, máscaras en Asia, máscaras en Africa, máscaras en América; disfraces para el cuerpo, disfraces para el alma, disfraces para los vicios y defectos, disfraces hasta para los delitos y crímenes... ¡Vamos! la invención del primitivo conquistador del mundo, que comenzó sus hazañas al pie de un manzano, ha llegado á ser fecundísima, universal y perpetua; no terminará sino con el desbarajuste supremo de la sociedad hu-

mana: sólo al toque de la consabida trompeta caerán para siempre todas las máscaras.

Parece que la raza sajona, y en general las del norte, son menos aficionadas á la careta que la raza latina. No sé por qué—no puedo explicármelo—creo yo más natural que un Crispi ó un Sagasta puedan vestirse de polichinelas, y no un Bismarck ó un Salisbury. Se entiende, hablo del disfraz de trapo y cartón, que en cuanto á los demás que sirven para ocultar las partes inmateriales del hombre, no hay quien no los use: italianos y españoles, ingleses y alemanes, franceses y rusos, griegos y judíos, yankees y colombianos.... ¡Oh! *¡ce monde ci n' est qu' une mascarade!*

Ya viene, ya llega la temporada de inocentes; ya vemos miles de máscaras en tiendas y almacenes; ya zumban en nuestros oídos las risas, los gritos, las necedades de las *patrullas* y del pueblo que las sigue; ya invade nuestras narices el ambiente aguardentoso de esos días dichosos... para el diablo; ya regocijan el corazón de este príncipe de las máscaras los frutos de la fiesta: la total derrota de la pudicicia en lucha con la desvergüenza, la muerte de la inocencia, el empuercamiento de la honra, la ruptura de matrimonios, los enlaces mal trabados que formarán luego infiernos domésticos, las riñas, las deudas, los chismes ridículos, los comentarios infames...

Con todo, seamos justos, en estos disfraces á

veces el príncipe que los promueve se ve chasqueado, pues ó esos frutos son escasos ó no los hay. He visto niños inocentes con caretas, he visto gente honrada que se ha detenido en los límites de la decencia; pero quíteme usted un cinco ó diez por ciento que forma la excepción, y todo lo demás es un océano de malicia y de torpeza, ó cuando menos de ridiculez que tizna la reputación de quien se ha puesto antifaz, y por derramar la sal que no tiene, derrama insulseces que le sobran.

Estamos en la capital de la República; los disfraces han comenzado por el pueblo, y hay grande animación en calles y plazas. Por allí va una partida de monos; son muchachos que gustan de remedarse á sí propios; más allá van unos mozos que llevan fuera las faldas de las camisas; por ahí vienen unos frailes betlemitas; síguenlos unos indios é indias; y todos repiten, encarándose con los transeuntes ó los curiosos, la frase entre ellos ritual, *¿me conocís?* Y charlan y gritan, y corren y saltan; y síguelos por todas partes la desarrapada granuja alborotando como unos diantres; *¡Machicho, machico! ¡Chiquilla camisona! ¡Padre belermo, mi... está enfermo!*

El buen humor ha subido de los talleres y pulperías á los salones, de la gente de alpargata y poncho á la gente encopetada. Llegó el día 28 y vinieron los demás hasta la Epifanía, y señoritas

y caballeros quieren ser inocentes... á su manera: la antítesis es soberbia. La plaza de la Catedral está iluminada y en los portales hierve el gentío levantando voces en todos los tonos imaginables, desde el susurro apenas perceptible hasta el estentóreo rompe-tímpanos. Todavía hay restos de la antigua costumbre de colocar hileras de mesas y silletas á lo largo de los portales, donde se sientan mujeres y niños para ver desfilar las *patrullas* de máscaras. Antes (yo alcancé esos tiempos) las damas de la aristocracia no se desdeñaban de colocarse en aquellas mesas como efigies en altar, y recibían á quemarropa las burlas y hasta las desvergüenzas de los máscaras; hoy se ponen en tan peregrina exhibición sólo las mujeres de poco más ó menos, que ríen de todo, hasta de las frases verdes, con tal que las dirijan bocas que no conocen. Las inmunidades de un máscara son extraordinarias, y crecen y se afirman con el aplauso de los necios.—¡Qué bonito! ¡qué gracioso! ¡qué chistoso! ¡éste sí que es una plata! ¡éste sí que es una *teja!* ¡Ay no sé! tan pronto que pasa. Ya vienen otros; ¡qué maravilla! ¡ja ja ja! ¡ji ji ji! Vean, vean, ahí viene Fulano: ¡qué rico remedo! Miren, allá va Zutana: si es ella misma en cuerpo y alma: ¡esto sí que es remedar á la perfección!

Y pasan soldados y *llapangas,* pisaverdes y coquetas, frailes y beatas; caras de semigentes, indios, negros, viejos con barbas de hilachas, niñas

con calzonarias, caras de animales... ¡Vamos! si es el mundo mismo personificado. Ahí están sus libertinajes, ahí sus boberías, ahí su anhelo de engañar para divertirse, ahí su charla insustancial ó percuciente. Y es curioso observar la similitud de muchos encaretados entre la figura visible y la que va dentro: aquí está el usurero don Pancracio vestido de judío; por allá viene cierto esposo del género paciente que se ha chantado una máscara de carnero; por más allá se menea haciendo cetas doña Venancia, doctora en chismografía, que lleva cara de víbora; síguela Paquita con una boca que derrama risa y unos ojos que ven á todos y van diciendo, *soy coqueta;* á su lado va Sinforiano que cree que Paquita se muere por él, y se ha cubierto la cara con una máscara de bobalicón, de bigotito retorcido, boca amable y ojillos dormidos y de dulzura sin igual.

Pero dejemos á los *bárbaros*, que allá se ve luz de blandones y se oye música. ¡Hurra! Ahí viene lo bueno. Veinticinco parejas, moros y circasianas, con un lujo, con un brillo, con un garbo que no hay más que ver. Pasa la procesión á paso mesurado por el estrecho callejón que dejan en los portales dos muros de gente apiñada; delante va la banda militar que toca una alegre marcha; á los costados los pajes que llevan los blandones; máscaras y espectadores hablan poco. Estos se han hecho todo ojos, y por eso sus lenguas se han

aquietado; aquéllos gastan pocas palabras porque esto conviene á la gravedad del acto. A lo más algún moro saluda con la mano al conocido á quien ha reparado entre la muchedumbre; y alguna circasiana que ha visto á una amiguita, batiendo también la mano diminuta y enguantada, la dice: Cómo estás, *cholita*. Y siguen las conjeturas sobre quién será el moro y quién la circasiana: es Fulano, es Zutano, es Perencejo. ¿Y la dama? Paulita, Antonieta, Laura.—¡Bah! salta don Melitón, que posee la ciencia de adivinar las personas detrás de las caretas, y que por esto es un oráculo en la política, ¡bah! ese moro es mi compadre don Manongo: ahí está su meneo al andar y su pescuezo de á metro. La señorita que va con él es Malvina, la novia de Perico: ¿no ven ustedes esos brazos secos y largos y ese pecho huesudo y hundido? Qué lerdos son ustedes, y cómo se dejan engañar por un cartón pintado; y no yo... ¡Bah, bah! á mí no me la pegan, porque soy capaz de descubrir al diablo tras una máscara.

Mientras la curiosa turbamulta, abigarrado cuadro de paño y de bayeta, de muselina y de tocuyo, de cintas y encajes, de caras tersas, de frentes arrugadas, de mogigatas, de tontilocas, de pisaverdes, de *chullalevas*, sigue viendo pasar *bárbaros* y otras *patrullas*, y vaciando las mesas de confites y sorbetes con todos sus ajilimógilis, y levantando el codo que es una gloria, hasta dejar

enjutos barriles y botellas, y empapadas, á pesar de la policía, veredas y esquinas, los moros y las circasianas han sido *recibidos* en cuatro casas, y en la quinta será el *remate*. En casa del ricacho don Blas han comido, bebido y bailado de nueve á diez. En casa de don Bartolomé, de once á doce, ídem. En casa de don Mauro de doce á una, ídem. En el salón de don Mariano pasarán hasta que el sol apunte. Allí, quitadas las máscaras, han entrado en las regiones de la confianza; las cabezas no están en su estado normal; en los corazones hay algo de sobra que riñe con la honestidad; los ojos buscan pasto de lascivia; la lengua hace revelaciones indiscretas; los oídos se abren á ellas para que pasen á manchar una alma, quizás pocas horas antes limpia y gallarda con la pulcritud de la inocencia y la hidalguía del honor. Allí está la urbanidad, pero con el antifaz de la franqueza; allí está la decencia, pero con los arreos de un lujo demente; allí la alegría, pero de bracero con la desenvoltura. Los papás están ciegos, las mamás convertidas en nenes, los maridos embobados, las niñas todo junto, ciegas, embaucadas, entontecidas; los don Juan Tenorios de pacotilla, en sus glorias... ¡Vivan los inocentes! ¡vivan las mascaradas! aunque después vengan el arrepentimiento, las lágrimas, las maldiciones.

¿Me dirá que no algún lector, y sobre todo, alguna amable lectora? Pues yo les dire que se han

echado á las espaldas el volumen de la experiencia. Los don Blases y las doñas Blasas, los don Benitos y las doñas Benitas, suelen dar comunmente sus recepciones de inocentes, porque tienen en sus casas un efecto que recelan se les *haga hueso*: un par de pollas frescas y lindas, á las cuales sin embargo, no se ha presentado pollo ninguno; y en las mascaradas y en los bailes puede *caer* alguno como una bendición del cielo; pero como los pollos suelen ser más diestros cazadores que las pollas y sus mamás, esas infelices son las que *caen*. ¡Y qué caídas!... de esas que no se remedian con lágrimas ni arrepentimientos. En cada diez trampas de inocentes y de bailes, paseos á escote y espectáculos públicos, se enredan de pies y manos y quedan presos un pollo y nueve pollas. ¡Y cuántas veces la triunfante cazadora es la víctima de su misma presa! ¡cuántas veces ha cogido en sus redes, no un marido, sino un verdugo! Siempre la *caída* es la desdichada mujer, y con todo, ¡cuán escaso es el escarmiento!

Pero, Pascual amigo, dejemos estas mascaradas anuales y vengamos á las de cada día y cada momento; pasémosles revista, siquiera sea brevemente, pues mira que el boceto de artículo que te voy enderezando va á comerse más columnas del *Semanario* de las que yo quisiera.

La palabra es muchas veces la máscara de las ideas y los afectos. Alguien ha dicho ya esto ó co-

sa parecida; pero no me parece malo que aquí lo repita yo.

El interés se disfraza todos los días con la careta del amor, y lleva al altar á la novia engañada. Ella le entrega corazón y mano; pero él acepta sólo las talegas.

El vicio se disfraza de virtud, y á veces lo hace tan de primor, que seduce á los más expertos.

La ignorancia se pone el antifaz del saber, y se pasea oronda por el mundo.

La cobardía se cubre con la celada del valor, y hétela una heroína—una Clorinda de poema ó una Juana de Arco de la historia.

La ambición se cubre con la careta del patriotismo, y mira qué multitud de ciudadanos eminentes (eminentemente hechizos) andan mezclados en los negocios públicos, fomentando revoluciones, arruinando pueblos y matando hasta la esperanza de cimentar el orden y la paz.

La licencia se cubre con la máscara de la libertad, y mira como va el mundo con el liberalismo que lo va poniendo todo patas arriba.

Hasta la impiedad y la heregía se han fabricado sus mascaritas de *cristianismo puro*, por ver de hallar algún acomodo en la opinión pública, y no ser arrojadas á capotazos del festín de nuestra política.

¿En dónde no está la máscara, amigo Dardo?

¿para qué no sirve? El mundo es un carnaval perpetuo, una temporada de inocentes sin interrupción. La máscara es un artículo de primera necesidad, sin la cual no puede vivir el género humano ¡Viva la máscara!

El matrimonio juzgado por un librero.

Un viejo casado y velado y lleno de experiencia, librero de profesión y que no tenía más defecto que el de ser libromaniático, hablándome una vez de matrimonio me decía lo siguiente:

—Nadie sabe mejor que yo lo que es el matrimonio, pues soy siete veces casado, lo cual quiere decir que he hecho siete ediciones de la obra.

Ya ves si no me parecerá muy buena.

¡No lo ha de ser, siendo obra de Dios!

La primera edición se hizo en el Paraíso, correcta y esmerada.

Pero la envidia de Satanás la dañó y desde entonces es rarísima una edición que corresponda á la bondad de la obra.

Cual más, cual menos, todas sacan erratas siquiera no sean sustanciales; pero lo común es que

sean tan gordas, que no se las pueda salvar con la consabida *fe* de ellas puesta en la última página.

El primer tomo (vulgo marido) suele abundar en yerros tipográficos algo más que el segundo (vulgo mujer).

En éste, á las veces, son sustanciales hasta un simple cambio de letras, ó la falta de una coma, ó la sobra de un punto, que en el tomo primero pasan desadvertidos.

La invención de las pastas tiene origen en las hojas de higuera con que se cubrieron Adán y Eva. Hoy, como tú sabes, muchos libros se empastan para cubrir defectos y deformidades: y mientras más grandes son éstos, la pasta es más bonita.

En el matrimonio la pasta se llama apariencia, ó la apariencia pasta, que allá se va á dar.

Cuando más peligros de malograrse corre la obra, es precisamente al tiempo de encuadernarla y ponerla cubierta.

Entonces sucede la diablura de alterarse las páginas, produciéndose una confusión inexcrutable: ¡qué cambios en los capítulos! ¡qué trocatinta en la foliatura! Muchas veces el principio es el fin, y viceversa; ó en medio del tomo primero se intercala un trozo del segundo, ó el índice de éste se pone en aquél.

Otras veces el primero lleva en el dorso el número 2.° y el segundo el número 1.°

¡Imagina lo que sucederá con esto en la obra matrimonio!

Suele también haber discordancia en el tamaño de los volúmenes y en la calidad de las pastas, así como en el contenido mismo de la obra.

Hay maridos *in folio* para mujeres en octavo.

Hay mujeres como misales para maridos como breviarios.

Hay maridos con forro de pergamino haciendo par con mujeres de pasta de terciopelo.

Hay maridos y mujeres tan mal encuadernados, que se descuajaringan al menor contacto.

Hay mujeres-poesía que disuenan de los maridos-prosa.

Hay maridos que son poemas y chocan con sus mujeres que son recetarios de cocina.

Hay matrimonios que son misceláneas de prosa y verso: elegías y epigramas, fábulas é historias, todo está mezclado en ellos.

Y lo peor es que en ocasiones (y no son raras) el demonio introduce entre los dos tomos un tercero... y entonces ¡adiós obra de Dios! Unidad, armonía, fines que se propuso el Autor, todo se lo lleva Pateta.

Si se formara una biblioteca de matrimonios, ¿quién se atrevería á ser el bibliotecario? ¿Quién sería capaz de ordenar esos volúmenes y colocarlos en los plúteos correspondientes?

Yo, lo confieso, con esa tarea me haría loco, y

quizás, quizás repitiera lo del famoso Omar con la biblioteca de Alejandría.

Por eso me he contentado con ordenar sólo mis propias ediciones. Y te diré en confianza que ni para esto he sido muy ducho: mis siete tomos segundos me han puesto á veces sin saber qué hacer de ellos, no obstante que, como es natural y cristiano, han ido viniendo de uno en uno.

Juzgo, por lo demás, que no soy temerario cuando pienso que no se necesitan anaqueles muy grandes para colocar los volúmenes matrimoniales en los que la obra de Dios no está descabalada ó destruída.

Para los ejemplares de esta obra en los cuales se lea claramente el título: *Amor, virtud* y *felicidad;* cuya lectura corresponda al título; cuya edición sea correcta y limpia, la encuadernación igual y firme y la pasta modesta, pero de buen gusto; para esos ejemplares, digo, deberían construirse anaqueles de oro.

El bibliotecario debería ser un ángel.

—¿Hay esta clase de matrimonio—libros, al gusto de su Autor?

—Sí los hay, aunque muy raros, como lo he indicado.

—¿Y anaqueles para ellos?

—Los hay también; pero en el cielo.

¡Bueno es el mundo para poner en estantes de lujo y guardar con cuidado lo que no le gusta!

REPARTOS Y OTROS NEGOCITOS

Lector, te he estado viendo estos días, cuando has pasado tus ojos por la relación de los *milagros* que los Gobernadores de Oriente han acostumbrado hacer: la llama de la indignación ha asomado á tu frente, tus cejas han descendido hasta casi esconder las pupilas, te has mordido los labios... Cálmate, amigo: «La historia no es más que la repetición de los mismos hechos aplicados á hombres y épocas diferentes.» Estas palabras de Chateaubriand puestas por el doctor Cevallos en la portada de la *Historia del Ecuador*, convienen á todos los hechos históricos: evidencia tengo de que antes del diluvio hubo muchos que se enriquecían con los *repartos* á costa de los débiles é infelices. Tú verás como dentro de poco se descifran algunos garabatos babilónicos que confirmen mi creencia. En el Arca de Noé se conservó por

desgracia la mala semilla de la codicia, y poco después del tremendo castigo, volvieron los *repartos,* uno de los monstruosos crímenes que excitaron la ira de Dios, y *repartidores* hubo entre babilonios y fenicios, entre egipcios y griegos, entre romanos y cartagineses. Vinieron los tiempos de la conquista y la Colonia y hete á la pobre América con tamaño mal encima, amén de otros que llovieron sobre ella, y que lloviendo han continuado, ¡pesia tal! aún después de su independencia.

Los *chapetones* criollos y europeos, se desempeñaron á maravilla en el oficio, sobre todo los *encomenderos:* ¡cuántos quebrados, cuántas hambrientas víctimas de los vicios salieron de apuros y sacaron el vientre de mal año á costa de los indios! Un negocito de mercachifle en otras partes se convertía en negociazo en estas tierras de Dios.

—Indio, ven acá: esta vara de paño es para tí.

—Amo, ¿qué hago con este paño?

—Lo que tú quieras.

—Si no lo necesito.

—¿Qué me importa?

—¡Si es inútil para mí!

—Véndelo á otro.

—Me darán apenas seis ú ocho pesos.

—¿Qué me importa? tú dentro de cuatro meses tienes que darme 25.

—Pero amo...

—No hay peros ni calabazas; este paño he traído para tí, y carga con él, y ¡chitón!

—Indio, mira qué tocador tan lindo! es para tí!

—Amo, eso para mí es inútil.

—¿Qué se me da á mí?

—¡Si no acostumbro verme en esos espejos!

—Pues de hoy en adelante á costa de 15 pesos que me pagarás, vencido el plazo, tendrás ese gusto.

—Pero amo...

—No hay peros ni manzanos: cargue usted con eso y ¡chitón!

He ahí una breve muestra del *reparto*, para quien no lo sepa. ¿Cómo se le recaudaba?—De la manera más sencilla: si el indio tenía algunos bienes, pasaban á poder del *repartidor;* si era *limpio,* se le vendía á algún hacendado para que desquitara el valor del paño ó del espejo, de la navaja de barba ó de los guantes ó de otros objetos que para nada le servían al obligado comprador, con su trabajo personal, á razón de medio real tarea.

¿Se ha curado este mal después de la gran victoria de Pichincha? Pregúntaselo á los habitantes de las selvas del Napo. El gran bien de la emancipación de América no ha curado todos sus males.

Y no sólo lo preguntes á esa pobre gente, dueña

de auríferos ríos, de aromática vainilla y de excelente pita; pregúntaselo también á los indios y mestizos de los Andes, á esos que andan labrando nuestros campos y porteando nuestras mercancías. Antes de la independencia todo era Napo para los *repartidores;* ahora todo es Napo para los ladrones herederos de aquella industria digna de Colet y de Cartouche.

El gobierno español prohibió los *repartos*, y aunque esto no fué cortar las uñas á los especuladores, á lo menos se las embotó bastante. En días de vivos conocimos también un magistrado que tuvo lástima de los salvajes napeños, y al mismo tiempo que les envió sacerdotes que los civilizasen, cerró las puertas al infame latrocinio. Pero esto era imitar al gobierno de los godos, era coartar la libertad; y por esta picardía, y por los caminos que abrió, y por las escuelas que estableció, y por el impulso que dió á las ciencias, y por la protección que prestó á la moral, y por el amor que tuvo á la patria, y por otras y otras mil desvergüenzas, lo mataron... Hicieron bien; ¿no es verdad, lector mío? Ahora fuera de otras ventajas morales, sociales y políticas, podemos ir al Napo con cuatro trapos y un par de cachivaches que, *repartidos* á los salvajes, á la vuelta de pocas semanas son oro en polvo. ¡Qué gangal... para los indios por supuesto. ¿No es verdad, lector mío?

Pero si quieres *buscar la vida,* si quieres enriquecerte sin el trabajo de doblar la cordillera, pasando por el helado *Papallacta* y exponiéndote á esguazar peligrosos ríos, puedes echar un *vade retro* al Napo con su oro, vainilla y pita, y hacer por aquí lo mismo que hicieras por allá. En Esmeraldas, donde los mulatos montañeses reemplazan á los indios, y donde el famoso tabaco es oro, se hacen admirables negocios, negociazos que dejan un ciento por uno y aun mucho más. Llevas, por ejemplo, la imagen de algún santo, de esas pintadas á la diabla y que asustarían á la beata más beata de las que en nuestra tierra visten hábito, y la das á un rústico cosechero por un quintal de la aromática hoja. No importa que el plazo sea de un año, la ganancia es siempre cual corresponde á tus buenos y honrados deseos: el mamarracho te ha costado á lo más dos pesetas y el tabaco vendes en 70 ú 80 pesos.

¿Te acuerdas de don Mariano Sillosapa? Fué el buen don Mariano quien llevó este negocio á la última perfección: compraba naipes á medio real, y las figuras eran la mina; los montañeses se las mercaban á buen precio: por un rey dos libras de tabaco; por una sota, una cuando menos; por un caballo hasta tres.

—Perdón, don Geroncio; usted exagera.

—¿Que yo exagero? ¡pardiez! lo que oyes, amiguito, es historia monda y lironda. ¡Si conocieses

lo que son esos montañeses! junto á ellos nuestros indios y los del Napo y Canelos son portentos de viveza y astucia. ¡Y si conocieses lo que son los traficantes de quienes te vengo hablando!.. Pero déjame acabar. ¿Sabes por qué don Mariano vendía con tanto aprecio aquellas figuras? Por que, ladino más que un gitano, hacía creer que los reyes eran Marías Santísimas, las sotas San Antonios, y los caballos Santiagos.—¡A caballo debió largarse á los infiernos el tal señor Sillosapa!

Mas eso de irse á Esmeraldas es lo mismo que irse al Napo: cordillera oriental ó cordillera occidental, allá se van á dar: en ambos casos hay una que trasmontar. *Vade retro* á Esmeraldas como al Napo! Quédate, hijo, aquí metido entre las breñas de los Andes, que no faltan inocentes y necesitados que se te presentarán á que les chupes el quilo. Especialmente en el campo los hay que son una maravilla. Los negocios, desde luego, se hacen en pequeño; pero esto no importa: como son bastante numerosos... Ya sabes tú que de muchas gotas de cera se hace un cirio pascual. Pellizca 25 pesos aquí, muerde tus 40 más allá, da una manotada á esos 10 de acullá, y ya verás cuán gordas se te ponen las talegas al andar de pocos años.

¿Quieres un maestro para estos negocitos tan sabrosos y suculentos? Dos te puedo indicar; y si te place, cuatro; y si más necesitas diez ó veinte.

Recibe lecciones de don Andrés de los Tordos: anda el bueno del hombre en pos de los necesitados y con la bolsa abierta para que metan la mano en ella. ¡Qué bondadoso es, y cómo se lamenta de la mala suerte de los menesterosos! ¡con qué palabras tan cristianas y dulces les habla! ¡cómo suspira! Halagado el pobre, mete, en efecto, la mano. El caritativo de don Andrés sonríe de verle agarrado: la bolsa se ha convertido en cepo, y no soltará la presa mientras no entregue la última peseta de la enorme suma á que ha ascendido la *caridad* que recibió en los días de penuria.

Una corta historia te hará comprender más y mejor la lección; es la historia de una gota de cera transformada en una marqueta. El bonísimo señor de los Tordos tuvo la generosidad de prestar 25 pesos á un indio, para salvarlo de un aprieto; pero como ese acto benéfico no debía perjudicarle, impuso al beneficiado algunas condiciones muy ligeras y sencillas: dentro de un año debía darle por esa suma dos quintales de manteca de puerco y algunas arrobas de sal, sin perjuicio de que, sobre la misma cantidad, le pagaría el moderadísimo interés de medio real en peso cada mes. El tramposo del indio faltó á lo estipulado; ¡habrase visto picardía de la laya! Pero don Andrés no perderá ni un cuarto: la manteca, al precio en que debió venderse en Babahoyo, tantos pesos; la sal al precio á que se habría realizado en Quito, tan-

to; los intereses vencidos, tanto. ¡Ah, ah! la cosa no es para despreciada: significa, pico más ó menos, ciento veinte patacones.

El indio fué demandado ante el Juez de Comercio, y *brevis et breve* condenado al pago; las costas engrosaron la deuda; para cubrirla se le vendieron en subasta, por la mitad de su valor, sus tierras, no muy extensas, su choza, sus ovejas, cerdos y burros, y como todavía quedase algo que saldar, el bribón del indio fué metido en la cárcel.

—¡Esto es infame!

—Bien puede serlo, amigo lector; pero con eso y todo, es lo cierto que mi don Andrés tuvo regular utilidad. Y debemos añadir que á ella agregó también (todo es utilidad) el gusto que le causaron los lamentos de la mujer é hijos del arruinado y preso, que vagaban por la ciudad y los campos maldiciendo (tamaña injusticia) al bondadoso don Andrés.

¿Quieres otra lección? Allá te la enderezo. A don Servando de Tal se le había metido rara afición á un terreno que partía límites con su hacienda. El pobre vecino, su dueño, tuvo una necesidad, ni más ni menos que el indio susodicho. Súpolo don Servando y le dijo:—¿Usted en apuros por falta de dinero, teniéndome á mí de vecino? No puede ser. Usted es negociante en Bodegas; bien: tome usted 20 pesos; en el verano próximo me da 20 arrobas de buena sal, y andar, que

ambos ganamos. Llegó el verano, el vecino trajo la sal y se la llevó á don Servando.—Si con 20 pesos, dijo éste, ha hecho usted buen negocio ¡qué no hará con 40! Venda usted ese artículo que está á dos pesos la arroba, y aproveche del dinero. En cuanto á mí, renovemos el pagaré, y asunto concluído. Así se hizo; vino el verano y vinieron las 40 arrobas de sal.

—¡Qué afortunado es usted, vecino! Pero ¿para qué me trae usted esa sal? No sea usted bueno: repita el negocio. El vecino menea la cabeza; pero tanto le anima don Servando, que al fin conviene. Llega el verano; el deudor ya no asoma á principios de la estación, ni ha podido traer completas las 80 arrobas.

—No importa, dice el excelente don Servando, no me pague usted ahora ni el pico que falta ni nada. Ya ve usted que el artículo está actualmente á veinte reales arroba; no sea bobo, y adelante con el negocio. Lo único que se necesita es (somos mortales y es preciso asegurarlo todo para lo futuro) que por la cantidad que debe usted pagarme dentro de seis meses, me hipoteque su terreno. No hay que añadir que esto se verificó, y que el escribano hizo la escritura larga, larga, larga y soporífera, y que don Servando quedó contento.

¡No había de quedar hecho una pascua! Se venció el plazo, hubo ejecución, el doctorcito don Fortunato Prodigioso, hechura de los estudios li-

bres de nuestra patria y flor y nata de nuestro foro, echó docena y media de escritos de á cien pesos, y el terreno hipotecado se remató; y don Servando fué el mejor postor, y el vecino quedó con un metro de narices, la boca abierta y el vientre pegado al espinazo.

¿Qué tal amiguito? ¡esto sí se llama ser negociante y saber la letra menuda!

Y advierte que no te cuento eso de hacer adelantos para trigo y maíz por la cuarta parte de su precio; eso de prestar sobre prendas para rematarlas por una nonada, y otros mil caminitos por los cuales la gente experta en materia de *buscar la vida* se va derechito á la riqueza, á costa del trabajo, la fatiga y la libertad de los infelices.

Y también se van derechito á los abismos de la ruindad y de la infamia, y á los infiernos.

—¡Calla hombre! si te oyeran los...

—Que me oigan.

—Pero mira, como tú pienso yo, como tú me irrito, como tú quisiera acabar con esas esponjas del sustento, sudor y sangre del pueblo; no vayas, pues, á juzgar que tengo entrañas menos sensibles que las tuyas y corazón menos bien puesto. Siempre he visto el robo como uno de los mayores crímenes; pero robar so capa de negociantes; robar con artimañas en las cuales se hace representar á las leyes y á la justicia misma papel indecoroso y triste, robar á un padre de familia, á un huérfano,

á una viuda; robar á la necesidad, es cosa en que los hombres de conciencia petrificada se salen de la esfera de los ladrones comunes, para buscar en la sociedad odio y horror asimismo nada comunes.

Frase tras frase, razón tras razón, nos vamos alargando demasiado, y ya *El amigo de las familias* quiere que pongamos punto á nuestro *sermoneo*, á sus columnas destinado; pero ¡cómo guardar entre la campanilla y los dientes lo que acaba de pasar con un aprendiz de negociante!

El buen mancebo, que es una esperanza, pagó á un campesiño para que hiciese empollar con gran cuidado unos diez huevos de gallina de *cría castiza*. Salieron nueve polluelos; y ¿el décimo huevo? *¡chagra* pícaro! se le robó sin duda. El perjudicado dueño entabló demanda, y dijo al juez: De ese huevo debió nacer pollo y no polla, el pollo tenía que hacerse gallo; éste, valiente en la pelea, lo menos me habría dado diez pesos de ganancia. Una vez acreditado, cosa infalible, cualquier gallero me habría pagado otros diez pesos por él. Así, pues, aquel huevo valía veinte pesos, y exijo del señor juez me los haga pagar, por ser justicia que imploro, y juro costas, etc.

—¡Calle tío Geroncio! ya vuelve usted á sus *cachitos*.

—Y tú vuelves á tu incredulidad. Lo que me oyes es cierto, como que yo soy cristiano á ma-

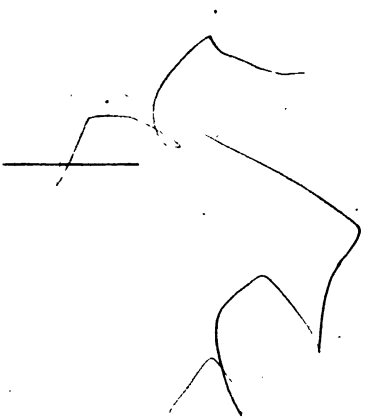
chamartillo. Si no apuraran de la imprenta, ya te dijera hasta los nombres, pero...

—Pero, dígame ¿qué hizo el juez?

—Tuvo vergüenza de echar fallo sobre un huevo.

—¿Y el demandante?

—Se largó muy fresco, como si hubiera sido nada su inicua tentativa; ¿qué perdía al salirle huera? Un huevo y nada más.



LOS CURANDEROS

La humanidad, á fuerza de afanes y ciencia, ha dado caza á la civilización; aquella Diana de millones de cabezas y brazos no ha dejado de emplear su inteligencia múltiple y su fuerza prodigiosa en perseguir esta ave del cielo que, á juicio de unos caballerazos llamados filósofos, andaba huyendo de los hombres por causa del cristianismo. Una vez agarrada, le han dado el sobrenombre de *moderna*; mas, con permiso de los señores filósofos, yo opino, sin embargo de no entender ni un palote de filosofía, que en esto no van muy derecho: lo que llaman ellos *civilización moderna*, es contemporánea de los Diógenes y los Crátes, y si les repugna llamarla *vieja*, calificativo que le vendría de perilla, digásele *pagana*, que no le viene muy mal. Y luego ¡el paganismo trae tantos bonitos recuerdos!

Como quiera que sea, la señora humanidad civilizada á la moderna, cuenta hoy tres enemigos menos: el mundo, el demonio y la carne.

Pero ¡qué voy diciendo! no sólo tiene tres enemigos menos, sino tres amigos más: el mundo, el demonio y la carne, que en los tiempos de *oscurantismo* eran enemigos del alma, orígenes de pecados y desgracias, ahora no; pues pasaron los siglos de tonterías, y en el nuestro en que el cielo de la inteligencia cuenta soles por millares, mundo, demonio y carne son compinches del alma humana, y fuentes de bienes y delicias. A beneficio de esos tres dioses que reinan envueltos en nubes de incienso y halagados por los himnos que, rodilla en tierra, le cantan los pueblos ilustrados y sabios, el mundo moral es ya una maravilla, y el político... No sé qué nombre darle, porque es más que una maravilla.

Pero nosotros, á fuer de católicos, nosotros que por un tris no hemos sido desheredados de los bienes de la civilización moderna por completo, vivimos respirando todavía las auras de otros siglos menos felices; el mundo, el demonio, la carne, son ¡Dios nos valga! enemigos del alma, y tenemos por deber sagrado el combatirlos. A veces nos la acogotan y postran, cierto; pero no por eso llegamos á tenerlos por divinidades ni les quemamos incienso.

Los novísimos civilizados, por lo visto, tienen

menos enemigos que nosotros pobrecitos. La humanidad cristiana á la antigua los tiene bien gordos y guapos para el alma y para el cuerpo. El pelear contra aquéllos queda, mediante la gracia divina, de cuenta nuestra, y no necesitamos los auxilios de la civilización moderna; si es verdad que ésta es omnipotente, háganos un gran favor, cual es el de ayudarnos á conjurar los males del cuerpo; eche lejos de nosotros á los enemigos de la salud y la vida, y se lo agradeceremos con todas veras.

—Eso que ustedes quieren lo hace á maravilla la ciencia médica, nos dicen; esta ciencia, como las demás, se ha elevado en nuestro siglo á la categoría de diosa.

—Sí, señores, ustedes lo aseguran; si bien no ha faltado calumniador que dijese que enfermedad y medicina son gemelas. ¡Calumnia! ¡vil calumnia! Que un mal médico en comercio con una dolencia cualquiera engendra la muerte, verdad redonda. Dígase tal, é inclinamos la cabeza sin replicar.

Un mal médico, de aquellos (digámoslo en secreto) que abundan entre nosotros, es respecto del cuerpo lo mismo que el mundo, ó el demonio ó la carne respecto del alma; un curandero equivale á dos de esos enemigos; échenle ustedes todos tres juntos, y tenemos una curandera.

La ciencia médica en manos de un mal facul-

tativo deja de ser ciencia para convertirse en arma legal; en manos de un curandero es arma prohibida, pero tolerada.

El uno sin responsabilidad, el otro con ella, aunque solo en el nombre, asesinan del mismo modo; ambos asimismo, después de haber precipitado una ó más vidas en el sepulcro, y de haberse hecho pagar competentemente por sus recetas homicidas, se quedan tan frescos como si tal.

¿Véis ese hombrecillo seco, largo, de mirada agridulce, envuelto en una cuasi capa remendada á las espaldas, y bajo un sombrerazo de felpa con tres dedos de grasa á guisa de cinta? Es un famoso curandero, es D. Fulgencio Ruibarbo, á quien cantones y aldeas le *doctorean,* sin que importe un bledo que la Facultad no le hubiese graduado. Fué mozo de botica, aprendió de memoria unas cuantas recetas que despachó trastrocadas por encargo del boticario; hizo alguna colección de frases técnicas, cargó con un *Buchán* que no sé qué persona sensata lo vendió para que sirviese de envolver drogas, y hételo al *doctorcito* echándose por esos trigos de Dios en busca de la humanidad doliente para aliviarla. Y á fe que la alivia muchísimo, ¿qué difunto se queja de dolor ninguno? ¿qué difunto le acusa?

Con todo, el médico, por malo que sea, y un doctor Ruibarbo, por mucho que se parezca á un mal médico, hacen como que pulsan y auscultan

al enfermo, le dirigen preguntas más ó menos racionales, procuran mal ó bien aproximarse á la diagnosis; después, no hay duda, combaten la esquinencia frotando ungüento amarillo en las plantas, ó la hepatitis por medio de causticos á la nuca, pero, en fin, tienen empeño en que el paciente recupere la salud, y en su ignorancia pueden con cierta buena fe echar parte de un mal resultado á la inocente ciencia, que sufre con humildad la acusación; ¡mas una curandera!...

¿Qué es una curandera? ¡Una calamidad! Con ella una simple calentura se convierte en tifus, la tos jamás queda tos, sino que pasa á ser pulmonía violenta, el más insignificante dolor de vientre mata como el miserere.

La curandera es la agravación de toda dolencia; es la muerte infalible de quien se deja tocar de ella, ó más bien de quien deja oler su enfermedad, pues la señora médica muy rara vez se digna ver al enfermo: para diagnosticar tiene un medio admirable, un solo medio, señores, y cuenta con que ustedes duden de su eficacia, pues la Agnódice á la rústica les tomará ojeriza.

Ya están ustedes picados de curiosidad por saber cuál es ese medio, y yo, á fe mía, no tengo poco embarazo en decírselo: ¿qué hago? ¿lo diré?... En fin, es preciso prescindir de la nimia delicadeza que quisiera usar con ustedes, y decirles que si padecen, por ejemplo, de dolor de muelas, irri-

tación de callos, etc., etc., envíen á la señora médica un poquito de... ¡de orines! En el examen de ellos está la sabiduría de la doctora; no hay enfermedad interior ni exterior, de la cabeza ó de los pies, visible ó invisible, que no descubra en ese líquido. Color, olor, sabor, densidad, grado de transparencia bastan para que se le muestre la dolencia con todos sus caracteres. Pero ¡quél si hay curandera que descubre hasta los pecados de sus enfermos, y si son mortales ó veniales. Y luego ¡bueno fuera que se quedara calladita como un confesor!... ¡Oh, si así como á la mujer le está vedado administrar el sacramento de la penitencia, se le prohibiese también ser curandera!...

Nuestra sociedad tiene gran culpa en la existencia de la calamidad de que voy lamentándome. Cuenta una vieja historia que entre los primitivos salvajes de América los había que adoraban las víboras, y tenían á dicha el perecer mordidos por ellas. ¿Os admira cosa tan necia y bárbara? Pues admiraos también de que nuestro pueblo venere á las curanderas y se dejan matar de ellas.

La ignorancia, la ociosidad y la audacia en monstruoso maridaje engendran las curanderas; la ignorancia y la ruin mezquindad las sostienen. ¿Véis esa joven que tiene pereza de coser y hacer calceta? ¿Véis esa solterona que tiene repugnancia de vestir ángeles, ó que no tiene pizca de gracia para ello? ¿Véis esa viuda á quien el tuno

de su marido dejó en la miseria, y que no sabe qué hacer de su hambreado bulto? ¿Véis esa vieja que pasó su vida entre el *cariucho* y el fandango, y que ahora no puede tomar derecho el huso? Pues todas ellas están camino del doctorado en medicina.

A lo más, á título de comedidas y buenas cristianas, frecuentan la casa de un enfermo en las horas de las visitas del médico; le oyen con atención, se apoderan de las recetas, ayudan á preparar las pócimas y cataplasmas, y parecen á veces unas Hermanas de la Caridad, según lo afanado y amorosas que andan en servicio del doliente. La frecuencia de la práctica las anima, observan al enfermo, hacen como que meditan su poco, opinan, cuchichean con la familia. Cuando llegan á este punto ¡ojo avizor, señor facultativo! Por la noche deja usted mejorado á su enfermo; á la mañana le halla agonizante; á las doce ¡dilín dalán! las campanas anuncian que hay un habitante más en el purgatorio. ¡Qué diantre! ¿qué ha sido esto? Nunca el diagnóstico fué más acertado, ni la aplicación de las medicinas ha tenido mejor éxito. ¡Si don Fulano estaba fuera de peligro! ¡Esto es para volverse loco!—Pues ¿qué ha de ser, señor doctor? la susodicha enfermera, que ya sabe más que usted, le cambió la receta. Era preciso subir un escalón para acercarse al profesorado, y aunque ese escalón ha sido un cadáver, no importa: la

responsabilidad es para usted, el grado para ella, y aguante usted esa pedrada en la frente.

—Bien decía yo, exclama entretanto la doctora en crisálida: estos médicos son unos matagentes. Más valen los remedios caseros: nuestras agüitas, nuestros emplasticos, nuestros purganticos son la mano de Dios. Médico, botica, ¡no me digan! horror les tengo.

Una vez acreditada la curandera, busca su clientela en el pueblo y la halla numerosa; las aldeas especialmente le proporcionan centenares de víctimas, y gallinas y huevos en abundancia, y no pocas pesetas, y millones de *Dios le pague*, por la caridad con que manda angelitos al cielo, ó bien los deja sin padres en el mundo.

Tenemos misiones para moralizar al pueblo y traerle á buen camino, librándolo de las garras del demonio; ¡cuándo las tendremos para asegurarle la vida, librándolo de las manos de curanderas y curanderos!

¿Véis ese grupo de gente en la puerta de aquella casa? ¡Separadlo de allí, por Dios; ahuyentadlo aunque sea á latigazos!, pues está aguardando á la ñora Chombita, prodigio de las médicas, para que haga de las suyas con unos cuantos infelices enfermos. Ha ido á misa y no tardará en volver. Ya viene por ahí. Es cuasi-señora; tiene sus cincuenta años y polvos; pobre de carnes, rica de pretensiones, cubre su armazón de huesos de vara

y tres cuartas de alto con un traje refractario de toda moda. Saluda á todos con bondad no muy legítima; trata de hijas á las mujeres, pregunta por los enfermos entre suspiros y muestras de lástima, y hace la cosecha de los regalitos, reconviniendo entre enojada y agradecida por ellos, pues cura sólo por caridad.—¿Por qué se han molestado ustedes? ¡qué tal *pensionarse* sin qué ni para qué! ¡tienen ustedes unas cosas!... Pasa luego á examinar el consabido líquido amarillento, que le presentan embotellado, y en seguida receta...

¡Adiós, pobres enfermos; hasta más vernos! La curandera os ha dado pasaporte para la tierra de los calvos.

LOS MALHECHORES SOCIALES

GALLARDOS jóvenes los tres que van por ahí! Tienen trazas de estudiantes; ¿quiénes son? De diez años acá hallo tantas caras nuevas en la capital.

—Esos jóvenes son Fulano, Zutano, Perencejo. En efecto, todos estudian: de los dos que van delante, el barbudito ha tomado el camino del foro, y el moreno el de la medicina.

—¿Y el que va detrás, tan cabizbajo y pudibundo... ¡Vamos; hago á usted una pregunta digna de Perogrullo ó de la Palice; pues ¿no lleva traje de seminarista?

—Cierto, ese mozalvete, si hemos de creer que el traje indica la vocación, se va camino de la Iglesia; pero ¿no es de temer que bajo esa apariencia de aprendiz de santo se esconda un futuro apóstata?

—Allá va un cuarto, y pertenece igualmente á la generación novísima para mí.

—¡Ah! sí, sí, y no me preguntará usted qué pretende ese niño; al primer vistazo lo conoce usted.

—Es militar: no hay que preguntarlo.

—Sí, señor don Geroncio: militar. ¿No le parece á usted que viene de las gradas de algún Nacimiento? Ayer era el pobrecito sacudido por las orejas por el maestro de escuela, porque por la centésima vez repitió mal una lección, y hoy mírele usted aforrado en su uniforme de capitán como paraguas en su funda. Y, además, ¡qué tieso y qué orondo va! ¡qué cara pone tan hosca y tan temible, para que se le tenga por un Hércules! ¡y cómo se maltrata el labio superior por torcerse á pellizcos el bigote en ciernes! ¡*Per Christum,* que el muchacho vale por un ejército!

Me sonreí, y callé al oir á mi amigo don Benvenuto, cuyos labios rebosantes de acíbar, parecían dispuestos á continuar moviéndose contra el prójimo, pero sin salirse de lo justo.

—Abogacía, medicina, clerecía, milicia, continuó en el mismo tono, ¡qué manía de Judas! ¿No cree usted, tío Geroncio, que en ella está gran parte del malestar social de nuestra República? Tanto doctor, tanto soldado y luego vaya usted á ver cómo andan que dan grima y pena la agricultura, las artes, la industria, y tantas ciencias

útiles á la sociedad. ¿Quién sabe si aquellos jovencitos que nos han dado materia de conversación, no sean aptos para el estudio de la química ó de la mecánica, ó para coser botas, ó para cortar chupas, ó para sembrar papas? Pero amigo, tengo que hacer por esta calle que va á Ichimbía: adiós.

Don Benvenuto se separó de mí asaz inopinadamente, y tomó por una callejuela de la derecha, cuando yo esperaba que continuaría deleitándome con sus juiciosas observaciones.

Yo seguí andando como quien llevara intención de ver estrellas en el Observatorio; pero las palabras de mi compinche penetraron en mi mente como chispas de fragua, y fué imposible dejar de echar cuatro reflexiones sobre el tema que don Benvenuto chapodó su poco.

Los reparos crítico-biliosos de éste, si no son los mismos, son cuando menos parientes inmediatos de los que se me habrían ocurrido ha mucho tiempo. Mas para ponerlos en su punto, de manera que la conciencia, no tenga de qué quejarse, es menester tal cual aclaración.

Cuando se trata de la comezón de nuestros jóvenes por el doctorado, no se han de envolver todas las hebras en un solo ovillo; no señor.

Pues hay muchos doctores abogados, pocos doctores médicos, poquísimos doctores de Iglesia.

Conozco prelados á quienes les quita el sueño

y el hambre el pensar en la escasez del clero, cuanto mayores son las necesidades de sus diócesis.

Conozco pueblos donde no hay un médico á quien confiar la curación de un dolor de muelas.

Pero no conozco rincón de la República donde no haya un mal abogado, ó á falta de éste un *tinterillo* pillastre inspirado por aquél.

Aun suponiendo que los tres grupos de doctores fuesen iguales en el número de sus individuos, esto es, que tuviésemos tanta multitud de médicos y eclesiásticos como de abogados; y entrando también en la cuenta los militares hijos de nuestras revoluciones tan fecundas en producirlos, no estaría el mayor mal en la abundancia, sino en la *mala calidad del género*. Especialmente buenos médicos, que alivien las mil y tantas dolencias de nuestra naturaleza material, y buenos sacerdotes, que combatan los vicios, guíen las almas por los caminos de Cristo y traigan la dicha á los pueblos por medio de la moral, los quisiéramos en gran número.

Por desgracia, lo bueno está en minoría y la exuberancia de lo malo nos ahoga y mata.

Esta parte mala de nuestra gente graduada podría haber sido buena, en efecto, en los talleres, el comercio, la labranza, etc. ¿Por qué triste ventura erró su vocación? Si su objeto era ganar dinero y asegurarse vida regalada en lo pôrvenir, no es

buen expediente para ello el ser abogado ramplón y enredador, médico que confunde el cólico con la fiebre, clérigo que apenas sabe decir misa, ó militar ignorante y cobarde.

Y heme aquí en el punto principal de mis reflexiones.

Se toman las cosas por lo que no son y para lo que no son, y hacen los hombres lo que, por conveniencia propia y por bien de la sociedad, no debe hacerse.

Abogados, médicos, militares, no son los pueblos para vosotros; vosotros sois para los pueblos. Las profesiones que habéis abrazado tienen un elevadísimo fin social; si es verdad que tenéis justo derecho á que se remunere vuestra labor, pensad que no es esta labor un medio de enriqueceros, sino de cumplir un deber—el deber de hacer bien á la humanidad. No toméis lo secundario por lo principal, porque de este modo os ponéis en la pendiente de la degradación. Primero la humanidad; después vosotros para la humanidad.

Un buen abogado es la luz del derecho, el depositario de la ley, el sacerdote de la justicia. Ante él los enredadores del foro tiemblan, los ignorantes charlatanes enmudecen, la mala fe se esconde, el fraude y el robo huyen. El buen abogado, centinela vigilante en medio del campo social, cuida de la hacienda, la honra y la vida de los ciudadanos; no hay poder que tuerza su con-

ciencia, ni ilusión que perturbe la clara mirada de su inteligencia, cuando la pone en el punto en que es preciso buscar la verdad, aclarar un derecho y aplicar la ley. Cuando triunfa, no se alegra tanto porque ha arrancado á un tribunal una sentencia favorable á un individuo, cuanto porque ha defendido con buen éxito un principio de justicia, y la victoria favorece más á la sociedad que al cliente.

Un buen médico es el verdadero campeón de la salud. En lucha diaria con las enfermedades, vive explorando el cuerpo humano, su campo de batalla, y pidiendo y obteniendo de todos los reinos de la naturaleza las armas con que ha de combatir al enemigo. Para él no hay descanso; sus estudios jamás ven un término, porque cada dolencia es un Proteo destinado á ejercitar día y noche la inteligencia, y á poner á prueba la constancia del médico. Cuando éste triunfa, se alegra de haber disputado una presa á la muerte; pero más se regocija por la victoria de la ciencia, porque la ciencia pertenece á la humanidad.

Un buen sacerdote... ¡ah! ¿sabéis lo que es un buen sacerdote? Pensad en Jesucristo, Jesucristo es Dios, y el sacerdote es su ministro; el sacerdote posee los plenos poderes de Dios para con la humanidad. ¡Qué poder! ¡qué grandeza! ¡qué sublimidad! Dios pone en el corazón de sus ministros su propio corazón, en su lengua su verdad,

en sus manos el destino de las almas. El perdón del sacerdote borra del libro de la justicia eterna la sentencia que ha escrito el dedo de Dios contra el hombre. A las palabras del sacerdote el mismo Dios desciende á nuestros altares, para penetrar luego en nuestros corazones y hacernos fuertes, con la fortaleza de la misma divinidad. Los triunfos del sacerdote, son, pues, triunfos de Dios, y con Dios triunfa la humanidad.

Un buen militar. Con cuatro palabras se define á quien hace honradamente su profesión del ejercicio de las armas; es él el defensor de las libertades, de la honra y la vida de la patria. ¡Noble, nobilísima profesión! El amor patrio es pasión santa, es virtud universal y madre del heroísmo sublime. La espada que se mueve por ese amor es bendecida del cielo; la sangre que se vierte por ese amor es recogida y conservada en cálices de oro por el ángel de la historia de la humanidad; la tumba que encierra los despojos de quien muere por ese amor, es altar donde se sienta el mismo Dios para escuchar las plegarias de los buenos.

¡Oh jóvenes! hacéos abogados, médicos, sacerdotes, guerreros; pero no perdáis de vista el verdadero fin—el fin social y grandemente benéfico de esas profesiones. Desnudos de todo egoísmo; habituados á la generosidad y la abnegación; pensad poco en vosotros mismos y mucho en la hu-

manidad; sustituid al mezquino yo la gran idea, hija del pesebre y del Calvario, que ilumina el camino del amor y el sacrificio, y guía á la gloria del alma antes que á la del nombre.

¡Ea, jóvenes! ¡al foro, al lecho del enfermo, al altar, al cuartel!... Pero aguardad: antes de dar un paso adelante examinaos, ved por qué lado os impele aquella misteriosa fuerza del espíritu que se llama vocación.

Los que os sentís empujados al seminario, no toméis la calle del cuartel: idos al seminario.

Los que tenéis propensión á la milicia, no vistáis sotana: hacéos soldados.

Los que halláis gusto en hojear expedientes y en buscar inspiraciones en los códigos, no vaciléis: al foro, y no al altar, ni al cuartel.

Los que no os asustéis con los muertos ni temáis contagios, hacéos medicos, no abogados, ni frailes, ni militares.

En una palabra, no contrariéis las inclinaciones de la naturaleza en punto á la profesión que os conviene adoptar. Si erráis, sois perdidos y correis á aumentar el número de los malhechores de la sociedad.

Los que no tengáis disposición para ninguna de esas carreras no os empeñéis en seguirlas, y buscad la vida por otros caminos de laboriosidad y honradez. El mundo está cruzado de infinidad de estos caminos.

Si os gusta la ociosidad, si sois para nada, buscad algún revolcadero y pasad allí vuestros miserables días, hasta que os coman los perros. Vale más que algunos seres humanos embrutecidos por la pereza y los vicios terminen por ser devorados por los perros, que no que provistos en maldita hora de títulos universitarios, sean ellos los perros que vivan de la sangre de la sociedad.

Acabo de escribir una frase muy dura: *Malhechores de la sociedad,* y no me arrepiento, porque esta frase encierra una gran verdad.

¿Véis aquel abogado que, atento sólo á su provecho individual, mueve y defiende pleitos inicuos, enreda testamentarías, tergiversa á su antojo las razones y las leyes, engaña al inocente ó le castiga, protege al pillo y al criminal, prostituye á roso y belloso la conciencia, abofetea á dos manos á la justicia, se ríe y mofa de todo sentimiento de honor y delicadeza? Ese abogado os pide un calificativo; ¿cómo le llamaréis? Malhechor.

¿Véis ese médico que desde que dejó las aulas y obtuvo su título no ha vuelto á abrir un solo libro de medicina; que no estudia enfermedad ninguna; que cuando es llamado á ejercer su profesión, antes que al enfermo, primero pulsa su bolsillo para cerciorarse de que tiene lo único que busca; médico para el cual naturaleza no tiene luces ni tesoros, y cuya inteligencia, refracta-

ria así de las leyes de la ciencia como de las leyes de la honra, va descendiendo día por día y hora por hora á los abismos de la estúpida ignorancia; pero que sin embargo propina drogas, maneja la cuchilla, y echa docenas y docenas de enfermos y sanos al sepulcro? Ese doctorcito os está reclamando un título; ¿cuál le daréis? El de malhechor.

¿Véis ese eclesiástico que, ávido de solo las conveniencias mundanas y los placeres materiales, ha olvidado los intereses del cielo; que en vez de conquistar almas para Jesucrito, las echa por el camino de Satanás; que ha desterrado de su corazón la caridad y la pureza, y ha hospedado en él el egoísmo y la lascivia; que emplea su lengua, no en predicar el Evangelio ni en alabar á Dios, sino en destilar veneno contra la honra del prójimo, la verdad y la justicia; que se hace político, que se hace tribuno, que se hace liberal, que se hace masón, que se hace apóstata? Ese, ese hombre que ha profanado la sotana y se ríe de los demás hombres, y de la religión y de Dios, está clamando porque la justicia popular le administre un nuevo bautismo é imponga el nombre que le conviene. ¿Le llamaréis apóstol? ¿le llamaréis ángel? ¿le llamaréis santo? ¡No, pardiez! le llamaréis malhechor.

¿Véis ese militar que busca en la carrera de las armas la fuerza que necesita para llegar más

prontamente que por otros caminos á la satisfacción de su ambición ó su codicia; que hace del cuartel un foco de revoluciones; que arrastra al pueblo á los campos de batalla y le fuerza al fratricidio; que derroca gobiernos, que empobrece familias y poblaciones; que bajo la influencia de su voluntad puesta al servicio exclusivo de sus intereses y pasiones hace desaparecer la idea santa y sublime que forma de la milicia una institución social de las más útiles y benéficas? Ese, ese hombre forrado en grana y oro, pidiendo está asimismo que le saquéis de pila y le llaméis.....—¿Patriota? ¿héroe?—¡No, pardiez!—¿Pues qué?—Malhechor.

¡Oh jóvenes! si habéis de ser semejantes á esos seres infelices y perniciosos y detestables, cuyo retrato acabamos de ver, huid de las universidades, de los seminarios y de los cuarteles, porque son para vosotros las puertas del abismo, y una vez vosotros en ellos, los convertís para la sociedad en otras tantas cajas de Pandora.

Y si no huís de ellos voluntariamente; ¡cuán bueno fuera que se hiciese con vosotros lo que hizo Jesús con los judíos profanadores del templo!

Mas para eso sería preciso conoceros, y no confundir los Iscariotes con los hijos del Zebedeo. Cosa bien difícil, pues las malas inclinaciones son tan diestras en envolverse en el manto de la hi-

pocresía! Hay que fiar mucho de la moral y la conciencia del individuo. Para esto es preciso una austera educación religiosa. Moral, conciencia, religión; ¡astros que por desgracia van inclinando su carrera al occidente!.....

¡Qué diantre!

PROYECTO DE RETRATO

Mal haya el no saber manejar la pluma de Fray Gerundio, ni la de Bonifacio, ni la de Emiro Kastos, ni el pincel, ni el lápiz!

Tengo delante de mí una de las figuras más interesantes de la sociedad rural, un Teniente parroquial genuino y perfecto, y tengo que contentarme con verle sin poder tomar su imagen.

Pero no ha de ser así. Recuerdo que á cierta persona mucho más nula que yo en eso de hacer dibujos á pluma ó á lápiz, le gustó tan de veras la traza nada común de un prójimo que en el revés de una carta y con carbón hizo uno como retrato de él, el cual puesto en manos de nuestro distinguido artista Rafael Salas, fué al día siguiente consumada imagen del susodicho prójimo. ¡Quién no exclamaba al verla: Fulano de tal!

Pues bien, yo también tomo mi carbón, y venga usted señor Teniente parroquial, cuádreseme muy formalito, y no tenga cuidado de lo zurdo del retratista: mañana mismo pongo mi tosco esbozo en manos del señor don Bonifacio y ya verá si no me le corrige y enmienda y si no sale usted en persona, vivo y hablando en un número de *El Fénix*.

Era usted, no hace cuatro semanas, *chagra* humilde como un suelo; envejecía su sombrero á fuerza de sacárselo al saludar á todo el mundo; comedido y amable con sus iguales, se hacía querer de ellos, y tan buen proceder le había encompadrado con medio pueblo. Usaba poncho de jerga y sombrero de lana, cabalgaba alguna vez en su viejo rucio y no se desdeñaba de encorbar los lomos para cavar papas ó cortar cebada.

Pero ahora el don Benito (¿no es cierto que se llama usted don Benito? Pues no hay más que averiguar, y estéseme quieto), el don Benito es tan otro, que ni sombra veo del de marras. ¡Vaya si hasta *don* es ya y no Benito á secas.

Parece que usted ha crecido una tercia; lleva la frente levantada con el orgullo de un héroe; á nadie saluda, excepto al *Señor Usía* del Gobernador, al Jefe político, al Comisario, y al tinterillo con quien consulta sus dudas. Al señor cura... Así, así, de mala gana. ¡Bueno fuera eso de saludar con atención al cura en estos tiempos de li-

bertad é ilustración!... Se le ha formado á usted un par de pliegues en el entrecejo, que me están diciendo: ¡Cuidado que te como! Los pelos de la barba, antes desparramados y que hacía más de un año no habían sentido la tiranía de la navaja han desaparecido, excepto el bigote, más tieso que usted mismo y rebelde á los dedos que día y noche pugnan por domarle y convertirle en un par de donosos cuernecitos con las puntas hacia arriba.

El *panza de burro* se ha ido á un rincón, y le ha sustituído un sombrero de paja de anchas faldas; el *poncho de bayeta de pellón de dos tapas* y colorado como las intenciones de un tuno, ha suplantado á la indigna jerga; los fueros de la alpargata, á pesar de las dolientes quejas de los dedos, han caído bajo el poder del botín charolado; la chaqueta, ¡voto á bríos, y qué trancazo ha dado usted camino del progreso moderno! la chaqueta de sempiterno ha cedido á la levita de paño todo el dominio que por juro de antiquísima posesión tenía en las espaldas, pecho y brazos de usted; por último, y esto es ya haber tocado la cumbre de la cultura, ó usted, ingrato con el rucio, no quiere seguir honrándole con cabalgar en él, ó por arte de Judas el rucio, tan conocido y venerado de sus vecinos por su edad y bellas prendas, y por ser padre, y abuelo y visabuelo de todos los rucios y rucias de la parro-

quia, se ha metamorfoseado en la pescuezuda yegua en que al presente luce usted su marcial persona.

Mire usted, señor don Benito, le juro por las barbas de San Guillermo que apenas le conozco hoy en día, y estoy cierto que si resucitara su madre, le costaría trabajo reconocerle por el hijo de sus entrañas. Viéndole estoy, y no así como cualquiera, sino con ojos de artista, aunque *ad hoc* solamente, y no acierto á explicarme cómo puede á veces el simple título de Teniente parroquial cambiar el alma, el corazón y la cáscara de todo un buen cristiano en... en... (¡Ah, si el temor de la multa no me amordazase!)... Quiero decir en... en la cáscara el corazón y el alma de un juez de aldea.

Pero váyase usted á su despacho, mi don Benito, que para echar los últimos rasgos á este cuasi retrato, no he menester molestarle teniéndole delante, ni menos hacer que usted falte á su deber. ¡Santa María Purísima! son las doce del día, y usted ha dejado por mi causa de machucar con el mazo del *Reglamento* á una media docena de prójimos. Váyase usted por Dios; hasta mañana.

Se fué. Que se aleje un poco más y seguiremos.

Mire usted, señor Cualquiera, con quien tengo á honra conversar, qué inocente sería yo si me pusiese á añadir ciertos pormenores al esbozo en presencia del original; un chisme al *Señor Usía*,

y mañana estaría yo en el cuartel, porque tengo diez puntos de faltas á los ejercicios doctrinales, ó porque soy pernicioso en el pueblo, no obstante que no he dado motivo para puntos ni para comas, y que en lo tocante á pernicioso... ¡Válgame Dios! si todavía no he sido un Teniente parroquial, ni Capitán de milicias, ni diezmero. Eso, pues, de concluir la imagen de don Benito, ó más bien hacer apuntes que han de servir al señor don Bonifacio, sólo yo solito, sin que nadie me vea ni escuche.

El Teniente parroquial, seré franquísimo, no deja de tener sus noches de perros ni de beber sus amarguras. El Gobernador ha dicho al Jefe político y éste al Comisario, que hay *traslado* de tropas, y que se necesitan caballos, burros, peones, sillas, albardas, cabestros, etc., etc.; el Comisario se lo dice al Teniente, añadiendo: «Todo lo cual ha de estar aquí listo mañana sin falta, bajo su más estricta responsabilidad, pues de no cumplirlo, pagará usted veinticinco pesos de multa, y los daños y perjuicios que ocasionare.» He aquí á mi Juez medio asustado, medio despechado, caballero en su yegua pescuecieterna y rodeado de media docena de comisionados, cual si dijéramos de una jauría, que sale por esos andurriales á cumplir su deber. Los del pueblo y sus contornos *han olido* algo de los preparativos, y se han apresurado á buscar en seguros escondites las garantías es-

critas en la ley; porque ésta, sabido es, al ofrecer á un ecuatoriano cuantas seguridades puede apetecer, no le ha prohibido que se esconda ó se fugue, ni que oculte sus bienes como pueda cuando ciertos empleados, garra en ristre, los amenacen de muerte. La susodicha autoridad y sus compañeros tienen olfato de venadero, *huelen* mucho más que los particulares, y es una gloria ver como van sacando de quebradas, chaparros y subterráneos los caballos de Fulano, las monturas de Zutano, los garabatos de Perencejo. Se ha colectado más de lo necesario; ¿y lo que sobra? El señor Juez no sólo respira consolado, mas en sus ojos chispea la alegría: ¿son para menos esas cosas que sobran? Es hombre honrado que no se quedará con ellas, pero no repugna á su conciencia el aceptar el rescate que los dueños le ofrezcan.

Como este caso apurado no le faltan otros á nuestro Teniente. Sin embargo, ¡cómo le peta el empleo! ¿Y no le ha de petar? Ya ha visto usted de qué manera el vinagre de una comisión se endulza con los resultados de la misma comisión. Además, en eso de imponer multas por quítame allá estas pajas, se pinta solo. Si usted no le saludó, multa; si dió un papirote á su criado, multa; si el viento le llevó algunas basuras á su calle, multa; si se rascó la cabeza multa; si bostezó, multa; multas por todo, hasta por las intenciones que diz que el prodigio de Teniente sabe adivinar. Con

frecuencia *sobran* también las multas, y la conciencia del bueno del Juez nada le dice cuando se las come.

No suele ser extraño verle abocar el conocimiento de demandas civiles; donde probablemente halla también algunas *sobras*... Y ponerle las peras á cuarto al Juez civil, deshaciendo lo que hizo, encarcelando al que él absolvió, escarcelando al que él condenó, y en fin, apropiándose de jurisdicción ajena á fuer de celoso de la justicia... siempre que le conviene.

—¿Y no hay quien contenga á éste...?

—¿Al Teniente don Benito? ¡Vaya usted ratonzuelo, á colgarle cascabeles á ese gato! Él sabe muy bien cómo se ha de mover delante del *Usía*, del Juez de Lebras, del Comisario, para no dejarse pillar de ninguno. Con ellos es más humilde que un fraile descalzo y en servirles tan ágil y puntual, que es un pasmo.

—Don Benito, oiga usted acá.

—Mande *Señor Usía* (Por supuesto, ha de verle usted sin pliegues en el entrecejo, sombrero en mano, los ojos en el suelo y los hombros á nivel de las orejas.)

—¿Sabe usted que mi concierto N. me ha hecho una perrada?

—Sí, *Señor Usía*. ¡Qué desvergüenza!

—Pues quiero que usted me le agarre y me lo tenga en el cepo un mes.

—Muy bien, *Señor Usta*, lo tendremos dos meses, cuando menos.

¡Y es imposible que el susodicho *concierto,* que es comunmente un pobre indio, no se esté los dos meses clavado en el cepo!

—Don Benito, oiga usted acá.

—Mande usted, señor Comisario.

—Iba á dirigir á usted una nota; mas ya que le veo...

—Mándeme no más lo que guste, señor Comisario.

—Sabrá que ayer parió mi mujer, y necesito...

—¿Una *ñuño?*

—Precisamente, y espero que usted...

—¡Uf! volando.

Al día siguiente dos robustas aldeanas con sus chicos á las espaldas, ambas llorosas, mogigatas, urañas, son presentadas al Comisario. Don Benito, para tomarlas, ha empleado los mismos medios que para la requisición de caballos, y es probable que tampoco le hayan faltado *sobras*.

Humilde esclavo de las autoridades superiores, las obedece sin replicar aún en lo que no debe; insoportable tirano de su pueblo, hace pesar su mano de hierro sobre los infelices. Las más de las veces el Código penal ó el Reglamento de policía son inútiles para él: bastan su voluntad ó su capricho. Si hay contra él recursos de queja, seguro está que ha de ser absuelto, á menos que el

recurrente sea compadre ó compinche del *Señor Usía*. Pero como tiene zorruna astucia, se cuida muy bien de no disgustar á quienes con esa autoridad tienen conexiones ó parentesco.

Don Benito es despabilado aun para otras cosas: dícese que en cierta ocasión, en que el buen humor le chispeaba en ojos, lengua y narices improvisó esta cuarteta:

Yo no sué nengún enjusto,
degan de mi lo que degan;
sólo quiero darme gusto
fregando como mi fregan.

Una vez salía yo del pueblo acompañado de un indio; hallamos una calle asaz intransitable por quebrada y llena de fango, y dijo mi compañero suspirando:—¡Quisiera ser esta calle!

—Hombre de Dios, le dije sorprendido por tan peregrino deseo, ¿por qué quisieras tal cosa?

—Porque entonces el señor Político no se acordara de mí, me contestó.

A poco andar vimos la histórica yegua del Teniente en medio de un hermoso trigal ajeno, sacando el vientre de mal año. Otro suspiro de mi indio.—¡Quisiera ser esa yegua!

—¡Válgate Judas! ¿por qué...?

No me dejó concluir y díjome: ¿No ve, patrón, que el señor Político nunca mete á la cárcel á su

yegua, por más que se coma el trigo ajeno ó haga otros daños? ¡pero á un pobre indio!...

***

Está terminada mi tarea. ¡Y qué ruín salió el boceto! Mano, papel, carbón, todo ha sido malo, por desgracia, para don Benito: pero yo tenía hecha la advertencia necesaria acerca de mi inutilidad y de los malos instrumentos. Toca, pues, al señor don Bonifacio, si le place, corregir mis errores y defectos de artista. Yo sólo tengo que añadir una cosa, y es que don Benito pertenece á la clase de Tenientes parroquiales perfectos y de genuina procedencia, los cuales no son muy comunes que digamos; mas por esto mismo era preciso sacar su imagen aunque sea empleando en ella la indocta mano de don Lucas.

POESÍA CULINARIA

¿Cómo?

—Como lo ves.

—Pero, hombre de Dios, si ese título es disparatado: ¡Poesía culinaria!

—Pues llamémosla *Poesía gastronómica.*

—Allá se va á dar.

—*Parnaso culinario.* ¿Qué tal?

—Hombre... yo no sé. Lo cierto es que el título del artículo debe indicar que vas á escribir en seguida alguna cosa razonable, y por vida de cuatro, que en materia de fogón y de parrillas, de caldos, asados y pasteles, y de llenar la tripa con manjares sabrosos ó no, es imposible que pueda haber poesía.

—¡Tate! ¡tate! no sabes de la misa la media. ¿No has oído hablar alguna vez del banquete de los dioses? ¿No sabes lo que es la ambrosía y lo que es el néctar? Mira, tontuelo, esto que te cito

para probarte que los señores olímpicos, que son todo poesía, comen y beben, y que los grandes poetas lo han cantado, está *mandado recoger*, como decimos; porque tenemos, gracias al progreso moderno, cosas mucho mejores que las tales ambrosías y los tales néctares. Hoy las Musas no se desdeñan de bajar á la cocina, y, por vida de Baco, en ésta y en una repostería se halla á veces más gaya ciencia que en la mayor parte de los libros, folletos y periódicos que, rebosantes de líneas truncas (versos por otro nombre), nos regalan las prensas americanas. Lo mismo debe suceder en el viejo mundo. Al fin, los potajes de esa cocina y de esa repostería son obra de déificas manos, en tanto que las susodichas líneas son forjadas por plumas profanas precisamente en los momentos en que las Musas, ocupadas en sazonar potajes, no han tenido tiempo de darles la necesaria ayuda. Todo esto sabido, ¿podrás negarme, lector amigo, que es más poético, más encantador, más útil llenar el vientre de bien sazonados manjares, que la cabeza de versos ramplones y disparatados? Y si tenemos Musas cocineras, ¿insistirás en que no puede haber *poesía culinaria*? Quita allá con tu ignorancia y tu mal gusto, y déjame escribir sobre tema tan sabroso y tan propio de estos tiempos de inspiración positivista y de armonías materiales.

No creas que voy á hablarte de cómo se hace

una sopa, cómo se guisa un pavo, ni cómo se fríe un pastel. Yo te pudiera probar que en todo esto hay poesía: mas otro es mi intento.

Ya te he dicho que hay Musas cocineras; añado ahora que hay cocineras que echan raya con ellas, y bien pudieran tener puesto de honor en el Parnaso; y hay asimismo cocineros que son unos Homeros y Virgilios, Dantes y Tassos, y Lamartines y Hugos, y Campoamores y Arces. ¡No sabes tú á qué altura ha subido el gusto gastronómico!

Esto no quiere decir que escaseen en el mundo poetas cocineros, ó cocineros que aspiran á poetas, de paladares bastante desdichados, que no pueden distinguir la sal del dulce, ni la manteca del agua, ni lo picante de lo insípido, y que sazonan unos platos... ¡Jesús, qué platos! ni los versos de... Pero ¡hundíos en el tintero, nombres propios de tantos estimables condimentadores de pucheros poéticos!

Y luego ¿acaso ellos tienen culpa ninguna, sino los que se engullen esos pucheros?

Y ¡voto á!... bien pensada la cosa, ni estos son culpados: ¿por ventura, no hay gustos para todo? Desde que se conocen todos los derechos y hay libertad para todo, la palabra *culpa* está demás en la lengua. El que prefiere el pan bazo al bizcochuelo, cómasele; el que guste más de una copla de ciego que de un poema de Núñez de Arce,

tráguesela; el que se casa con una tía cara de nuez, menospreciando una muchacha de quince cara de rosa, chúpesela. Todos hacen perfectamente en seguir su gusto ó en perseguir su conveniencia.

Y yo lo hago mejor, cuando no dejo mi tema de la *poesía gastronómica,* á pesar de que le tienes por disparatado. Pero no creas que voy á hablar de la labor culinario-poética: voy á tratar de poemas acabados, de ediciones hechas y perfectas y en estado de clavarles el diente.

Una mesa bien provista y bien servida, es todo un Parnaso... ¡Y dale con tu sonrisa de incrédulo! Se conoce que no estás con la gazuza despierta, que si no, ahí te viera con la boca hecha una agua. Te repito que una mesa cubierta de suculentos manjares y de golosinas, es un riquísimo Parnaso, y voy á probártelo.

Imagina un caldo gordo, bien sazonado, oloroso y caliente: ¿no vale tanto ó más que la introducción de *El Diablo Mundo?*

La sopa, romance octosilábico hecho y derecho; pero, eso sí, á no haber habido tino para echarle la sal y la manteca, esta poesía apenas estaría buena para los pajes de las Musas.

El lomo relleno, con sus aceitunas, pasas y más adminículos; ó lo que es lo mismo, poema heroico con sus variados episodios, es digno de Homero ó de Virgilio.

La [illegible]a, «gran señora, digna de veneración, [illegible] decir del juicioso y respetable don Baltasar [illegible]lcázar, es tragedia que no desdeñarían Esquilo ni Sófocles, si no para darla al teatro, si para regalarla á su vientre.

El *beefsteak*, suculento, riquísimo, huele y sabe á Lord Byron: es un *Child Harolt* perfecto.

¡Esa fuente de lechugas! ¡esotra de coliflor! ¡cuánta provocativa verdura! ¡cuánta égloga en que se recrearían Virgilio y Garcilaso!

¿Y qué me dices de ese gran bote lleno de picantes encurtidos? Para tí probablemente no pasa de ser una colección de arvejitas, pepinillos y otras menudencias pasadas en vinagre, sal y ají. ¡Inocente! Mira, ese bote es nada menos que un tomo de epigramas: es un Marcial ó un Jhon Owen.

Esas empanaditas que llaman *de viento*, ¿no son dechados de poesía á la moda, con que se engalanan muchos periódicos? Ahí se están en la *Sección de Literatura* que tiene á guisa de sombrero *Perlas de éter valeriánico* y de botines la *Emulsión de Scott*. ¡Qué excelente idea! Junto á una *literatura* que puede ocasionar indigestión y flatos, las medicinas para estos achaques.

Mira ahí aquel plato colmado de huevos tibios; no son huevos, amigo, sino perfectos sonetos. En este género de poesía las gallinas se lucen, y tienen razón de alborotar el corral con su cacareo.

Ellas desmienten todos los días á Boileau que tanto ponderaba la dificultad de hacer un soneto: decía el bueno del maestro que Apolo inventó esa estrofa, poema ó qué se yo, para hacer trinar á los poetas. Que rabien los gallos, pase; mas las gallinas, ya ves que *sonetean* como unas musas.

Pastas, compotas, cremas, sorbetes... poesía, poesía, señor mío. Llámalos por su nombre: odas amatorias, epitalamios, versos para días de días: ¡cuánta dulzura! ¡cuánto sentimentalismo! ¿Que no? Pues échate un bocado de cada pieza, y verás como te saben á Lamartine y Víctor Hugo, siquiera no sea en los temas y el estro, á lo menos en la intención del pastelero, que quiso hacerlo todo almibarado y sabroso, aunque fuese con peligro de hacerlo dulzón y empalagoso.

¿Y esta hilera de botellas? No sabes lo que son, pobrete; no calas que en ellas se encierra un mundo de poesía. Cada botella del agranatado Burdeos es una epístola moral que compite con la famosa de Rioja; ese Jerez abocado es un discurso filosófico digno de Pope: es un segundo *Ensayo sobre el hombre;* ese Champagne que hace saltar el corcho cuatro metros al impulso de sus gases, alias inspiración, es un canto patriótico que pide la lira de un Tirteo ó de un Quintana; ese *kirch* no es *kirch* sino sátira en verso libre; esa mistela es una fábula de aquellas inocentes destinadas á los niños...

Sería imposible hacerte notar todo cuanto hay bueno en este Parnaso, así en piezas originales como en imitaciones, si bien es preciso que te fijes en la abundancia de éstas que perjudican á aquéllas. La *poesía culinaria* francesa, sobre todo, ha invadido la América española más de lo necesario: ¡cuánta imitación de los platos galos! Las Musas cocineras afrancesadas son principalmente las que nos dan gato por liebre, y en las afrancesadas bodegas abundan los burdeos de campeche y las cervezas con amargo de estricnina.

Pero ¿son más pasaderas las falsificaciones de los manjares y bebidas anglo-germanos, etcétera? Que lo digan las muchas personas que con ellos se han atorado, las que se han narcotizado, las que las han tirado lejos de sí después de aplicarles la punta de la lengua, por no poder sufrir su insipidez, su frialdad, su...

Sea de esto lo que fuese, ahí te quedaste patitieso: ven, pues, á negarme que hay *poesía culinaria* y mesas que son Parnasos.

De la poesía común, á esta poesía de carnes y tortas va, eso sí, diferencia muy grande en su aplicación práctica: aquella suele gastarse más por los dichosos del mundo que tienen el vientre lleno, y ésta todo lo contrario. Y ¡curiosa anomalía! la primera suele ser casi siempre obra de hambreados y desnudos para gusto y deleite de los repletos y bien vestidos.

Tú, dime francamente, ¿á cuál de las dos te quedas, á la poesía cocinada ó á la cantada, á la que luce en una mesa ó á la que se encierra en un libro?

—¿Y tú?

—¿Yo? Pues, hombre, ese gusto depende del estado de las tripas, antes que del estado del ánimo y la cabeza; y sospecho que lo mismo sucede contigo y con todo el mundo.

DICIEMBRE

BIEN venido seas, Diciembre! ¡Salve, oh el más célebre de los meses! ¡Salve, simpático y amable mes!

En verdad, lector mío, respetable es Diciembre para todo el mundo, y simpático y amable especialmente para nosotros que vivimos en estas regiones por encima de las cuales, según la antigua creencia, da el sol sus eternas vueltas; sobre las cuales, según la ciencia moderna, el astro rey derrama su calor y luz sin moverse de su asiento, porque es nuestra terráquea bola la del perpetuo voltear en torno de su señor que la ha fascinado y obliga á ese movimiento.

Y no nos contentemos con proclamar la respetabilidad, la simpatía y lo amable del Gran mes: confesemos también que á cuantos habitamos estas comarcas ecuatorianas nos obliga la gratitud

para con él. ¡Cómo no! Pues ¿no ves lo que es Diciembre para los pueblos visitados por esas diosas llamadas Estaciones, y lo que es para los nuestros, vistos por ellas apenas de refilón? Para aquéllos es un viejo barbudo, cano y de hosco semblante, que se presenta como guía de la estación de los hielos, las brumas y la tristeza; para éstos es un mozo gallardo, bello y alegre, que viene á regalarlos con las últimas flores de los campos y las primeras frutas de nuestros árboles vestidos de follaje profuso, variado y pintoresco.

¡Y qué cielo el de nuestro Diciembre! Si Murillo hubiese vivido por aquí, á este cielo habría pedido el azul purísimo para el manto de sus divinas Vírgenes, y las estrellas de resplandor inenarrable para coronarlas.

¡Y qué aires los de nuestro Diciembre! Aires tibios y olorosos como debe ser el aliento de los ángeles, salutíferos y vivificantes como fueron sin duda los del Paraíso, antes que respirase en él la serpiente tentadora y cayese la inocencia.

¡Y qué luz la de nuestro Diciembre! ¿No podríamos creer que nos ha venido, por favor del Cielo, tal como se difundió por la creación al instante del bíblico *fiat*?

¡Oh Diciembre nuestro! ¡oh mes de amor y deleite, de hermosura y resplandor, de poesía y encanto, salud ¡bien venido seas!

Diciembre, como que es todo un personaje, tiene su historia llena de peripecias y asaz interesante. No por ser mes se ha visto libre de los caprichos de Fortuna, esta divinidad que en todas las cosas mete la mano, y con todos los hombres juega, y ya los favorece, ya los burla.

Sin embargo, nadie sabe cuándo nació Diciembre, y su cuna se esconde á las diligentes investigaciones de los arqueólogos. Si fué de metal, se oxidó tal vez y se deshizo en millones de partículas; si fué de madera, ¡quién duda que há siglos se acabó podrida! Con todo, no hay que perder la esperanza de que algún sabio dé con ese mueble prehistórico, en el cual se conserven hasta las huellas de las lágrimas del mes niño. ¡Qué no puede hacer la sabiduría moderna!...

Lo que sí se sabe es que Diciembre viene figurando de muy antiguo. Cuando se vió que no se dividía bien el año por semanas de siete días, se acudió al arbitrio de crear los meses, para lo cual les sirvió de norma la luna, que nace y muere doce veces en el año. A cada mes se le adjudicó un cierto número de días y se le puso un nombre; y el número de días ha variado mucho, según los tiempos y los países, y por la misma razón los nombres no han sido los mismos en todas partes. Nuestro protagonista entre los Hebreos tuvo sólo 29 días, como quien dice 29 vasallos; los Egipcios diéronle 30; los Griegos le escatimaron un nú-

mero, y los Latinos, por el contrario, pusiéronle uno de adehala, y con sus 31 se ha quedado; mas no sin pasar algún tiempo bajo el poder de la Revolución Francesa que niveló todos los meses, como niveló á los hombres: sometió el Calendario á la guillotina y ¡saz saz! cuanto mes tuvo 31 se vió descabezado, y todos quedaron igualitos. Diciembre cayó, por supuesto, y fué reducido á tres decenas de días.

En cuanto á los nombres que se le han dado, son variadísimos. Vayan unas pocas muestras: el Diciembre judaico se llama *Thebet,* como quien dice *Afortunado;* en la India se le denomina *Paucha,* que significa *Tiempo frío;* en Egipto es *Khoiac,* que se traduce *fuerza ó poder;* para los Macedonios era *Appelleus,* ó el *mes de las asambleas;* entre los Griegos fue *Posideon,* numen de las aguas. ¡Quién lo creyera! según autores graves, los Helenos que tanto se encumbraron en civilización y sabiduría, fueron los que más bobearon sin atinar á medir el tiempo de una manera científica. Pero sea de esto lo que fuere, que no quiero meterme en honduras, terminemos con el nombre que los Latinos pusieron al susodicho mes: buscaron simplemente un nombre numeral: era el décimo mes y le llamaron *December,* que los españoles han transformado en uno muy parecido: *Diciembre.* Los franceses, con todo, cuando mal avenidos con los nones de los meses, die-

ron á todos 30 días, borraron el *diciembre* y bautizaron á nuestro personaje con el nombre de *Nivoso;* hasta que vino el primer Cónsul, que ya entonces mostraba tener la voluntad del primer Emperador, y le quitó el crisma republicano para devolverle el antiguo nombre.

Pero en la etimología de éste, ó más bien en la concordancia de su significado con el lugar que nuestro mes ocupaba entre sus compañeros, ha habido una trocatinta muy curiosa, y resulta... Lector ¿á que no adivinas qué cosa? Pues escucha: Diciembre no es Diciembre.—¡Cómo es esto! —Como lo oyes, y como ni Septiembre es Septiembre, ni Octubre es Octubre, ni Noviembre es Noviembre.—Explíquese, don Pepe.—A ello voy. Esta contradicción de Diciembre consigo mismo, y de sus compañeros susodichos que le imitan, ó que se los ha obligado á la imitación, data de unos cuarenta y cinco años antes de la Era cristiana. Es el caso que en el calendario de Rómulo comenzaban á contarse los meses por Marzo, y por consiguiente Septiembre fué el séptimo mes, Octubre el octavo, Noviembre el noveno y Diciembre el décimo. Pero vino Julio César, no le pareció bien la obra del prohijado de la loba, llamó á los Meses ante sí y díjoles:—Señores, están ustedes mal ordenados, y desde ahora Enero ha de ir á la cabeza de ustedes, detrás Febrero, el tercero ha de ser Marzo, y así por este tenor,

hasta ser rematados por Diciembre. Ya comprendes, lector amigo, de qué modo el décimo vino á ser duodécimo, quedándose, no obstante, con el nombre de Diciembre. Por qué don Julio, que dió su nombre á este nuevo calendario, consintió que subsistiera tal irregularidad, yo no lo sé; ni me preguntes tampoco la razón que tuvo Gregorio XIII, que hizo reformar el calendario, le despojó del nombre del Dictador romano y le reemplazó con el suyo, para haber dejado á Diciembre de Diciembre, esto es para que siga llamándose *diez* al *doce*, pues no sabré responderte.

En cambio voy á contarte una cosa que no la sabes completa y yo la conozco por sus cabales. Marte, por voluntad de Rómulo que diz que era hijo suyo, ó si estoy equivocado, por voluntad de no sé quién, fué el protector de Marzo y hasta le dió su nombre. Al ver á este mes despojado de su primacía, colocado en tercer lugar y oprimido como una cuña entre Febrero y Abril, que habían sido sus subalternos, el numen guerrero se enojó como un pretendiente burlado contra Julio César; y una vez que los conjurados para quitar la vida á este grande hombre buscaban la ocasión de llevar á término su intento, les inspiró que lo hiciesen en la mitad de Marzo. Y así lo verificaron, y hete el mes ofendido cubierto de sangre y vengado de manera cruel.

Entre tanto Diciembre, en posesión de su destino de corona de los meses, contento de ver que en el Zodiaco el *Carnero* ha sido suplantado por el *Aguador* y los cuernos del *Cabrío* puestos en lugar de las aletas de los *Peces,* ha venido atravesando los siglos, y así continuará, no escaso por cierto de los favores del cielo y de los hombres ni de brillantes históricos lauros. Después de la reforma cesárea siguió consagrado á Vesta, la diosa del hogar doméstico, como lo habían dispuesto los antiguos Romanos. Estos heredaron de los Griegos el culto de Vesta, dándola para que la sirvieran y mantuviesen el fuego sagrado, vírgenes que no conocían otras delicias que conservar su pureza en honor de su celestial patrona y cumplir escrupulosamente sus sagrados deberes de sacerdotistas. En Diciembre, además, se celebraban las *Saturnales,* las fiestas más ruidosas y afamadas de la antigüedad. Los Persas, los Indios y los Griegos guardaban también para este mes algunas de sus grandes solemnidades y, lo que todavía es más glorioso para Diciembre, cuando aún era gentil, en una de sus noches, allá en tiempos inaveriguables, nació Hércules, el héroe de los héroes de los siglos anteriores á Cristo. América no había olvidado á Diciembre para sus fiestas más suntuosas: los Mejicanos celebraban en él las del dios de la guerra, Huitzilopochtli, y de los númenes de las aguas y los montes. Sin duda nues-

tro mes se aburría de lo intrincado y feo del nombre de aquel dios y se horrorizaba de los sacrificios que se le hacían: imagina, lector, que corría á torrentes la sangre de niños y hombres en las aras de ese monstruo de las dos máscaras de oro, el cuerpo ceñido de una serpiente y los pies emplumados. Los Peruanos y los Quiteños celebraban en Diciembre su inocente *raimi*, una de las fiestas mejores dedicadas al Sol, su dios. Parece que, nada sanguinarios y crueles, se contentaban con quemar en sus templos flores y frutas, algunas aves, un poco de pan de maíz, etc., y en seguida con beber y bailar en sus plazas, y alborotar de alegría hasta que, dormida la mona, que no era tal vez menos guapa que la que se echan los indios en nuestros días, cada cual volvía en paz á sus ocupaciones comunes. En el Perú y en Quito se consolaba sin duda nuestro mes de los malos ratos que le hacían pasar los hijos de Anáhuac.

Y no sólo consolado, sino también lleno de contento y orgullo está desde que fué bautizado y es Diciembre cristiano; y eso no embargante de que los cristianos de por acá, como luego notaremos, lo despiden á botellazos y con remedos de las diversiones paganas.

Pues sí, amiguito lector, mira ese ocho de Diciembre dichosísimo: la Iglesia católica le ha consagrado á la celebración del principio de la vida

del sér más perfecto, puro, ideal y amable de los seres humanos. Dios vió que había llegado el tiempo en que era preciso dar forma humana á su eterno pensamiento de amor, y la Hija de Israel fué concebida. ¡María! bendición, amor y gloria á tí el octavo día del Gran Mes. En todos mereces alabanzas; pero más en éste, porque en él quiso el Señor hacer el prodigio de darte vida con la plenitud de su gracia.—La fiesta de la Inmaculada Concepción de María celebrábase en la Iglesia de Oriente casi á raíz de los sucesos evangélicos. El Emperador Manuel Comneno la rodeó de magnificencia hacia el siglo XII; el Papa Sixto IV la introdujo en el siglo XV en la Iglesia de Occidente, lo cual no quiere decir que la Inmaculada no hubiese sido en todo tiempo objeto de una tierna y predilecta devoción de todos los Papas y todos los santos. Clemente XI hizo la fiesta obligatoria para toda la Iglesia. Esta solemnidad no tuvo fecha determinada, aunque siempre caía en Diciembre. Gregorio XVI la había señalado el segundo domingo de Adviento; mas Pío IX, el *Pontífice de la Inmaculada Concepción,* proclamó á la faz del Universo este dogma el 8 de Diciembre de 1854, día que desde entonces fué definitivamente consagrado á la Virgen Reina de los ángeles y los hombres.

Anda nuestro venturoso mes algunos días más, y cuando todavía arde en los corazones de los

fieles el calor del octavo y se perciben aún los perfumes de la fiesta del Amor inmaculado, al terminar la noche del vigésimo cuarto y comenzar el vigésimo quinto sobreviene la inenarrable memoria de otro suceso celestial: ¡Diciembre! embriágate de amor, salta de júbilo, pues esta noche es *Noche-buena*. He aquí el pesebre; he aquí en él á María y José, pobres judíos dueños del tesoro mayor de los cielos y la tierra, de los tiempos y la eternidad; he aquí al Verbo de Dios convertido en niño que trae paz á los hombres de buena voluntad en la tierra. Noche de invierno es allá donde esto acontece; pero sus auras se entibian y se impregnan de dulcísimos aromas, y sus astros, libres de importunas nubes, derraman brillantes rayos sobre el rústico albergue del Dios que viene á salvar á la humanidad. Los pastores, llenos de gozo, corren á adorar al que ha descendido del cielo á enseñar que la humildad es virtud grata á la Divinidad; los ángeles se han acercado á la tierra, y cerniéndose sobre Belén, cantan alabanzas al Dios que se ha hecho hombre para enseñar á los hombres que no hay sino una ley para todos,—la ley del amor divino, —ni otra condición para ser felices que la virtud, ni más felicidad en la tierra que la virtud misma incesantemente practicada, y en el cielo la posesión de Dios como premio de esa virtud. ¡Cuánta verdad! ¡cuánta maravilla! ¡Diciembre! embriá-

gate de amor, salta de júbilo, porque has merecido que una de tus noches presencie el nacimiento del Hijo de Dios.

Autores graves aseguran que los antiguos Persas, los Egipcios, los Griegos y los Romanos, festejaban entusiastas el 25 de Diciembre, porque en él ocurría el solsticio de invierno. Llamábanle *día del nacimiento del Sol.* Esta idea del *sabeismo* ó culto de los astros, tan difundida en el mundo en otras edades, y que tuvo en América quizás tanto esplendor como entre los Persas, pudiera tomarse como una magnífica figura que inconscientemente conservaban esos pueblos del culto qué algún día debían rendir los pueblos á Jesucristo. De aquí que tanto nos maraville la coincidencia de que el mismo día que los idólatras celebraban á su dios Sol bajo los nombres de *Mytra*, *Osiris* y otros, la Iglesia conmemore el nacimiento del Hijo de Dios, *Sol de verdad y justicia.* El primer día de nuestra era de regeneración es pues el 25 de Diciembre, y el Sol que nació en él sigue su curso seguro, majestuoso, magnífico; y seguirá,—créelo firmemente, lector,—alumbrando todos los siglos, á pesar de las tempestuosas nubes de las malas pasiones, de los errores y las impiedades de los hombres ingratos y miserables.

Pero bajemos de las cosas celestiales á las humanas. Diciembre quiere morir alegre y convoca á la gente de buen humor: acompáñanle á la tumba danzas y risas, máscaras y música, el champagne hirviente en las copas, la locura que borbota en los corazones de los siervos del placer. ¡28 de Diciembre! ¡Vivan los inocentes! ¡Viva Herodes! ¿Por qué no se ha de *vivar* á Herodes, puesto que sin él no se comprenden los mártires inocentes? Y más en estos tiempos en que á fuerza de lucubraciones científicas y de civilización, ya va dejando de ser cosa mala eso de ser asesino ó verdugo, y convirtiéndose en malísima cosa eso de ser... inocente.

Es preciso olvidar, siquiera durante algunas horas, las fechorías de los once meses anteriores á Diciembre: ¡tantos cuidados, tantas *mechas,* tantas fatigas y amarguras! Y para esto de echar tierra á cuitas y dolores y darse uno una rica panzada de deleites, no hay como no andarse lerdo los días de inocentes. ¡Los santos niños, víctimas del cruel Rey de Judea, conmemorados y celebrados por los maliciosos niños-viejos, víctimas de la necesidad de solaz, de expansión, de regocijo, de burla, de atolondramiento que traigan el susodicho olvido! Algo antitético es esto; pero... sucede: es histórico.

Mira, tú que me vas aguantando esta charla joco-seria, quien quiera que seas, no vengas á

negarme que esa necesidad se justifica: acuérdate de aquella máxima que dice que no es posible conservar el arco de la vida siempre con la cuerda tirante y formando mitad de un círculo. ¿Quién demonio resiste *per secula seculorum* ese estado violento y antinatural! ¡Ea! ¡aflojas el arco, ó estalla!

Pero lo malo es que el remedio muchísimas veces trae consecuencias más funestas que la enfermedad: con excepciones tan raras como el buen juicio y la prudencia en los negocios políticos, los días que corren del 28 de Diciembre al 6 de Enero, las víctimas del Herodes de la necesidad del solaz y el placer, pasan ¡ay! á las manos del Herodes del abuso, el vicio, la necedad y la prostitución. Estas manos despiadadas por maravilla dejan una alma pura, un corazón sin ulcerarlo, una inteligencia con lucidez, un cuerpo con salud, un bolsillo sin menoscabo de su precioso condumio. ¡Qué tardes las de los inocentes, qué noches las que siguen á esas tardes, y qué mañanas después de esas diversiones vespertinas y nocturnas! ¿Es por ventura necesario que para que el placer sea placer demos poco ó mucho las espaldas á la virtud y hasta á la urbanidad? La temporada de los inocentes no es, cierto, grosera y sórdida como la del carnaval; pero, especialmente en nuestras clases populares, la eutropelia no enseña la cara en ella, y los licenciosos y tor-

pes Sátiros de bracero con Baco discurren por calles y casas y son dueños de la fiesta.

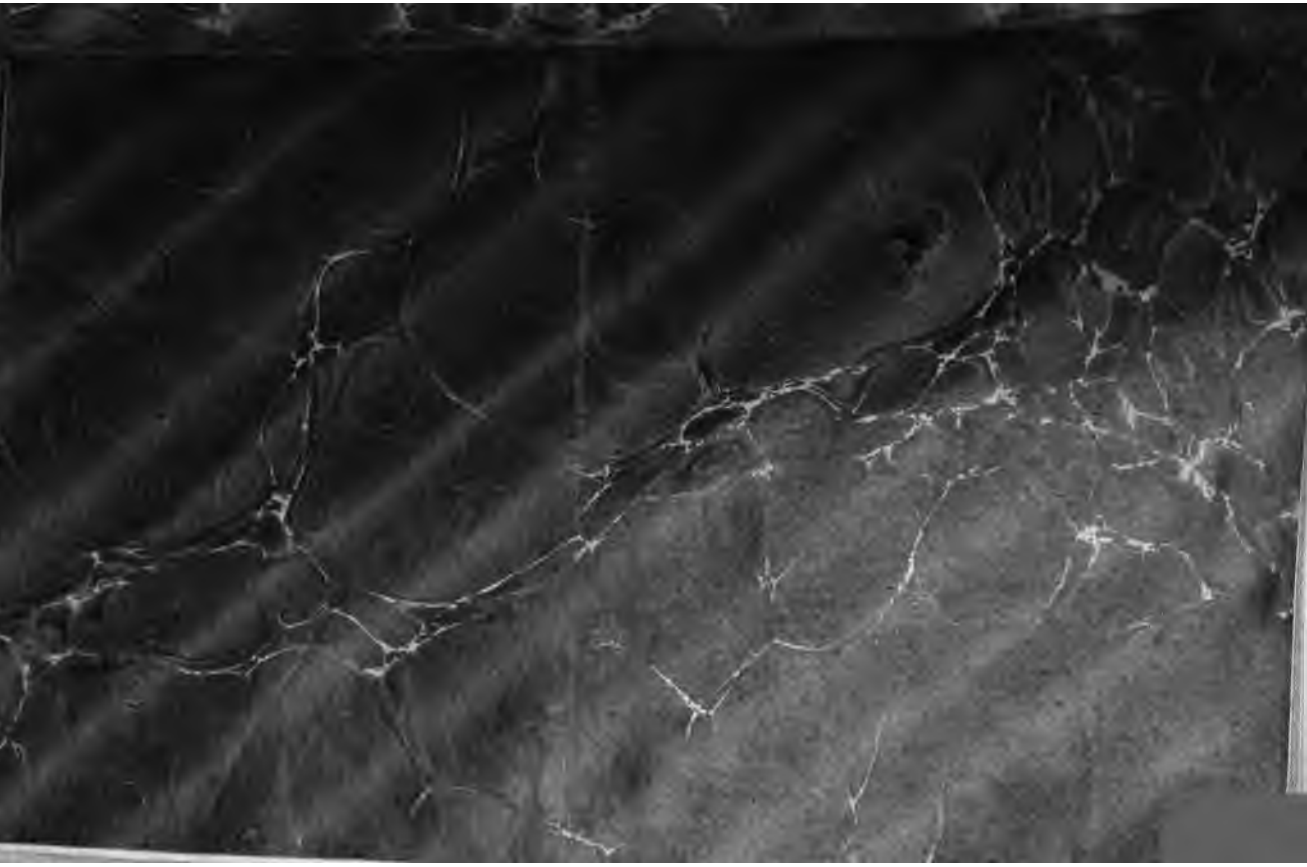
Diciembre, que sin duda quiso pasar honestamente regocijado los cuatro últimos días de su existencia, viéndose burlado en sus sanos propósitos, da las postreras boqueadas entre bascas horribles y torcedores de conciencia; y Enero recibe el legado de su hermano y vecino con gran disgusto y por la fuerza: le duele, ya se ve, abrir el nuevo año y guiar los inocentes durante cinco días, hasta que los Reyes Magos los contengan á *cetrazos*.

¡Adiós, Diciembre! Resucitarás dentro de un año; sí, volverás una vez y otra vez, y cien veces, y mil veces, y quién sabe si miles de veces más; y nadie te disputará las glorias que te pertenecen, y seguirás en tu puesto desempeñando papel importante, y no dejarás de ser mes famosísimo. Cual en los pasados tiempos, desde las vísperas de la occisión de César, tu muerte será la muerte de los años, é irás dejando tu cadáver tendido en la losa de los siglos. Siempre serás el mes que sobrevivas a todos tus hermanos, el último que te hundas en la huesa después de haber recogido las memorias de todos ellos: y ¿quién sabe? tengo para mí que serás también el postrero mes del

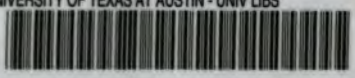
mundo: escucharás las trompetas apocalípticas, verás caer los astros, alzarse vivas del seno de la tierra todas las generaciones muertas, temblar horrorizada la humanidad ante el Juez Eterno... ¿Y por qué no? Quien no piense de esta manera respecto de tu último fin, deme pruebas de que piensa más acertadamente que yo.

INDICE

	Págs.
Carta-Prólogo	v
Aventuras de una pulga, contadas por ella misma	1
Los prodigios del Dr. Moscorrofio	23
El alma del Dr. Moscorrofio	39
Una botella de champagne	53
Cuando Dios quiera dar, por la puerta ha de entrar	89
Libros prestados	99
¡Ya no se casan!	113
¡No hay artículo!	125
Una corrida de venados	131
La civilización	141
La reina del mundo	155
Los disfraces	163
El matrimonio juzgado por un librero	175
Repartos y otros negocitos	179
Los curanderos	191
Los malhechores sociales	201
Proyecto de retrato	213
Poesía culinaria	223
Diciembre	231



UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS



3024526312

0 5917 3024526312